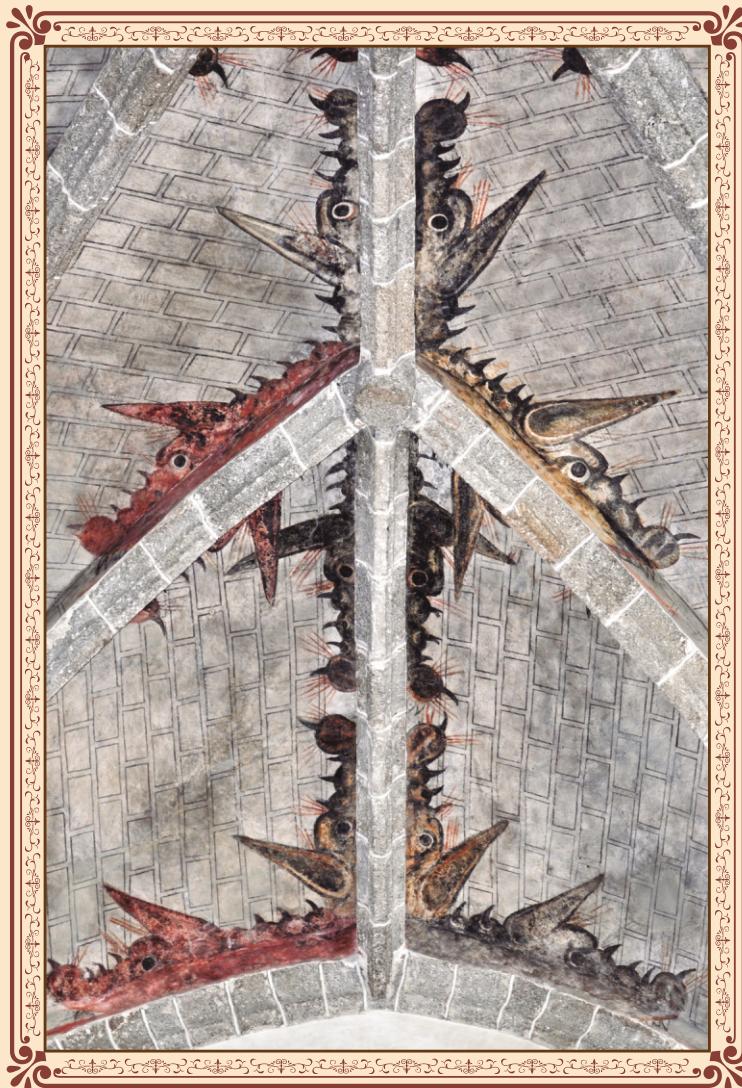
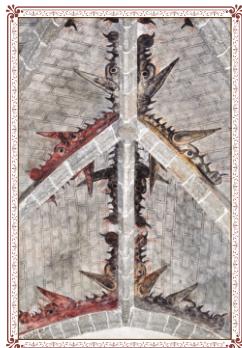


Cuentos de Dragones en Robledo de Chavela



Cuentos de Dragones en Robledo de Chavela



Dirección y coordinación:
Vanessa Silva Herranz
Carlos García de Cortázar Nebreda



Edita: Ayuntamiento de Robledo de Chavela

D. Legal.: M-4913-2022

Dirección Técnica: Vanessa Silva Herranz y Carlos García de Cortázar Nebreda

Organiza: Ateneo de Robledo Antoniorrobles

Diseño y fotografía de las cubiertas: Luis Alonso Del Moral

Maquetación: Guzmán Gómez Gómez

Imprenta: Gráficas Serafín

Copyrigth Ayuntamiento de Robledo de Chavela

ÍNDICE

	<i>Página</i>
Presentación del Alcalde	9
Introducción	13
Prólogo I	15
Prólogo II	17
El pueblo de Robledo de Chavela (Fabián Vásquez)	21
Isaac Leví y los Dragones chinos (Luis Alonso Del Moral)	31
El señor D. Diego Ramos de la Vega, infanzón de Castilla (Rafael Seco de Arpe)	43
Secretos y controversía (Marta Oliver)	59
El maestro pintor (Alberto Yagüe)	71
Me llamo Habiba (Ernesto Durán / Mónica Diotto)	83
Aranea Telam (Vanessa Silva)	97
Magdalena y el Dragón (Elina Pereira)	121
El peregrino de Robledo (Juan Francisco de la Rosa)	139
Yo, el Dragón (Carlos García de Cortazar)	159
Dibujos de los alumnos del Colegio Ntra. Sra. de Navahonda	174



PRESENTACIÓN DEL ALCALDE

FERNANDO CASADO QUIJADA

ALCALDE DE ROBLEDO DE CHAVELA

La sociedad civil de Robledo de Chavela, auténtico motor y protagonista principal del desarrollo comarcal y local, se ha constituido y se constituye como un testigo privilegiado de la evolución de nuestra comunidad que ha visto pasar, por sus espacios y ámbitos, a la Edad Antigua, a la Edad Media, a la Edad Moderna y a la Edad Contemporánea. Y durante todos esos siglos, en un proceso de adaptación admirable, Robledo de Chavela. A pesar de las trasformaciones formales producidas, ha manteniendo su presencia y, por encima de todo, su esencia. Es por ello, que cuando parte de nuestra sociedad civil planteó al Ayuntamiento que encabezó, colaborar en la edición de un libro de cuentos para honrar un patrimonio cultural que es de todos, acepté encantado.

Históricamente, esta localidad ha sido tierra de invasión y de acogida. Por aquí han pasado, tal como nos relata el romancero apócrifo: “íberos y romanos/judíos y godos/ moros y cristianos”. Quizás por esto, se ha generado en Robledo una diversidad enriquecedora de la que son partícipes absolutamente todos los ciudadanos de Robledo de Chavela, con independencia de que hayan nacido aquí o hayan sido espiritualmente prohijados. La única condición para ser un robledano “de pro” es amar a este pueblo. Y esto, la verdad, resulta muy fácil.

Robledo de Chavela, extenso de territorio e intenso de sentimientos, tiene una vocación de hospitalidad demostrada. De hecho, en el registro de

empadronamiento conviven muchas nacionalidades. Sin embargo, eso no es todo. Contamos, en el censo, con una comunidad especial que nació aquí hace más de 500 años y que son considerados, con pleno derecho, ciudadanos de honor. Nos referimos a los fieros dragones que moran en la Iglesia de la Asunción y que, encaramados en su bóveda, protegen a vecinos y visitantes.

Se trata de unas imágenes del siglo XV, muy infrecuentes en iglesias, que se encontraban ocultas tras capas de cal, posiblemente en razón de una peste que asoló la localidad a principios del siglo XVIII. Son pinturas medievales que fueron descubiertas tras la remodelación del edificio y que han contribuido a que la Iglesia de la Asunción haya sido distinguida por la Comunidad de Madrid como Bien de Interés Cultural.

Su valor artístico es indudable. Los frescos cuentan con una policromía en tonos rojos, negros, ocres, verdes y amarillos y muestran a unos animales mitológicos que exhiben orgullosas colas, agudos espinazos y fauces intimidantes que producirían pavor si no fuera por unos ojos intensos, dulces y coquetos que transmiten ternura y serenidad.

Por otra parte, en al año 2022 se celebrará un gran simposio en el que participarán historiadores, artistas, antropólogos e investigadores que analizarán, desde una perspectiva estética y científica, la colección de dragones pintados en las bóvedas de la Iglesia de la Asunción.

Como complemento a esta aportación doctrinal y con ánimo de sumar a ella el compromiso de nuestro pueblo, el Ateneo Antoniorrobles, en colaboración estrecha con el Ayuntamiento de Robledo de Chavela, ha preparado la publicación que les presento y que constituye un ejercicio de ficción que entremezcla realidad, quimera, cotidianidad, mito, leyenda,

fábula, verismo y fantasía.

Una de los objetivos de este proyecto literario es promocionar el patrimonio artístico de Robledo para que actúe como punto de atracción turística e histórica. Con ello, queremos reivindicar nuestra cultura medieval, subrayando, a la vez, una imagen de Robledo en el que cohabitan pasado (dragones) y modernidad (estación espacial).

Desde otra perspectiva, la publicación que presentamos es la contribución y agradecimiento del Robledo de hoy al Robledo de ayer. En este sentido, debe hacerse hincapié que el libro de cuentos sobre los dragones de la Iglesia de la Asunción tiene como elemento unificador al pueblo de Robledo que se expresa a través de once escritores y cuatro prologuistas, todos con una gran vinculación personal con el municipio. Algunos de estos autores han recibido premios importantes o han publicado ya en múltiples ocasiones relatos en revistas especializadas.

Sin embargo, este proyecto se quedaría corto si no enlazáramos también el pasado con el futuro. Por eso hemos contado con el trabajo colectivo de los alumnos del curso 5º del colegio Nuestra Señora de Navahonda, que han preparado unas ilustraciones impactantes de los dragones de la Iglesia.

Les deseo a todos una agradable lectura y, remedando al robledano universal Antonio Robles en “*Aleluyas de Rompetacones*”, espero que ustedes y los dragones sean “*felices, felices ...hasta lo más alto de las montañas ¡Y más!*”

Robledo de Chavela. Enero de 2022.



NTRODUCCIÓN

La idea que subyace en este proyecto, auspiciado y promovido por el Ateneo Antoniorrobles en estrecha colaboración con Ayuntamiento de Robledo de Chavela, es la publicación de un libro de cuentos con motivo de la celebración de un coloquio/convención que tendrá lugar en el año 2022 y cuyo eje central serán los dragones de la Iglesia de la Asunción.

Con ello se pretende ofrecer una visión literaria de estas figuras mitológicas que complemente la perspectiva estética y científica y que la enriquezca con el gran valor añadido de la ficción.

La obra que se presenta es una distopía. Por tanto, ni las fechas ni las situaciones tienen un acomodo total con la historia o con el arte. Se trata de adentrarse en el Robledo del Siglo XV, en una especie de escenario mágico, reconocible pero no idéntico a la realidad de lo que un día fue.

La historia pasa por la llegada de Isabel de Castilla a Robledo de Chavela en 1488. Termina en 1492 con el decreto de expulsión de los judíos. Es decir, el comienzo y el final son hechos históricos constatados. El resto, júzguenlo ustedes.

Los protagonistas absolutos de estos cuentos son los dragones de Robledo. Alrededor de ellos aparecen varios personajes en una especie de mosaico multicolor: el artista, su esposa, el noble, el judío, el caballero, la curandera, la tabernera, la morisca, el médico y, como no, los niños de Robledo.

*Los Directores y Coordinadores
Carlos García de Cortázar Nebreda
Vanessa Silva Herranz*



PRÓLOGO I

Qué decir de esta historia: comenzó quizás, y como dice el cuento, antes de yo nacer. Algo muy bonito y grande de lo que pasé a formar parte, sin darme cuenta ni ser consciente. Tengo tanto que contar y tengo tanto qué decir, y, sin embargo, he tenido que reducir para ajustarlo a este prólogo.

Cuando empecé a saber de este proyecto tuve miedo. Un miedo atroz a no saber cómo empezar a contar mi experiencia, pero sobre todo, pánico a no saber terminarla. Es un poco difícil para mí, que soy una persona con poca trayectoria literaria, abrir con mi prólogo esta publicación, ya que, fuera de la ficción, cambió mi vida. Pero son muchas las ganas que tengo de expresarme y compartir contigo toda esta historia, y además, estoy seguro que a mi padre le encantaría leerlo, así que me dije: "venga, adelante, hazlo".

Siempre me ha condicionado la gente de mi entorno, para bien y para mal. En este caso, todo el mundo se ha empeñado en hacerme creer que debía hacerlo. Pero todo ese miedo, lejos de hacerme desistir, me ha dado alas, alas pintadas como el dragón rojo.

Este dragón rojo que en mí encontró a ese amigo que le ha dejado volar de nuevo por la iglesia de nuestro pueblo, y que, a cambio, me ayudará, mientras escribo, a comprender a ese hombre tímido, de ideas fijas, de semblante serio, pero espíritu sereno y jovial. Este dragón, mi nuevo amigo, me ayudará con esta historia a ver que soy su pariente de sangre.

Un 4 de noviembre descansando del duro trabajo, escuché pequeños susurros: "hola, hola, soy Leán. Aquí, aquí, aquí". Yo nada veía, pero alguien insistía con desesperación. Leán lanzó una débil llamarada por culpa de estar

tanto tiempo encerrado. La llamarada me hizo mirar a la bóveda, y vi que era un dragón rojo el que estaba llamando mi atención, asomándose por uno de los huecos de su magnífica casa, tapada siglos atrás. Su aspecto era magnífico, espectacular con ese color rojo, el color de su reina. Leán me pedía ayuda. No lo dudé, pedí ayuda, y, con mis tres hijos a mi lado, monté andamios y escaleras para liberar a Leán y a su ejército, que poco a poco empezaron a revolotear de alegría por las bóvedas. Ahora son objeto de estos relatos.

A veces las cosas que más prevemos son las que nunca llegan, y lo inimaginable lo tienes delante de tus narices. Estos relatos se desarrollan de una forma trepidante y no te dejarán indiferente. En pocas palabras pasarás de la realidad a la ficción, y verás que nada es lo que parece, que todo puede cambiar de la noche a la mañana sin apenas darte cuenta.

Ésta es la historia de un ejército de dragones enormes revoloteando por las bóvedas. Son rojos, azules, verdes, ocres, amarillos, y de distintas siluetas, diferenciándose dragones de dragonas.

¿Te atreverás a formar parte de la historia? ¿Crees que aguantarás hasta el final?

Espero que en estos relatos leas lo que no imaginabas, y que te sorprenda cada palabra y cada personaje.

*Carlos Martín Jiménez
Constructor de bóvedas. Maestro Yesero
Descubridor de los Dragones de la Iglesia de la Asunción*



PRÓLOGO II

Despertamos una mañana del mes de noviembre. De repente, la claridad nos deslumbró, parpadeé e intenté abrir los ojos pero mis párpados se resistieron. Cuando por fin pude, me sorprendí al darme cuenta de que no sabía dónde me encontraba, no lo recordaba.

El resto de mis compañeros permanecían dormidos. Poco a poco empezaron a desperezarse y se encontraban tan asombrados como yo. Miro a mi alrededor y veo a mis amigos desconcertados. Todos se preguntaban: ¿Dónde nos encontramos?, ¿Qué ha sido de nosotros?, ¿Qué ha pasado?....

Yo sigo mirando lo que me rodea. Mis ojos ya comienzan a enfocar con más claridad y veo el retablo, que parece haber sido nuestro compañero algún tiempo atrás. Él ya estaba aquí cuando nosotros llegamos. Sigo observando y de repente... todo cobra sentido:

-¡Chicos!, ¡Ya lo recuerdo!- les digo a mis amigos. Estamos en la Iglesia de la Asunción de Nuestra Señora de Robledo de Chavela.

-Es cierto- Dice el dragón que se encuentra en el nervio de mi izquierda.

-Entra alguien... ¡Silencio! No os mováis hasta saber quién es.- Les digo de manera apresurada.

Todos nos callamos y nos quedamos inmóviles, mientras vemos que un grupo de personas comienzan a observarnos. Nos miran boquiabiertos desde abajo. Una chica, está hablando de nosotros, les está contando nuestra historia. Ella dice que nos han descubierto recientemente, en el año 2011 y entonces, lo recuerdo. Nos pintaron hace más de 500 años y ahora volvemos a

la vida después de dormir tantos años encalados. ¿Ha pasado tanto tiempo?

Van pasando los días y nosotros desde la bóveda de 20 metros de altura que cubre la iglesia, seguimos intentando recordar qué ha sucedido. Mientras tanto, siguen viniendo grupos de personas a visitarnos. Varias chicas diferentes les acompañan y todas disfrutan hablando de nosotros y mostrando el resto de tesoros y secretos que se esconden en esta iglesia. Muchas son las preguntas que nos surgen. El dragón que está situado más cerca de la ventana herreriana comienza el interrogatorio y yo intento dar respuesta a todas ellas, con lo que he escuchado y observado estos días:

-¿Quiénes son las personas que vienen a vernos?

-Yo creo que son turistas.- Le respondo.

-¿Qué es un turista?

-Creo que son personas que se interesan por lugares desconocidos, que vienen a conocernos a nosotros y a visitar esta majestuosa iglesia.

-¿A nosotros?- me pregunta sorprendido.

-Sí, porque por lo que les he escuchado, nuestro descubrimiento ha sido muy importante. No es común tener dragones como nosotros en una iglesia y menos aún, tantos dragones juntos como estamos aquí.

-¿Y ellas quiénes son?

-Son guías de turismo. Lo sé porque les he oído hablar sobre ello.

-¿Y qué es una guía de turismo?

-Es una persona a la que le encanta la historia y el arte y se dedica a mostrárselo a los demás. ¿No te has dado cuenta del entusiasmo con el que hablan de nosotros, los ojos con los que nos miran y el orgullo que sienten cuando la gente se sorprende al vernos?

-Sí, claro que me he dado cuenta. Nos admiran, pero... no entiendo el porqué.

-Porque nos pintaron hace mucho tiempo y aunque no saben quién lo hizo, nos pintó muy bien, con detalle y con pigmentos naturales.

-Yo tampoco recuerdo quién lo hizo. ¿Y tú?

-Ha pasado tanto tiempo... Tengo un vago recuerdo. Estaba tumbado sobre los andamios de madera, pero... No recuerdo su nombre. Lo que sí recuerdo es que nos pintó con mucho cariño, para adornar y proteger este mágico lugar.

Qué de incógnitas... nos queda tanto por recordar... quizás nos puedan ayudar nuestros amigos los lectores con estos cuentos que están a punto de leer. Os animo a todos a disfrutar leyendo estas narraciones, en las que nosotros somos los personajes principales. Seguro que esta lectura nos dará más pistas para ayudarnos a revivir aquella maravillosa época en la que nos pintaron y así podamos comprender un poco más y mejor nuestros orígenes.

Deseamos que se hable en todo el mundo de nosotros y que nos puedan visitar por muchos años más, pero por favor no nos dejen dormir de nuevo, queremos seguir recordando, seguir viviendo en nuestro hogar que es éste y así poder seguir siendo contemplados por mucha gente.

¡No nos movamos!, vienen más turistas junto a nuestras amigas las guías quienes nos van a sorprender con sus palabras.

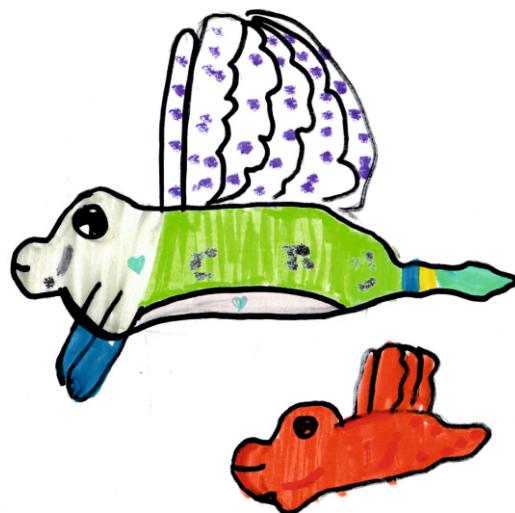
Nélida Lapiro

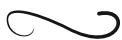
Guías Turísticas de la Iglesia de la Asunción

Isabel Alberquilla

Empleadas del Ayuntamiento de Robledo de Chavela

África Quijada





EL PUEBLO de ROBLEDO DE CHAVELA

Siento de nuevo el rumor impetuoso de las pisadas de los pobladores de esta villa. Sin tregua, arrean bestias que acarrean grandes trozos de granito y recios troncos de roble, han despertado de un interminable letargo de días idénticos, transcurridos sin ilusión ni entusiasmo, de consumirse en una exasperante rutina aguardando a la aurora y al crepúsculo, solo para empezar de nuevo, una y otra vez. Este febril arrebato de los robledanos me contagia, en mi memoria guardo contados momentos que también trastocaron el sosegado discurrir de los siglos, en esta apartada y bella localidad.

Hasta donde recuerdo, la larga sombra del imperio romano llegó a mis lindes, erigieron calzadas en mis territorios, y me dieron nombre, honrando a los gráciles bosques de roble que me rodean. *Roburetum* me llamaron, y sus sandalias y cáligas hollaron mis caminos en su incesante avance conquistador de otras tierras. De eso han transcurrido más de quince centurias, sin pena ni gloria, como si el tiempo se hubiese detenido, hasta que arribaron los visigodos, cuyos botines acordonados pisaron mi geografía de cielos cristalinos y estrellados, sin dejar mayor huella.

Años más tarde, me acostumbré al silencioso caminar de las coloridas babuchas de los árabes, a quienes debo los nombres de los dos altivos picos que agujonean el firmamento y me resguardan por el sur: Almenara y Almojón, dos torres vigilantes, siempre alertas ante la avidez invasora de otros guerreros impacientes por apropiarse de mis recónditos bienes; cerca de sus dominios, albergo minas con vetas de cobre y oro, y mis montes y colinas ocultan filones de calizas y magnesitas, tan apreciadas por los labriegos para

fertilizar sus campos yermos y verdear sus cultivos.

El altivo cerro de San Benito, que coqueta con el monte Abantos, son mis atalayas septentrionales que resguardan mi topografía. Águilas imperiales y halcones peregrinos avizoran el cielo, sobrevuelan mis sinuosidades atiborradas de encinares, enebrales y robledales. He pasado una eternidad en silencio, añorando el palpitar de los pasos y las bocanadas del aliento humano, me entusiasmé al volver a percibir en mis senderos, el roce de borceguíes, de polainas y de zuecos de los gallardos cristianos que me repoblaron, y me estremeció el palpitar del pueblo que levantó con tesón un templo románico. Fueron años de ambiente festivo y de trabajo recio, por mis calles desfilaron saltimbanquis y trovadores, brujas y alquimistas, los muros de las casas devolvían el eco de los sonidos de organistas, violeros y tamboreros, regando de risas y alborozo a picapedreros, carpinteros y peones que erigían la obra. Almas fugaces que llegaron y se fueron, que levantaron casas con más ilusión que oficio, y que con despiadada lentitud se han ido desmoronando o muriendo de viejas, pasando a formar parte de mi historia.

Y ahora, me excita este nuevo trajín, han vuelto los bardos y las zanfonas, la gente se codea y chismorrea en el mercado, los alfareros moldean la arcilla y los ebanistas cincelan la madera, las voluptuosas meretrices se exhiben sin pudor en tabernas y lupanares, las curanderas pregoman sus pócimas sanadoras, los caballeros se ufanan del metal de sus espadas y del porte de sus caballos, los judíos preservan los rollos de la Torá para leerlos a escondidas. Llevan meses vistiéndome de gala para recibir una visita real, esperan con ansia a Isabel I de Castilla, una reina de armas tomar, la misma que dará alas a Cristóbal Colón para descubrir tierras remotas con las que forjará

su imperio donde nunca se pondrá el sol.

En el altozano del centro, sobre la derruida construcción románica, han alzado una iglesia fortaleza pagada por el noble y rico robledano, quien trama ofrendarla a la poderosa soberana que reclama más impuestos para someter al Reino Nazarí de Granada, y expulsar a los judíos. Un astuto ardid con el que intenta evadir el pago de los diezmos y tributos para esa onerosa campaña militar. Pretende asegurar el envite, obsequiándola con brocados, con un lujoso tablero de ajedrez de madera de cerezo, y con perfumes especiales, para lo cual, cuenta con un poderoso aliado. Quiso la bendita casualidad que, en una visita al mercadillo, el ilustre caballero se sintiese atraído por dos libros encuadrados en piel que ofrecía un buhonero ambulante que alardeaba de su importancia, aunque no podía explicar muy bien, el dudoso medio por el cual llegaron a sus manos; después de un protocolario y animado regateo, los consiguió a buen precio.

Los leyó con sumo interés, ya que los escribía, nada menos que el camarero mayor de la reina Isabel, un tal Sancho de Paredes Golfin, un hombre importante que tenía a su cargo a decenas de personas, su celo por su oficio le apremiaba a apuntarlo todo con meticulosidad. Los libros de cuentas describían las preferencias de su alteza por ciertos brocados, terciopelos, tableros de ajedrez, instrumentos musicales, pinturas, pieles de conejo, armiño y marta. Las intimidades y sus predilecciones más particulares quedaban al descubierto, como las joyas de oro y plata (coronas, collares, cadenas, brazaletes, sortijas...), los tocados, los manteles, las toallas, los sombreros, los zapatos, y la cosmética. En este apartado, el camarero describía con conocimiento, los productos empleados por la reina para mantener la

higiene y belleza de la piel, como la algalia, una untuosa sustancia extraída de la bolsa próxima al ano que posee el gato de algalia, de olor fuerte y sabor acre. O el almizcle, un concentrado aceitoso y de olor intenso que segregan unas glándulas ubicadas cerca del ano del ciervo almizclero macho, el de los largos y vampíricos caninos. Para hidratar su rostro, recurría al benjuí, un bálsamo aromático de un árbol de los lejanos bosques tropicales de Malasia e Indonesia. También en su tocador, ella custodiaba elaborados perfumes y regeneradores de la piel, como el ámbar fino, el aceite de azahar, el aceite de rosa mosqueta, o el agua de murta, utilizado como desodorante.

Mientras leía los libros, el noble esbozaba una sonrisa de satisfacción, la misma que se escapa cuando se consigue algo importante o cuando se tiene absoluto control sobre alguna situación. Quedaría como un rey, por si el ofrecimiento del santuario no era suficiente para conseguir el favor real, sería generoso con los regalos, con especial hincapié en el de la cosmética; pagaría al extraño alquimista que vive como un anacoreta en la orilla del río, para que dejase de buscar la bendita piedra filosofal, empeño en el que lleva media vida sin ningún resultado útil, y se dedicase a elaborar, con selectos ingredientes de mi comarca, como la rosa mosqueta, el romero, y el ámbar que guardo en mis entrañas, una crema hidratante para la piel y un perfume digno de su majestad, contraviniendo así, la maledicencia popular que la precedía sobre su desaseo y su poca afición a lavarse, se decía que había prometido no cambiarse de blusa hasta tomar el último bastión musulmán en España.

Su alteza también cargaba con la culpa de haberse dejado convencer —durante su estancia en Sevilla— por el dominico sevillano Alonso de Ojeda, de la práctica de ritos judíos entre los conversos andaluces. Ese fue el origen

del desastre, el ansia de poder de la soberana, su avidez por valerse de la Inquisición para injerir sobre la religión, sin la intermediación del Papa. Con atrocidad, se inauguró el primer auto de fe en esa capital andaluza, se quería dejar claro el destino que deparaba a los que se desviaban del dogma católico; quemaron vivas a seis personas, que por sus prácticas judaizantes fueron acusadas de blasfemia. Después de que los reyes, Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla, fundaron el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, se habían dictado hasta el año de la visita real a mi territorio, unas setecientas condenas a muerte y miles de cadenas perpetuas y otros castigos terribles.

Una gran torre a los pies de la iglesia es el refugio de los ocho vigías siempre en vela y, dentro del templo, el maestro pintor, al modo de los mitos arcaicos griegos, ha pintado treinta y dos fieros dragones en el techo, que protegerán con su vida el sagrado recinto y las reliquias de su interior. Es un hombre inescrutable que ha dibujado a los engendros partidos en dos, a los lados de las nervaduras, un acto imperdonable que pone en riesgo la protección del santuario, y que ha desatado la ira del cura y de la Orden del Dragón. El pintor se solaza recorriendo con sus manos los contornos de la figura del dragón mayor, acaricia sus escamas y su cabeza; a veces cree que la piedra se ablanda, que se convierte en cera del monte Himeto, y que cede a la presión de sus dedos, como si recreara el mito de Pigmalión. Lo vuelve a tocar, una y otra vez, y habla con él, le ordena obedecer a su creador, y ante la certeza de que la dureza de la piedra es inmutable, se enfada, le injuria y, a gritos, le amenaza con borrarlo, con condenarlo al olvido. Lo que el maestro no sabe es que el dragón le escucha, y que ha encontrado alguien con quien compartir su soledad.

Desde hace milenios, un polvorín de estrellas fugaces rayan las diáfanas noches de agosto, son las lágrimas de San Lorenzo, el santo martirizado, son portadoras de los secretos del porvenir, ellas me confiesan que vendrán otros magos de la prosa que crearán lugares ignotos a los que colmarán de enigmas e intrigas. Se llamarán Comala, o Macondo, o Santa María, o Yoknapatawpha, o Ixtepec, pero solo tendrán vida en las páginas de los libros. Sé que esos pueblos inventados se jactarán de los personajes, de las leyendas, de las crónicas fabuladas por sus creadores, a mí me enorgullecen las intensas historias que he vivido. No soy una ficción, soy de piedra berroqueña, de fuentes cristalinas y tierra surcada por un río, de arboledas en las que deambulan osos y jabalíes, de cielos azules vigilados por veloces rapaces, de una apacible rutina rota por grandes acontecimientos, como estos que relato, y que han commocionado a la vecindad.

La gente teme entrar en la iglesia desde que los dragones poblaron su techo, miran al suelo y rezan en voz baja, a pesar de las arengas del cura, que los incita a levantar la vista y admirar a los protectores del recinto. No le obedecen, su ancestral reciedumbre se ha marchitado, se amedrentan al observarlos en lo alto, sienten sus ojos sanguinarios en sus carnes, como si tratasen de aniquilarlos. Tampoco pisán los alrededores, las otrora límpidas y silenciosas noches han caído en el olvido. Culpan al pintor, por haberlos concebido, y a una misteriosa mujer errante que la han visto vagar por mis calles y montes.

Se empezó a hablar de su enigmática figura cuando el pintor trazó el dibujo de los dragones en la bóveda, nadie sabe nada, ni se explican su presencia. El espanto se ha adueñado de los que cuentan haberla visto y

hablado con ella, impresionados por su metálica voz con eco, por la palidez de su rostro, por su presencia altiva e inquietante, y el aura oscura que parece envolverla. Dicen que cuelga del cuello una gruesa cadena de argento, con un deslumbrante camafeo de ágata engastada en una estrella de David plateada, sin duda, un fino trabajo de orfebrería, en cuyo centro destacan dos tallas de los rostros de una pareja, y afirman que se refugia en la iglesia, que su etérea silueta atraviesa la gran puerta de madera, como la espada que corta la niebla, y que parlamenta con los dragones; en las madrugadas frías y brumosas, los trasnochadores juran haberse estremecido por el rugido y el hálito candente de las bestias en los alrededores del templo.

El judío robledano, un sesudo indagador de archivos, revuelve sus papeles y pergaminos, como un sabueso persiguiendo a la presa. Lleva un registro minucioso de los judíos que han sido víctimas del Santo Oficio, y se ha sentido intrigado por las habladurías que llegan a sus oídos. Rastreando el origen del singular camafeo, ha descubierto que, tiempo atrás, fue noticia la inmolación en la hoguera de una acomodada pareja de judíos acusados de herejía, debido a que atesoraban en su casa unos rollos de pergaminos antiguos de la Torá, heredados generación tras generación. El marido ejercía de rabino en la famosa Sinagoga del Tránsito de Toledo, y a la vez era un competente orfebre platero que tallaba ese tipo de joyas, únicas en la península. Aparte de la condena a muerte, el tribunal arrasó con su taller toledano, salvándose de milagro su hija, porque había viajado a Salamanca a ayudar a un tío a atender su botica, mientras se reestablecía de un fuerte ataque de gota. Ella era conocida por su hermosura, el apego a sus padres, y su dominio del arte de la perfumería.

Los rumores corren como el siroco que atraviesa el Almenara, el vulgo se ha soliviantado, los artesanos y comerciantes, los siervos y buhoneros cuchichean, se persignan, y airean sus versiones en los mercados; sus testimonios los defienden con ahínco, aseverando que ella merodea por el Risco de los Monaguillos, por la zona de los Degollados y por el cementerio, buscando consuelo y venganza para mitigar su dolor.

Los juglares sacan partido de los hechos, y reúnen a la gente para contarles su relato, mientras tañen sus vihuelas, a la espera de su generosidad. Alelada, se entera de que, desde ese infiusto acontecimiento, ella deambuló desnortada sin encontrar la paz; su juventud languidecía sin remedio en su infinita soledad, su nívea belleza se marchitó sin perder su magnetismo, sus rasgos se endurecieron y, un buen día, desapareció sin dejar rastro. La reciente aparición de la ingravida mujer coincidía con los trabajos del maestro pintor y sus dragones, con los preparativos para recibir a su alteza, Isabel I de Castilla. Con habilidad los bardos manejaban los silencios y las expresiones de pasmo del gentío, y proseguían su cuento, anunciando que había llegado el ansiado momento para la mujer, que utilizaría todos sus recursos y destrezas para lograrlo, su templanza y paciencia por fin se verían recompensadas, se haría justicia con sus difuntos padres, y conseguiría vencer sin presentar batalla. El dragón mayor sucumbió a sus encantos, seducido por su descarnada aflicción, consintió en dispensarle el denso almizcle de su perineo, una sustancia de color púrpura oscuro con un contenido letal de amoníaco y colesterol, y que es la base de un aceite de fragante olor mortífero, y de una crema que, untada en la piel, a los pocos minutos, la desharía hasta llegar a los huesos. El estupor en los rostros de la audiencia se acompañaba de exclamaciones de espanto al

terminar la narración, una larga ovación precedía a un generoso reconocimiento hacia los relatores.

Se anuncia a bombo y platillo la inminente llegada real, y han empezado los fastos, la villa se ha volcado para rendirle pleitesía, incluso en su honor, me conceden un controvertido apellido, “de Chavela”. Entre los regalos del noble para su majestad, alguien ha incluido en su tocador, dos afeites envasados con mimo en un frasco de cristal de bohemia con incrustaciones de plata esterlina. La mujer errante ha desaparecido, y como por arte de magia, nadie parece acordarse de ella, como si no hubiese existido.

En todo este tiempo convulso, de buena fe, juro que apenas he percibido la liviandad de una sombra sobre el suelo desplazándose como el viento y tomando posesión de las noches. El feroz dragón mayor, algunas madrugadas transparentes, ruge y derrama una lágrima. Es todo lo que puedo contar, y antes de sumergirme en el lento fluir del tiempo, doy paso a otros testimonios que claman por narrar su exégesis. Son voces arraigadas al palpitar de estos sucesos. Reto al lector a que vibre con los relatos de la hetaira que regenta una mancebía, del noble, del judío, del pintor y su esposa, de la chica mudéjar expulsada de Toledo, del ajedrecista árabe, del caballero de la Orden de Calatrava y de la curandera.

Fabián Vásquez





ISAAC LEVÍ Y LOS DRAGONES CHINOS

Isaac Leví era un judío abulense que residía en Robledo de Chavela. De apariencia severa, pero de talante apacible, generaba respeto y seguridad entre los miembros de su comunidad. A pesar de atravesar la sesentena, aún mantenía la prestancia y la grácilidad de sus mejores años. Vestía con la sobriedad exigida por las “leyes suntuarias”, con la pretensión, nunca lograda, de pasar inadvertido. Como judío sefardita, se sentía arraigado a su tierra con la misma fuerza que los robles que cortaba y despiezaba en su aserradero.

Era el dueño de la serrería más importante de la región, ubicada en un bosque a media legua de Robledo. De ella salía la madera necesaria para abastecer a todos los carpinteros de la zona. En la judería, contigua a la iglesia de la Asunción de Nuestra Señora, se hallaba su casa y, en ella, guardaba su “secreto”. Vivían solos su mujer y él. Sus dos hijos emigraron a Portugal donde gozaban de una buena posición. Su vida era muy metódica. Por la mañana temprano visitaba el aserradero y despachaba los asuntos pendientes; después, regresaba a casa y se encerraba en sus aposentos. Así día tras día.

En el aserradero, trabajaba para él un judío asquenazí que había llegado desde Polonia, hacía cuatro años. Casi no hablaba castellano y se hacía entender, con mucha dificultad, entremezclando palabras hebreas y castellanas. Se hacía llamar Polansky; trabajaba y dormía en el aserradero, sin más ambición que cumplir con su labor y con sus oraciones. Su complexión muy robusta le permitía mover los troncos y tablones con el ímpetu de una bestia de carga. En nadie confiaba y hacia todos sentía una envidia insana.

En la primavera de 1488, Abdul Ali, musulmán de la morería, acudió a

la casa de Isaac para comunicarle que había recibido un encargo de gran importancia que podría suponer un magnífico negocio para ambos.

Abdul era un amigo leal de Isaac. Artesano de prestigio en la *carpintería de lo blanco*: arte mudéjar en madera que realizaban los musulmanes, bajo autorización cristiana, siempre dentro de las morerías. Era un hombre bueno que se relacionaba con hombres buenos de todas las religiones. La convivencia de las tres religiones en Robledo era ejemplar, basada siempre en el respeto mutuo.

Además de la buena nueva del encargo, Abdul recibió, con alegría, la visita inesperada de Hasan, un primo lejano y rico que se dedicaba desde Valencia a comerciar marítimamente en la ruta de la seda. Exportaba lana castellana e importaba tejidos de Oriente. En sus frecuentes viajes por Castilla, siempre pernoctaba en casa de Abdul. Esta vez traía telas de seda adornadas con figuras de dragones de diferentes formas y colores. Abdul se quedó impresionado ante tales maravillas y conoció así la rica iconografía de los dragones chinos y su significado en la cultura tradicional de aquel lejano país. Los utilizaban la alta nobleza y emperadores para protegerse de los peligros. Sintió la suavidad de los tejidos, cuyo brillo realzaba la intensidad de los colores y potenciaba la fuerza de las formas. Nunca había visto nada igual: dragones poderosos, retorcidos en inquietantes posturas, que comunicaban una sensación de mágica irrealdad. Los dragones parecían hablar, contaban historias diferentes y excitantes. Hasan le explicó que las posturas y los colores obedecían a distintos significados y códigos imperiales.

Esa noche, Abdul no pudo dormir pensando en cómo incorporar esas figuras mágicas a la gran celebración que iba a tener lugar en Robledo. Habló

de todo ello con Isaac para que intercediera ante el infanzón don Diego Ramos de la Vega, que era el encargado de organizar dicho fasto. Don Diego aprovechaba, para sus intereses, el conocimiento contenido en algunos manuscritos que poseía Isaac, pues le proporcionaban ventajas estratégicas sobre sus enemigos. A cambio, protegía el *secreto del judío*.

En el taller de carpintería, se reunieron, pasados unos días, el árabe y el judío. Compartieron una bebida negra llamada café que Hasan había traído de El Cairo y que pronto estaría prohibido para los musulmanes por sus “efectos nocivos”. Entre sorbo y sorbo, hablaron del encargo. Se iba a pintar la bóveda de la iglesia de la Asunción con figuras alegóricas; por ello, Don Diego Ramos de la Vega, su promotor, había pedido a Abdul que se hiciese cargo de la construcción del andamiaje necesario. Teniendo en cuenta la altura y dimensiones de la nave, era un magnífico negocio para ambos.

A continuación, trataron, a iniciativa de Abdul, cómo se podrían incorporar a las pinturas de la bóveda aquellos maravillosos dragones que aparecían en los pañuelos de seda que su pariente valenciano le había regalado. Isaac escuchaba en silencio, mientras muchos cálculos y pensamientos cruzaban por su mente a toda velocidad y, al final de la charla, dijo:

- Cuenta conmigo, Abdul. Intentaré convencer a don Diego. Poseo una relevante información que él necesita y hemos quedado en mi serrería. Pero te voy a poner una condición: en adelante, nuestro intermediador va a ser tu aprendiz Said Talib; de esta forma, nosotros no perderemos nuestro precioso tiempo que tanta falta nos va a hacer a partir de ahora.

Esta extraña condición respondía a un deseo. Isaac pertenecía a una

sociedad secreta denominada *La Verdad Duele* y pretendía que Said formase parte de ella.

La finalidad de *La Verdad Duele* era conservar y difundir entre sus adeptos los libros prohibidos. Salvados de las llamas durante cientos de años por personas valientes que habían asumido la responsabilidad de guardarlos y trasmisitirlos.

Ser miembro de una secta secreta como esta era muy peligroso, pues bastaba con una delación anónima para que la Inquisición actuara con todo su terrible rigor. Quien aspirara a entrar en ella tenía que superar diferentes requisitos y pruebas. Durante el periodo de iniciación, se le mantenía al margen de su existencia. Su mentor debía ser un ordenado, con antigüedad y habilidad de captación contrastada. La sociedad tenía unas reglas de confidencialidad y de comunicación internas rigurosísimas. Existía una hermandad en cada pueblo de la comarca; los integrantes de cada localidad no conocían a los de los otros lugares, sólo la persona elegida como la *Voz* tenía reuniones con las otras *Voces* de las demás células; nunca se trasmisitían nombres ni mensajes entre ellos.

Isaac era la *Voz* de Robledo. En su casa había una estancia secreta donde albergaba los preciados libros y manuscritos. Su lectura provocaba una trasformación de las mentes, forjando personas más libres y sabias.

El *moro* Said era un marroquí joven que, de adolescente, había llegado a España de polizón en un barco. Tras muchos avatares, recaló en Robledo donde sobrevivió, a duras penas, pidiendo por las calles. Abdul lo acogió, le dio un oficio y, al apreciar su inteligencia natural, le enseñó a leer y escribir, para, después, recomendarle aquellas lecturas adecuadas para su formación.

Ahora Said vivía en una casa, que se había fabricado con desperdicios de madera, al otro lado del arroyo Valsequillo.

Hacía un tiempo que Isaac no tenía noticias de Said; así que, preocupado porque hubiese enfermado, decidió presentarse en su vivienda. Después de aporrear la puerta y llamar a voces sin respuesta, forzó la entrada y allí lo encontró sobresaltado y temeroso. Después de hablar con él, Isaac se dio cuenta de que su padecimiento no era físico, sino producto de sus ideas cargadas de prejuicios y supersticiones. Abdul le explicó que estaba aterrorizado, que no podía cruzar el puente para ir al pueblo porque había visto a la Isha Kandisha.

La existencia de la Isha kandisha, mujer demonio de la mitología magrebí, provocaba pavor en los musulmanes. Pensaban que vivía cerca de los ríos y arroyos, seducía a los hombres, quienes después de haber gozado de la *djinn*, joven tan bella como malvada, eran aniquilados entre terribles torturas. Era descrita por la leyenda como una soberbia hembra que regalaba sus encantos, pero que, de repente, mostraba sus armas: manos de cabra y garras de bestia capaz de estrangular con una fuerza sobrehumana. Los incautos que no podían zafarse de su hechizo, se condenaban por los siglos.

La tarde anterior, mientras Said cruzaba el río para volver a su casa, le había parecido ver la silueta de una joven y bella mujer que le seguía. Esa noche soñó que era seducido por la Isha kandisha que, después, le estrangulaba, clavándole las pezuñas en la garganta; al terrible sufrimiento se añadiría después ser castigado en el *Yahannam*, un lago de fuego. Cuando despertó espantado, entre sudores fríos y tiritonas, pensó que aquello era premonitorio y decidió encerrarse en casa para no correr ningún riesgo. Isaac

escuchó comprensivo todas aquellas supercherías y dijo:

- Mira, Said, esas son burdas mentiras. En mi religión también hay una leyenda parecida: Lilith, mujer demoniaca que fue la primera esposa rebelde de Adán, tuvo el atrevimiento de querer ser igual al hombre; por su osadía, fue condenada a la eterna noche y se la representa con análoga apariencia de mujer bella con deformaciones bestiales, al igual que vuestra dama maligna.

Estos mensajes no tienen otro fin que el de denigrar a la mujer, someterla como ser inferior y despreciable al que se puede maltratar.

Said, pensativo, contestó:

- Tienes razón Isaac, no son más que patrañas. Cuanto me gustaría discernir la verdad de la mentira y ser el único dueño de mi destino.

Estas palabras encendieron una luz de esperanza en Isaac. Vio en Said un buen candidato para entrar en la hermandad.

En aquella época, la pertenencia a una secta otorgaba, si se era ambicioso, importantes ventajas; pero también podía llegar a ser muy arriesgado y peligroso. Don Diego Ramos de la Vega pertenecía a la *Orden del Dragón* que luchaba contra los enemigos de la Iglesia católica. Conocía las secretas actividades de la secta de Isaac, pero las consentía en aras de su afán de poder. *La Verdad Duele* le proporcionaba informaciones privilegiadas que incrementaban sus privilegios y su prevalencia. Curiosamente este mismo conocimiento proporcionaba sabiduría a los pacíficos hombres de bien. El infanzón necesitaba un pergamo que estaba en poder de Isaac y que provenía del Monasterio de San Gerónimo de Guisando. En el mayor de los siglos habían quedado en la serrería para la transacción. Don Diego llegó montado a caballo y con dos escoltas, lo que provocó el recelo en Polansky y la sospecha

de que aquellos caballeros estaban investigando a su jefe por algo grave que hubiera cometido.

Isaac, después de entregarle el preciado documento, aprovechando un comentario sobre el nombre de la hermandad a la que pertenecía el infanzón y el símbolo del dragón que aparecía en su escudo, comentó las bondades de los exóticos dragones chinos de los que le había hablado Abdul, y le insinuó que podían ser un magnífico motivo para las pinturas de la iglesia. Don Diego observó sorprendido las extraordinarias figuras de las telas que le mostraba Isaac y le hizo saber que no había visto nada igual, pues eran distintos de las representaciones de los dragones panzudos que combatía San Jorge o de los reptilianos alados que aparecían en los cuadros con San Miguel. Los dragones chinos eran majestuosos y fascinantes.

Por los mentideros de Robledo de Chavela corría la noticia de que estaba prevista una visita de la reina Isabel la Católica a la localidad y de que se preparaban fastuosas celebraciones. El infanzón don Diego había decidido obsequiarla con la decoración de la bóveda de la iglesia de la Asunción. Pero, a la vez, se rumoreaba que en dicha obra artística iban a participar judíos y musulmanes, y que, en consecuencia, los beneficios económicos no iban a recaer solo en los devotos artesanos cristianos. Además de tan descabellada concesión, se había elegido, como elemento central de dichos frescos, un conjunto de dragones paganos que nada tenían que ver con la tradición católica.

Por entonces, en algunos lugareños de los pueblos serranos, empezaban a calar las mentiras que, por intereses espurios y fanatismo religioso, unos pocos difundían. Habladurías y rumores que tachaban a judíos

y musulmanes de “sucios de corazón”, de malvados y peligrosos. Se propagaba la insidia de que estaban alcanzado grandes cotas de riqueza y poder, que eran muy prolíficos e iban a llegar a ser más numerosos que los cristianos nativos, que acabarían quitándoles el pan y, lo más importante, que ultrajaban la verdadera religión. La decisión de pintar la bóveda del templo de Robledo con figuras de dragones era fruto de las malas artes y encantamientos perpetrados por hechiceros circuncisos y herejes.

Toda esta ofensiva contra el equilibrio y la paz entre las tres religiones la llevaban a cabo analfabetos, fanáticos y delatores sin escrúpulos que pretendían eliminar a competidores económicos. En todo caso, ninguno de ellos constituía un riesgo para Isaac que llevaba su actividad con sumo sigilo. Paradójicamente, la mayoría de los feligreses veían con muy buenos ojos que fuesen los dragones el motivo principal de las pinturas, ya que les protegerían de todo mal y serían la envidia de las otras parroquias.

Cuando por fin Said se presentó en el aserradero, tal y como Isaac había acordado con Abdul, ya había vencido sus miedos. Traía el cálculo del primer despiece de tablones de roble necesarios para empezar la obra del andamiaje. Apareció montado en el asno que Isaac le había proporcionado para que acudiese rápidamente las veces que hiciese falta. Este hecho desató la envidia en Polansky, pues nunca había obtenido ningún favor de su jefe, a pesar de su total entrega al negocio. No comprendía cómo Isaac ofrecía dádivas a un desconocido moro que había sido un pordiosero. Algo turbio cruzó por la cabeza de Polansky, y se conjuró para escrutar aquella relación.

Durante las numerosas reuniones que se iban manteniendo, Isaac iba atrayendo con agasajos y comentarios inteligentes a Said que asimilaba

rápidamente los consejos de su maestro. Polansky, por el contrario, iba acrecentando cada vez más su odio.

Cuando Isaac llegó a la conclusión de que Said estaba maduro para comenzar la iniciación, le entregó un manuscrito que debía conservar en el más riguroso secreto, si no quería comprometer la vida de muchas personas. El manuscrito tenía por nombre *El Manifiesto Sectarista* y, con su lectura, adquiriría las claves para ir conociendo la *verdad*. Le aseguró que después le haría entrega de otros escritos que le conducirían por el camino de la sabiduría.

Este grado de confianza e intimidad entre maestro y discípulo, fue insoportable para Polansky que veía amenazado su futuro como único heredero de la serrería. Al fin y al cabo, según su criterio, él era quien sacaba adelante el trabajo diario con un esfuerzo titánico.

Cierta mañana, Polansky, desde lo alto de la nave, observó cómo Isaac entregaba algo a Said que este guardó rápidamente en la alforja de su burro. En un descuido de Said, comprobó que la entrega consistía en un manuscrito en castellano. Apenas sabía leer y, llevado por su obsesión, interpretó que era un tratado repleto de blasfemias, en una de las frases creyó entender que se decía que las religiones eran la droga de los pueblos. Le invadió una furia desmedida y gritó en alto:

- ¡Son unos infieles!

Y fue, en ese instante, consciente de que se quedaría con la serrería.

Pendiente de los movimientos de su jefe, descubrió que los sábados, a última hora de la tarde, salían de su casa varias personas con mucho sigilo y precaución. Para confirmar sus sospechas, decidió secuestrar a uno de ellos y sonsacarle qué hacían allí dentro. Al sábado siguiente, eligió a un judío de

apariencia endeble que opuso poca resistencia. A base de amenazas y golpes, éste confesó todo lo que Polansky deseaba oír, fuese verdad o no. Por fin exclamo:

- ¡Así que, además de herejes, sois conspiradores y subversivos!

Lo primero que pensó Polansky fue en denunciarles a las autoridades religiosas cristianas, pero carecía de los contactos adecuados y podría llamar excesivamente la atención sobre él mismo. Además, esta opción era poco beneficiosa para él, ya que, si Isaac era condenado, le arrebataría todos sus bienes y, por lo tanto, se quedaría sin el aserradero. Así que, decidió acudir a los líderes de la Comunidad Hebrea de Ávila que habían prestado a Isaac el dinero para montar el negocio y que, seguro, no estarían dispuestos a perder su inversión. Sabía también que, entre los cristianos viejos de Robledo, corría el rumor de que había sido el judío Isaac quien había convencido a don Diego Ramos de la Vega para que eligiera los dragones como motivo central de las pinturas. Según las reglas de convivencia, los judíos no podían inmiscuirse en asuntos religiosos cristianos. Si esto sucedía, se ponía en peligro la precaria autonomía de la que gozaban las autoridades hebreas. A ojos de la Comunidad Hebrea, Isaac habría incumplido este precepto.

Polansky viajó a Ávila y consiguió contactar con dicha Comunidad y explicó ante sus miembros las actividades de Isaac. A la vista de la gravedad de los hechos, decidieron ser ellos los que continuarían con la investigación para averiguar qué ocurría realmente en esas reuniones clandestinas y conjurar toda posible amenaza.

Dada la gravedad del asunto, se decidió reunir el Consejo de Rabinos de toda la zona. En primer lugar, tomaron la palabra los partidarios de acabar

por la vía rápida, es decir, la desaparición física de los judíos que habían puesto en peligro a toda la comunidad ya que, no solo incumplían las leyes de la Torah, sino que habían incurrido en un hecho peor, se habían convertido en unos librepensadores. Esta propuesta fue rechazada, porque su eliminación despertaría las sospechas de las autoridades cristianas y acabarían temiendo una conspiración generalizada. Después, intervinieron los que opinaban que lo mejor era entregarlos al Santo Oficio, como prueba de lealtad y cooperación, para asegurarse de esta manera un trato de favor, si llegara el caso. Por último, un rabino sabio, que observaba en silencio, dio un golpe en la mesa y, con énfasis, señaló:

- Primero buscaron a los hebreos campesinos y no protestamos, porque no éramos nosotros; después siguieron con los artesanos y comerciantes, y no protestamos porque no éramos nosotros; cuando encarcelaron a los amigos no protestamos porque creíamos que eran culpables... Si entregamos a los nuestros después vendrán a por nosotros y nadie protestará.

No fue tenida en cuenta esta intervención por los presentes. Por el contrario, se decidió, por mayoría, acudir a la Inquisición de Ávila para interviniera y zanjara la delicada cuestión, dejando muy claro que había sido obra de unos pocos depravados que nada tenían que ver con el resto de la comunidad. Entregaron a Isaac y a los otros miembros de la secta acusados de apostasía y conspiración contra la Corona. Nadie intercedió a su favor. Don Diego que, de ninguna manera, quería que se le relacionase con este proceso ni que en él se hablase de los dragones de la iglesia, declaró que no conocía a Isaac. Sus más íntimos, temerosos, se ocultaron.

Isaac fue condenado y depurado.

La actuación de los rabinos no sirvió de nada. Cuatro años más tarde, todos ellos fueron expulsados de España, como judíos no conversos. Polansky salió de los primeros.

Luis Alonso Del Moral



Dibujo: Luis Alonso Del Moral



EL SEÑOR DON DIEGO RAMOS DE LA VEGA, INFANZÓN DE CASTILLA.

Vine a parar a estas tierras de Robledo tras la batalla de Toro¹. Yo era el capitán de la guardia personal del Cardenal Mendoza, protegiéndole con un selecto grupo de ballesteros. Entre lo que llovía y que se hizo de noche enseguida, aquello fue un lío indescriptible. En la parte norte ganaron los portugueses, en la parte sur nosotros, y en el centro hubo una autentica carnicería. Al fin el rey Alfonso se retiró hacia Castronuño y el rey Fernando mandó emisarios por toda Castilla diciendo que habíamos ganado la batalla. En realidad no nos habíamos movido del sitio y al amanecer el espectáculo del campo de batalla era desolador, caballos y hombres gimiendo de dolor mientras que, poco a poco, la vida se les iba con la sangre derramada.

Como premio a mis servicios, me fue otorgada en patrimonio, una buena porción de terreno y bosque en la dehesa de Fuente Lámparas perteneciente al poblado de Robledo, del Sesmo de Casarrubios y exento de pechería².

Estábamos en una situación fronteriza con los Beltranejos³ de San Martín, de la Torre de Esteban Hambrán y de Escalona. El Marques de Villena y el Arzobispo de Toledo, líderes de la facción contraria a la reina Isabel, amenazaban con lanzar un ataque hacia nuestras tierras y así cortar el paso de la Fuenfría, por lo que solicité al Cardenal Mendoza una mesnada para defender este flanco de la sierra. El Cardenal me concedió, treinta y siete

1. Principal batalla de la guerra por el trono de Castilla entre Alfonso V de Portugal, que apoyaba a la reina Juana de Trastámarra hija oficial de Enrique IV de Castilla, contra la reina Isabel y Fernando II de Aragón.

2. Tributos a la corona

3. Partidarios de Juana de Trastámarra, apodada La Beltraneja, por creerse que en realidad era hija del favorito del rey Enrique IV, Don Beltrán de la Cueva.

ballesteros, y cincuenta peones de combate con peto y espaldar, armados con espada corta y lanza, más otros tantos jinetes ligeros, es decir, sin armadura. Con el permiso del señorío de los Bernaldo de Quiros, los instalé en unas dependencias adyacentes al Palacio de las Cadenas, sito en el mencionado poblado de Robledo y regido, en ausencia de la familia Bernaldo de Quiros, por un capataz de nombre Juan Ortigosa, aunque quien llevaba realmente la administración del palacio era su esposa Doña Blanca.

Puse una guardia permanente en lo alto del cerro de la Almenara para vigilar la llegada de hostiles, pero fue un pastor llamado Antón el de los Corrales, quien por quinientos maravedíes, avisó al dicho Juan Ortigosa, leal a la reina Isabel, de la incursión que preparaban los Beltranejos por el antiguo poblado de Navahonda y el collado de la Almenara. El señor de La Vela, dueño de la mayor parte del poblado de Robledo, simpatizaba con la causa de Doña Juana de Trastámara y se mantuvo a la expectativa, para tomar partido según quien ganara la batalla. El de los Corrales, nos indicó que el ataque sería en los primeros días de junio de 1477. El Consejo Municipal y los Bernaldo de Quirós, me confiaron el mando de la mesnada y tras estudiar el terreno, decidí que los pararíamos en el camino que sube al collado, pasada la pequeña ermita donde se custodia la Virgen de Navahonda. Era una senda estrecha y tendrían que subirla en fila de a uno. Aposté a los ballesteros detrás de unas rocas que tenían una buena visión del camino que subía por la ladera, y esperamos con paciencia desde los últimos días de mayo.

Una mañana, ya bien entrado junio, los vigías de la Almenara nos hicieron señales de que alguien se aproximaba. Por la explanada donde discurría el camino de San Martín aparecieron varios centenares de jinetes. Tal

como esperaba, una vez superada la ermita, abordaron la subida al collado de uno en uno y desmontados. Marchaban con total confianza sin sospechar de la celada y cuando llegaron a la altura de la pequeña construcción del Humilladero, ordené a los ballesteros que dispararan sus saetas. Eran blanco fácil y todos los de la avanzadilla quedaron muertos o heridos en varias andanadas. En la explanada se vivieron momentos de gran confusión, pues no sabían que estaba pasando con la vanguardia y la mayoría de los sargentos y capitanes habían caído por ir al frente de la columna. Rápidamente moví a los ballesteros hacia otro grupo de rocas desde las que se podían batir los alrededores de la ermita, en donde se habían congregado gran número de jinetes que intentaban socorrer a sus compañeros, abatidos en la senda. Las sucesivas descargas de saetas los diezmaron y el grueso de la fuerza intentó parapetarse tras los muros del antiguo poblado de Navahonda. Los pocos enemigos que quedaban sobre sus caballos fueron derribados por las certeras pedradas, que salían de las hondas, de un grupo de pastores que habían reclutado los Bernaldo de Quirós. En ese momento, los cincuenta peones de combate que había apostado en el bosquecillo que rodeaba las ruinas, aparecieron para rematar a los caídos. El grueso de los Beltranejos se revolvían inquietos sin saber qué hacer, todavía nos superaban en número pero ellos no lo sabían. Entonces, sin darles tiempo a recuperarse, me alcé sobre las rocas en las que estaban los ballesteros, izando un enorme pendón con el león morado y el castillo dorado. Era la señal para que empezaran a tronar decenas de tambores, en manos de muchachos de Robledo, de Fresnedillas, de Fuente Lámparas y de los Degollados, que se hallaban lejos de la batalla, pero estratégicamente situados para que el sonido rítmico y

amenazador que hacían, se viese engrandecido por el eco que rebotaba en las lomas cercanas y se impusiese sobre el fragor de la batalla. Esto tuvo un efecto desconcertante para los enemigos que, por unos momentos, se quedaron paralizados. Entonces el suelo empezó a temblar por los cascos de la caballería que se lanzaba a una carga de combate. Por la ladera de la colina que cierra el pequeño valle de Navahonda por el este, aparecieron a todo galope nuestros jinetes de la caballería ligera, portando estandartes multicolores bordados por las mujeres de las poblaciones cercanas y que hacían que pereciesen que eran muchos más. Pero detrás de ellos venía la tan temible caballería pesada, con armadura y terribles lanzas, que, tras el aviso del de los Corrales, nos envió a toda prisa Don Diego Hurtado de Mendoza, hermano del Gran Cardenal. No eran muchos, estaban acantonados en el Real de Manzanares a pocas leguas de aquí y vinieron mandados por su hijo, Don Iñigo López de Mendoza. Su aparición fue decisiva y los Beltranejos se retiraron a toda prisa hacia San Martín.

Aquella victoria me dio un gran renombre y el agradecimiento de la casa de los Mendoza, pues gracias a esta batalla ellos ganaron prestigio ante la reina Isabel. También aumentó considerablemente mi peculio con generosas donaciones de los Bernaldo de Quiros y del Consejo Municipal y sobre todo por parte de los Mendoza. Con todo ello me propuse edificar una iglesia que diese justo reconocimiento cristiano a estas tierras. Transformaría la nave de Nuestra Señora de la Asunción, de un pequeño templo que apenas sobresalía del enjambre de casuchas que la rodeaban, a un espléndido edificio moderno de altura considerable, visible desde todo el valle, y además se la dotarían de almenas, por si había que defenderla de los enemigos de la reina Isabel.

Así mismo reforcé la torre vigía que había en mi dehesa de Fuente Lámparas y la convertí en refugio para la caza. De igual forma, es mi propósito edificar una casona de piedra, con vigas de madera y de dos pisos más sobrado, en la misma población de Robledo, fuera de la barbacana, a la entrada por el camino de Fresnedillas, para solaz privado y digna representación de mi alcurnia.

La contienda por el trono de Castilla acabó en 1479, pero la tranquilidad duró poco. En junio de 1480, los reyes, deseosos de pagar las ayudas recibidas por los nobles en esta guerra, recompensaron su fidelidad con generosas donaciones territoriales a cambio de quitárselas a las ya establecidas. Así gran parte del Sexmo de Casarrubios pasó a manos de los marqueses de Moya, Don Andrés Cabrera y Doña Beatriz de Bobadilla, y al recién creado para ellos Señorío de Chinchón. De nuestra parte se nos arrebató Valdemorillo y mil doscientos súbditos que pasaron a pagar y depender de los de Chinchón. Esto supuso una pérdida importante de tierras y habitantes y lo sentimos como una traición a nuestra lucha por la defensa de la reina. Se organizó una gran asamblea en la ermita de San Miguel, sita en la aldea de Los Degollados, en la que el escribiente Juan Martínez, redactó una nota de protesta por este atropello, uniéndose a la revuelta organizada en Segovia, en la que se levantaron cadalsos y se lloró la pérdida de territorios como si se tratase de una muerte real. Para colmo, el comendador Gonzalo Chacón, enfrentado con Andrés Cabrera desde el motín de Segovia de 1476, sintió estas pérdidas como una afrenta personal, lo que produjo altercados y razias con toma de rehenes, quema de montes, y destrucción y robo de mercancías, en las poblaciones limítrofes entre los de Casarrubios y los de Chinchón. Robledo

seguía siendo zona fronteriza.

En la reunión de Los Degollados conocí al pastor Miguel Sánchez, ya bien entrado en años y todavía aquejoso de los terribles sufrimientos que había padecido tras presenciar la aparición del arcángel San Miguel. Compartimos mi bota de vino y unas buenas morcillas y me contó su historia. En realidad la aparición nunca dijo que fuera San Miguel. Era enorme, alta como una encina, y refulgía tanto que su figura se desdibujaba y no se podía mantener la mirada sobre él. Dijo, sin palabras, que era un -mensajero custodio- de la Gloria de Dios y que debíamos proteger esta comarca como lo venían haciendo desde siempre los frailes de piedra y los dragones blancos. Que toda la zona estaba impregnada de santidad, pues era un paso entre los dos mundos, el de arriba y el de abajo, que debía permanecer cerrado por toda la eternidad. Que él mismo había combatido a los dragones negros llamados demonios, y con la ayuda de los dragones blancos, llamados serafines, los había arrastrado hasta el inframundo, del que no deberían salir jamás. Cuando contó esta aparición a su señor, Don Pedro García de Ayuso, dedujo que se trataba de San Miguel, pues fue el que se enfrentó con el dragón negro de siete cabezas, llamado Lucifer, y Don Pedro financió la ermita en su honor. Con el tiempo, las llagas y los terribles dolores que padeció el infeliz pastor tras su milagroso encuentro se fueron suavizando y aquella tarde, enardecido por el vino y las morcillas, me enseñó uno de sus secretos. Nos retiramos discretamente hasta un profundo barranco y cuando estuve seguro de que nadie nos seguía, apartó unas zarzas que crecían en el terraplén y apareció ante nosotros la terrorífica cabeza de un dragón convertido en piedra. El hocico, cuna de afilados dientes, y la alargada cresta que se extendía por detrás de su

cráneo eran inconfundibles. Miguel me explicó que era un dragón bueno y que había hecho como los sabios santos o frailes antiguos, convertirse en piedra para extender su poder benefactor por los siglos de los siglos.

Aquel encuentro me abrió los ojos a las antiguas leyendas que se cuentan en torno a la hoguera, con la cabeza gacha y la voz baja. Ya había oído lo de los frailes de piedra que se encuentran esparcidos por las lomas cercanas, y el poder mágico de un dragón que se comunica con una curandera que vive medio oculta en lo más profundo del bosque de Robledo. También había sentido la presencia de algo que vigila desde la floresta y el apremio de llegar a lugar seguro, antes de que la noche te coja, indefenso, en medio de solitarios descampados. Algunas tardes de invierno, en el acogedor calor de los mesones de Robledo, habíamos escuchado, sobre el aullido de los lobos, otro grito más espeluznante aun y que venía del cielo, y un batir de alas que helaba la sangre y que pasaba sobre los tejados y las ventanas cerradas. En esos momentos nos santiguábamos y orábamos por los que estuvieran a la intemperie. También conocía la existencia de seres benignos, favorecedores de las cosas humanas, y que habitaban en fuentes y ríos, y de dragones blancos y estilizados, que hacen brotar manantiales y cuidan de los animales y las cosechas. El mundo es mucho más de lo que vemos.

En la primavera de 1488 fui invitado por Don Iñigo López de Mendoza al castillo que estaba construyendo en el Real del Manzanares. Su padre, Don Diego Hurtado de Mendoza, que había iniciado la construcción de dicho castillo, había fallecido en enero de 1479. Se organizó una reunión en la galería que daba al sur, sobre el amplio valle del Manzanares, y a la fresca brisa de la mañana, Don Iñigo, fue presentando a todos los invitados: Don Pedro

Hurtado de Mendoza, el Gran Cardenal, tío de Don Iñigo. Don Francisco Jiménez de Cisneros, un franciscano protegido suyo. Don Rodrigo de Borja, arzobispo de Valencia, sobrino del papa Calixto III. Mihnea, príncipe de Valaquia, hijo de Vlad III Dracullá, el empalador, y representante de la Orden del Dragón; un diacono servía de traductor al joven príncipe. Don García López de Padilla, gran maestre de la orden de Calatrava. Y dos infanzones más de los que no recuerdo el nombre. El concilio duró dos días enteros y me costó mucho más tiempo asimilar lo que allí se dijo:

La caída de Constantinopla a manos de los sarracenos en 1453, había cortado el camino a Catay, Cipango y el Indostán⁴. Sus riquezas ya no fluían por los puertos de levante y los mercaderes genoveses, florentinos y venecianos estaban en la ruina. Solo de vez en cuando alguna caravana llegaba hasta el golfo de Libia y de allí saltaba hasta Malta o Sicilia. Por eso los navíos de Juan II de Portugal estaban buscando un paso a oriente por la costa de África. Sin embargo había razones para creer que, antiguos documentos y cartas portulanas, mostraban un camino hacia las Indias atravesando el inmenso mar de poniente. Pero una empresa de exploración tan importante solo sería posible abordarla desde una gobernanza fuerte y rica. Los sexmos, villanías independientes, encomiendas y condados, estaban condenados a desaparecer, siendo sustituidos por los corregimientos⁵ en nombre de los reyes. Se imponía un poder real fuerte y con unas mesnadas propias y permanentes. El peligro era que no podían quedar en occidente reductos infieles, como el reino nazarí de Granada, ni sociedades como las aljamas judías, con su riqueza puesta al servicio de unas normas distintas a la moral

4. Catay: China; Cipango: Japón; Indostán: India

5. División territorial administrativa gobernada por un corregidor como representante directo de la corona

cristiana. Debíamos asegurar un territorio ibérico al servicio solo de las leyes de nuestro Señor, que son las que nos favorecen. El reto era convencer a la reina Isabel y al rey Fernando, para que acabasen con estos enemigos y financiaran las exploraciones por el gran mar, que nos traerían riquezas inimaginables.

El príncipe de Valaquia, a través de su traductor, nos informó de que su orden había sido fundada para proteger el mundo cristiano. Que estarían dispuestos a combatir a los moros de Granada si los reyes se lo pidieran. Habría que convencer a estos para que solicitaran la ayuda de la Orden del Dragón, pues son versados en armas y excelentes navegantes, osados como nadie.

Don García López de Padilla, con sus cabellos albos y su voz pausada, confesó su intención de, a su muerte, ofrecer el gran maestrazgo de la orden al rey Fernando. La maniobra pondría en manos del soberano los recursos y territorios que ahora disponían los caballeros de Calatrava para mantener el reino cristiano.

El franciscano Jiménez de Cisneros dijo conocer la existencia de un antiquísimo pergamo que describía la posibilidad de que, si un hombre santo pudiese caminar sobre las aguas como hizo nuestro Señor, y si cada día recorriese sesenta estadios hacia la puesta de Sol, al cabo de doce años volvería al punto de partida. En medio de ese periplo se encontraría con una vasta región desconocida llamada Perikoi⁶, donde habría edificios enormes que solo podrían haber sido erigidos por gigantes y una montaña de oro protegida por dragones. El pergamo se custodiaba en el monasterio de San

6. Masa terrestre situada al oeste de Europa representada en el globo terráqueo creado por el gramático griego Crates en Pergamo (actual Turquía) en el 150 a.C.

Jerónimo del cerro de Guisando, pero actualmente se encuentra en poder de una sociedad secreta judía que lo custodia en algún lugar entre Ávila y el Sexmo de Casarrubios. Ahora entendía por qué me habían invitado a esta reunión, tendría que recuperarlo y mostrárselo a la reina Isabel para convencerla de que patrocinase esta aventura.

Don Pedro, el Gran Cardenal, dijo tener un contacto a través del Duque de Medinaceli, con un marino genovés que podría llevar a cabo la gesta del viaje marítimo hacia el oeste. Se comprometía a favorecerle ante los soberanos si antes recuperaba el pergaminio para sus majestades.

Don Iñigo me propuso ingresar en la Orden del Dragón. Me quedé desconcertado, solo era un infanzón y un hombre de armas, pero insistió argumentando que no tendría que hacer más cosas que las que ya hacía, servir a nuestro señor Jesucristo y a la reina Isabel en su cruzada contra los moros, y mi posición subiría de categoría, aumentando mi fortuna. Acepté.

En una ceremonia improvisada en la que el arzobispo Don Rodrigo de Borja celebró una misa con Te Deum, fui ordenado caballero de la Orden del Dragón. El príncipe Mihnea me impuso la insignia de la Santa Hermandad del Dragón, una variante del Uroboro, (símbolo que representa a una serpiente que se está devorando su cola formando así un círculo mágico protector) y que en este caso se trataba de un dragón con la cola enrollada en su cuello. También me obsequió una espada de protocolo con el Uroboro en el pomo. Cuando acabó el rito, Don Iñigo me acompañó a un reservado del castillo donde ya estaba el príncipe Mihnea. Este, por boca de su traductor, me contó la historia y objetivos de la Orden:

La había creado en 1408 el rey Segismundo de Hungría para unificar

a los reinos y nobles cristianos ante el peligro del avance otomano. Eligió el Dragón Blanco como máximo representante de los defensores de la Gloria de Dios frente a los demonios, que como los turcos, quieren arrojar a la humanidad a los sufrimientos de la oscuridad eterna. Por eso, son las propias estrellas, las que están en lo más alto y que nunca sucumben al horizonte, las que nos iluminan con la figura de un dragón⁷. Ellas nos marcan el camino albo, que en las noches claras, señala en la dirección a los santos lugares. Es la senda que debe de recorrer nuestra alma en un ritual continuo de superación, desde la niñez hasta la senectud, con actos y sacrificios que nos hagan merecedores de la vida eterna en compañía de Nuestro Señor Jesucristo. Los más importantes reyes y señores católicos son miembros de la orden. Hay veinticuatro principales, descendientes del linaje Merovingio. Su abuelo, Vlad II de Valaquia ya llevaba el apodo de Dracull (Dragón en su idioma). Se hizo cargo del reino tras la muerte de su hermano Alejandro I Aldea en 1436 y lo mantuvo hasta su propia muerte en 1447, a manos del traidor Juan Hunyadi y los Boyardos. El padre de Mihnea, Vlad III el empalador, era conocido por Dracullá (hijo del dragón, en su idioma) y aunque todos piensan que murió a manos de los turcos, sobrevivió al cautiverio y se refugió en Nápoles, donde el rey Fernando I, hijo natural de Alfonso V de Aragón, le acogió y le dio refugio. Los reyes de Aragón eran miembros destacados de esta orden, incluido el actual rey Fernando II. El resto seremos miembros de segunda clase, pero igual de comprometidos con nuestra religión católica. Por último me previno contra la secta de los Boyardos⁸, que utilizando antiguos ritos, intentan minar la auténtica fe y no dudan en utilizar la violencia contra los miembros de la

7. Constelación circumpolar del Draco (Dragón)

8. Secta que unía a la nobleza de los países eslavos (Bulgaria, Rusia, Hungría, Moldavia, Transilvania)

Orden del Dragón.

Volví a Robledo con todo esto en la cabeza. Contacté con el erudito judío Isaac Leví, que posee una serrería no lejos del pueblo. Es un hombre culto con el que he tenido animadas charlas en el mesón. Me cuesta verle como un peligroso hereje, es piadoso a su manera y favorecedor de la convivencia. Fui a verle a su aserradero acompañado por dos jinetes de mi escolta. Por su mirada franca y sus opiniones expresadas en voz tranquila y sin odio, supe que podía confiar en él. Le conté una parte de lo que se habló en el concilio del Real de Manzanares (omitiendo los ataques a los judíos) y mi admisión como caballero en la Orden del Dragón. Se quedó pensativo un rato, mirando a los arboles como el que ve más allá del bosque. Al fin me dijo que el pergamo del que habló Jiménez de Cisneros lo tenía él. Se trataba de un mapa de las tierras conocidas, copiado de otros más antiguos, por un cartógrafo veneciano llamado Albertino de Virga, En él se puede ver que hay un mar llamado Océano Magno, que rodea los continentes y que al ser circular, se podría atravesar por el oeste hasta llegar a las costas de Cipango y Catay. Me lo ofreció como obsequio para la reina Isabel cuando viniera a Robledo y a cambio, con la discreción que le caracterizaba, me sugirió que apoyase la idea de engalanar el ábside de la nueva iglesia con dragones, como han propuesto los vecinos y el propio regidor Don Rodrigo. Como me vio indeciso me mostró unas sedas estampadas de Catay, en la que estos animales aparecían representados en vivos colores: “Son estilizados y portadores de bienes, además de protectores contra las adversidades y enemigos, y desde luego, la comunidad judía y yo mismo, estaríamos encantados de que aceptara nuestro humilde pecunio para la consecución de las pinturas”.

Don García López de Padilla me había puesto en contacto con una mujer, miembro destacada de la Orden de Calatrava, y que resultó ser la esposa del pintor que iba a decorar la nueva iglesia. Esta me insinuó que la reina conocía el proyecto de los dragones y que era de su agrado. Me sentí ridículo con los obsequios con que pensaba agasajarla en su visita, un ajedrez de madera de cerezo y perfumes envasados en frascos de cristal de bohemia traídos especialmente para la ocasión. Incluso había apalabrado dos toros para una corrida en su honor. Todo esto palidecía si lo que se le ofrecía era que la nueva iglesia de la Asunción formara parte de los templos protectores y de iniciación en la senda del Dragón.

Cuando volvíamos hacia el pueblo, en un recodo del camino, los caballos se encabritaron y mis escoltas me apuraron a continuar a toda prisa. Los tres tuvimos la sensación de que algo o alguien acechaba desde la arboleda.

El párroco y el comité diocesano se mostraron claramente en contra de la nueva decoración propuesta para el ábside, e incluso se me amenazó con denunciarme al recién creado Santo Oficio. Pedí ayuda al cardenal Mendoza y éste me mando a Fray Hernando de Talavera, obispo de Ávila, hombre de gran prestigio y mejor habla, que terminó por convencerlos a todos.

Les explicó que los motivos de los dragones eran concordantes con nuestra fe. Que fueron los aliados de San Miguel contra los demonios de Lucifer y que hay un rastro en la tierra que es el reflejo de la senda de estrellas que forman la figura de un dragón en el cielo. La iglesia de La Asunción de Robledo será un eslabón en la cadena de templos adornados con dragones que protegen a la cristiandad y marcan ese camino de conocimiento. “Como es

arriba debe de ser abajo” dijo el obispo. Enumeró los templos que conforman la ruta del Dragón: “En Aragón este itinerario empieza en San Pere de Ripoll, le sigue el ábside de la sala capitular del monasterio de Pedralbes en Barcelona, continúa con el templo de San Félix de Torralba de Ribota en Calatayud, y en Castilla las parroquias de San Francisco y Santiago en Guadalajara, y después de la de Robledo, le sigue la iglesia de Villa del Prado y la de Santiago apóstol en Ciudad Real, la de la Magdalena en Jaén, la de Jumilla y algunas otras que se las irán uniendo según vayamos expulsando a los mahometanos del reino Nazarí de Granada” concluyó.

Mi casa de Robledo todavía no estaba acabada y presentaba numerosos huecos por los que se podría meter cualquier merodeador, así que decidí llevarme el pergamo al torreón de Fuente Lámparas donde estaría más seguro. Uno de mis sirvientes me alertó que el de los Corrales, ese que nos había vendido la información de la expedición de los Beltranejos, estaba ahora en tratos con hombres de la Torre de Esteban Hambrán y del Marqués de Villena, que habían jurado venganza por su derrota en Navahonda y con unos extranjeros que hablaban en un idioma incomprensible. El de los Corrales me había seguido desde la serrería y les había dicho que yo portaba un tesoro de gran valor que me había dado el judío. Comprendí que vendrían a por mí, no me lo esperaba y solo contaba con nueve infantes y cuatro jinetes ligeros por toda defensa. Los temibles ballesteros estaban acantonados ahora en el Real de Manzanares. Cuando cayó la noche los perros se pusieron a ladrar en señal de aviso. Ordené a los sirvientes que atrancaran el portón de la torre y aposté a los infantes tras él. Los atacantes usaron un ariete enorme y derribaron los tablones que lo protegían. Entraron en tropel y barrieron fácilmente a nuestros

defensores, eran decenas y estaban sedientos de venganza. Aguanté todo lo que pude desde las escaleras, repartiendo mandobles que arrancaban alaridos de dolor. Los jinetes que me protegían me obligaron a subir hasta una de las ventanas que daba a un montón de paja y me arrojaron sobre ella. Ellos salieron detrás y corrimos instintivamente hacia la protección del círculo de rocas mágicas que usaban los antiguos para sus ritos. No había luna y la oscuridad era total, pero conocíamos bien el camino. Al llegar al centro de la laja de piedra que cubre el suelo del lugar sagrado, mis escoltas y yo nos aprestamos a pagar cara nuestras vidas. El pergamo lo llevaba conmigo en mi bolsa interior. Ya oímos las pisadas de nuestros perseguidores y sus gritos de ánimo cuando me encomendé a Dios nuestro Señor y al arcángel San Miguel, para que al menos salvaran el preciado documento. Ya se nos echaban encima con alientos de triunfo cuando una sombra, enorme y alada, pasó entre las piedras y con unos movimientos terribles, segó las cabezas y los miembros de nuestros enemigos. Ni pudieron gritar. Nos quedamos paralizados sin comprender que estaba pasando hasta que, impulsado por mi instinto, me arrodillé y me puse a rezar dando gracias a Dios. Mis guardianes hicieron lo mismo y al rato reunimos fuerzas para salir del círculo de las piedras mágicas. Estábamos rodeados de cuerpos mutilados, no había sobrevivido ninguno. Mis escoltas no comprendían lo que había pasado pero yo sí. Muy importante debía de ser este pergamo para que, los dragones, en contra de sus ancestrales leyes, se hayan inmiscuido de esta forma en los asuntos de los hombres.

Más seguro que nunca conseguí que se levantara el templo en honor de Nuestra Señora de la Asunción con las pinturas de nuestros salvadores

decorando el ábside.

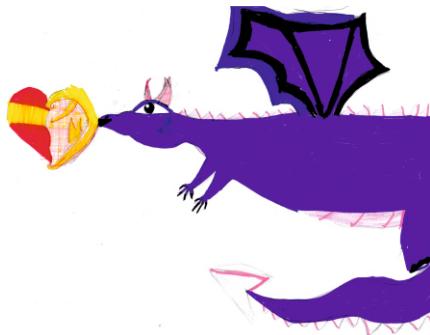
Tuve una disputa con el pintor Mateo que me contrarió sobre manera. Sabía que fue él el promotor de la idea de los dragones, pero los quería representar partidos en dos mitades por la nervadura del ábside, y yo, como caballero del Dragón, no podía consentir esa debilidad en nuestra representación. Nuestra fuerza residía en la unidad, nunca en la dualidad.

Afortunadamente, Don Blasco De Osuna, que sustituyó a Mateo, tras su trágica muerte, pintó las nervaduras como vientres abultados.

Sufrí otros ataques, sobre todo del Santo Oficio, y tuve que mirar para otro lado cuando detuvieron al judío Isaac Leví. No pude salvarlo, ya estaba sentenciado y no podía crearme más enemigos. Ahora solo espero la visita de la reina Isabel para entregarle el pergamo y esperar que tantas muertes y sacrificios no hayan sido en balde.

Que los dragones os sean propicios.

Rafael Seco De Arpe





SECRETOS Y CONTROVERSIAS

—Isabel, Isabeeeeeee!!!!—oí que voceaba mi compañero de trabajo—¿Pero qué te pasa?—preguntó. Llevo un rato llamándote....

—Nada, Alonso, disculpa. Es que últimamente estoy un poco distraída —traté de argumentar sin mucha convicción.

—Anda, ya es un poco tarde. Lo mejor es que te vayas a casa a descansar. Últimamente hemos tenido mucho trabajo y estamos agotados.

—Sí. Será lo mejor. Hasta mañana.

Llevaba un tiempo confusa y distraída. Analizándolo bien, se podía decir que desde que nos habían encargado la restauración de la pintura de los famosos dragones de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de Robledo de Chavela, en el año 2012, pocos meses después de su descubrimiento.

La intensa e hipnótica mirada de más de treinta de estos terribles seres me había cautivado por completo hasta el punto de dormir y comer en la iglesia muchos días, al no poder separarme de ellos. Notaba entre nosotros un vínculo especial que no podía traducir en palabras y que me era desconcertante. Nunca antes en mi vida me había sentido así. Tenía que averiguar la causa.

Llevábamos más de un año tratando de devolver a la vida a estos monstruos de fuego, prácticamente desde que aparecieron para asombro del pueblo y de toda la humanidad. Se trataba de un descubrimiento sin igual. De acuerdo con las investigaciones, durante la terrible epidemia de peste negra acaecida en la baja edad media, los habitantes de Robledo de Chavela procedieron a aplicar una capa de cal blanca sobre los dragones con intención

de evitar los contagios. Y así habían permanecido ocultos hasta nuestros días.

Las últimas luces del día despuntaban ya cuando salí de la iglesia aquella tarde mientras contemplaba el pico Almenara.

No quería volver a casa, así que encaminé mis pasos hacia mi senda preferida, el Camino de la Ermita de San Antonio. Me sorprendió la luna llena y entre el aroma de pinos, encinas, lavanda y romero me sentía plena y en conexión con el universo. Llegué a un mirador y me senté a contemplar el espectáculo que se me ofrecía ante los ojos.

Sentí la imperiosa necesidad de meditar, así que busqué una posición cómoda, cerré los ojos y me centré en mi respiración. Nada existía a mi alrededor. Solo yo. Empecé a visualizar una gran espiral llena de espléndidos colores y todo mi ser se abandonó a ese maravilloso espacio. Noté cómo entraba en una dimensión desconocida atravesando siglos de historia.



—Isabel, Isabeeeeeeel!!!!—oí que me llamaba una voz familiar.

—¿Si? —me giré para ver quién se dirigía a mí.

—Isabel, ¿tienes ya todo preparado? Falta poco para que vengan a cenar nuestros ilustres invitados.

Entonces recordé todo como si de un sueño se tratara. El que me hablaba era mi amante esposo. Me había dicho la noche anterior que preparara una copiosa y rica cena para diez comensales. Entre ellos se encontraban los personajes más ilustres y poderosos del pueblo: el regidor, el cura, la prostituta y el tabernero, los más acaudalados del pueblo, el carpintero, el herrero, la hechicera y nuestro buen amigo, Alonso, caballero de la Orden de Calatrava.

Mi esposo había estado varios años ausente del hogar en un viaje a la

lejana China, donde había aprendido técnicas de pintura milenarias. A su regreso había recibido los mayores honores por parte de sus majestades, Isabel y Fernando, quienes habían viajado hasta Robledo de Chavela en una de las ocasiones en que hacían una parada en el pueblo. Yo había tenido oportunidad de charlar largamente con la reina, la cual se mostró cariñosa y cercana, al saber que llevábamos el mismo nombre. Desde entonces nos unía una gran amistad y un gran secreto que albergaba en mi pecho y que no podía revelar a nadie, ni siquiera a mi esposo. No obstante, desde su regreso, yo tenía más dificultades para justificar ante él los repentinos viajes que mi nueva tarea me obligaba a hacer, así como los recados y visitas que recibía en mitad de la noche.

Me apresuré con el horno y los fogones para que todo estuviera a punto, ya que mi esposo me había confesado que se trataba de una velada muy importante para él, pues iba a hacer un anuncio que cambiaría para siempre nuestra vida y la de todos los habitantes del pueblo. Estaba muy intrigada, pero conocía bien a mi esposo después de casi veinte años de matrimonio. No me diría nada hasta que no fuese el momento por él preparado. Llamé a nuestra doncella y le pedí que fuera a la taberna a por vino y después a comprar las últimas viandas que faltaban para que fuera una cena perfecta. Finalmente subí a nuestras habitaciones para decidir qué vestido debía ponerme aquella noche para lucir bella y espléndida ante nuestros invitados.

La primera en llegar fue la meretriz, ataviada, como siempre, con magníficos ropajes y luciendo sus mejores joyas. Me dedicó su amplia y bella sonrisa y me preguntó a qué se debía la reunión, a lo que respondí que para mí también era un gran misterio que mi esposo no había querido desvelar.

Intrigadas ambas procedimos a repasar los últimos cotilleos sobre los habitantes del pueblo: duelos, asesinatos, adulterios, expulsiones, ejecuciones, etc. En un momento de nuestra conversación, ella bajo la voz y me susurró al oído que debía prevenirme de que mi esposo había mandado seguirme y sabía de mi relación amorosa con el caballero Alonso.

Los largos años que mi esposo estuvo ausente tan lejos del hogar yo me sentí tremadamente sola y desamparada. A través de la reina Isabel conocí a Alonso, caballero alto y de gallarda figura que comenzó inmediatamente a visitarme y con él fui estableciendo un vínculo cada vez mayor sin darme cuenta hasta que ya fue demasiado tarde.

Aquella noche, cuando ya habíamos acabado con varias rondas de jarras del mejor vino y habíamos degustado varios lechones y cabritos asados, mi esposo se levantó de su silla y pidió la atención de los presentes.

—Queridos amigos, os he convocado a todos aquí esta noche con el propósito de anunciaros un hecho sin igual. He decidido honrar a este pueblo con mi obra. Como sabéis, después de vivir varios años en tierras de China y aprender los rudimentos ancestrales de la pintura, quiero que Robledo de Chavela se convierta en el pueblo más admirado de todos los reinos. Para ello, he decidido poner mi arte al servicio del ser más poderoso que una vez habitó la tierra: el dragón. Estoy decidido a pintar en la bóveda de nuestra querida iglesia una treintena de maravillosos dragones con vivos colores, de modo que todo aquel que los contemple quede anonadado y aterrorizado de su real apariencia.

—¡¡¡Blasfemia!!!, ¡¡¡Arderás en el infierno!!!! —gritó con todas sus fuerzas el clérigo—jamás permitiré que oses profanar el templo de nuestro

Señor.

—Pensadlo bien, señor—argumentó mi esposo. Estos dragones traerían visitantes y prosperidad a nuestro humilde pueblo. Aumentarían los feligreses y los viajeros necesitarían los servicios de todos los presentes. Además, estoy seguro de que Robledo de Chavela se convertiría en lugar de peregrinación y adoración por parte de personas de lejanas tierras. Debo deciros, además, que la mismísima Reina Isabel ha dado su aprobación a tan magnífico proyecto y me ha hecho llegar importantes sumas de dinero y varios ayudantes traídos de Italia, para que comience inmediatamente los trabajos.

Tras este discurso, todos los presentes se sintieron ultrajados y engañados y sin pronunciar palabra abandonaron mi casa. Tan solo Alonso se acercó a mí y me susurró que era vital que nos viéramos en el cementerio en una hora. Cuando nos quedamos a solas me encaré con mi esposo.

—¿Pero cómo se os ha podido pasar por la cabeza semejante monstruosidad? —comencé diciendo.

—Isabel, antes de que sigas debo explicarte que en China adoran los dragones y ello se debe a que son seres que simbolizan la limpieza y pureza pero que también significan poder, riqueza y prosperidad. Además, la reina Isabel me ha prometido que si inmortalizo a estos seres en nuestra amada iglesia, eximirá a Robledo de Chavela de los elevados impuestos que ha establecido en todas las tierras de su reino con el fin de sufragar los elevados costes de la campaña militar contra el sultanato de Granada. ¿Sabéis todo lo que eso significa?

— Estáis hablando únicamente de cuestiones terrenales: dinero, riqueza, poder, impuestos. Yo estoy pensando en algo más elevado, mucho

más importante. Sabéis que soy persona de fe, y por ello creo firmemente que si pintáis los dragones en nuestro templo sagrado sería un terrible sacrilegio que desataría la ira divina sobre nosotros y nuestro pueblo. Os ruego que lo reconsideréis.

—Esperaba de mi esposa más apoyo a una causa tan noble y de tanta importancia histórica, pero veo que no sois capaz de razonar más allá de vuestras ideas religiosas.

—¡¡¡Esposo!!!. No os dais cuenta de que al pintar esos dragones en los nervios de la bóveda, que es el pilar de nuestro templo sagrado, estáis permitiendo que el mal dañe los cimientos del cristianismo poniendo en peligro todo nuestro mundo tal y como ahora lo conocemos?

—No quiero hablar más del tema. Está decidido y basta. Poneos con vuestros quehaceres.

Con el alma y el corazón atenazados por la desesperación y la angustia acudí a mi cita con Alonso. Enseguida entreví su alta figura tras uno de los mausoleos gracias al haz de luz que arrojaba la luna llena de aquella fatídica noche.

—Alonso, ¿qué ocurre?

—Amor mío, debo hablar contigo inmediatamente. Se trata de los dragones que tu esposo tiene intención de pintar. Como ilustre miembro que eres de la Orden de Calatrava, debes saber que en los inicios de la fundación de nuestra Orden, el dragón fue considerado nuestro símbolo mágico, aunque después con el paso de los siglos y por influencia de la iglesia católica, dejó de ser así. Me he reunido recientemente con la reina Isabel quien me ha transmitido que le ha hecho este singular encargo a tu esposo para honrar a

nuestra orden y que esta pase a ser conocida en la posteridad. Por ello, el consejo superior de la orden ha decidido que debes organizar y reclutar al ejército de caballeros de nuestra Orden más grande jamás visto y ordenarles que deben sacrificar sus vidas para expulsar al impío moro de Granada y recuperar todos los reinos para la única fe verdadera que existe.

—Alonso, no sé qué debo responderte. Me hallo en una situación muy difícil. Por una parte, debo obediencia a nuestra amada reina y a mi esposo, que están decididos a representar a esos dragones, además, debo lealtad a mi Orden. Por otra parte, está mi fe y lo que me dice mi alma y mi corazón. Debo pensar detenidamente en todo ello. Lo que sí debo decirte es que mi esposo ha descubierto nuestra relación amorosa. Por ello, no debemos vernos más, Alonso. Estos años han sido maravillosos, pero se han terminado en este bendito año 1488 de nuestro Señor. Mientras mi esposo estaba ausente, la Orden me dio una razón para vivir. Parece una contradicción, ya que en este tiempo he peleado en mil batallas en defensa de la reina y de mi fe, resultando herida de gravedad en muchas de ellas. No temía a la muerte, puesto que contaba con el beneplácito de su majestad, la amistad de mis compañeros de armas, tu amor y mi inquebrantable fe. No obstante, ahora que ha vuelto mi esposo me doy cuenta de que todo ha sido un error, he querido engañarme a mí misma siendo alguien que no soy. Me debo a él, como prometí ante nuestro Señor cuando hicimos nuestros votos de matrimonio.

—¡¡¡Pero Isabel!!! Eres una magnífica luchadora que ha peleado valientemente y que ha sabido dirigir a sus hombres hacia una victoria tras otra. No puedes renunciar a todo ello, solo por quedarte en casa y hacer las labores propias de una mujer. Tú tienes valía para mucho más.

—Eso no lo decido yo. Nací mujer y debo obediencia a mi esposo. He ofendido al Altísimo disfrazándome de hombre y llevando a cabo tareas indignas de mi condición de mujer y engañando a mi esposo. Siempre te llevaré en mi corazón, pero no debemos vernos más a solas. Que el Señor te proteja.

Me di la vuelta y me dirigí a mi casa. Estaba profundamente confusa y alterada. Por primera vez en mi vida no sabía qué camino debía tomar. Me desnudé en silencio y me acosté junto a mi esposo que ya dormía plácidamente, emitiendo unos leves suspiros de satisfacción. Imaginé que debía estar soñando algo placentero y hermoso y deseé con todo mi ser formar parte de aquel sueño.

Las primeras luces del alba se colaban traviesas a través de la vidriera de los mismos vivos colores que mi esposo deseaba utilizar para dar vida a los dragones. No había podido dormir en toda la noche, pero al fin había tomado una decisión. Debía apresurarme para poner en práctica la estrategia que llevaba planeando toda la noche. Me vestí a toda prisa y salí a hurtadillas de la casa, procurando no despertar ni a mi esposo ni a la doncella.

Me dirigí a la casa de Don Rodrigo, el regidor de Robledo de Chavela y amigo nuestro desde hacía muchos años. Me recibió con las prendas de dormir todavía puestas y me confesó que lo había despertado. Le puse al corriente de mi plan y le pedí que hablara con el clérigo para que al atardecer tocara las campanas de la iglesia convocando a todo el pueblo a asamblea de urgencia.

Procuré pasar el día atareada y cuando al fin sonaron las campanas, mi esposo y yo nos dirigimos a la iglesia.

Cuando llegamos ya estaba reunido todo el pueblo pidiendo explicaciones a un clérigo confuso e intrigado.

Arrastré a mi esposo al púlpito y le comminé a explicar al pueblo sus intenciones respecto a la pintura de los dragones. Durante su explicación se produjeron muchos altercados: voces indignadas que clamaban improperios, exabruptos y hasta algún desmayo. Una vez mi esposo hubo concluido su exposición, quedó patente el total rechazo y reprobación de todo el pueblo. Entonces tomé yo la palabra.

—Queridos amigos y conciudadanos de Robledo de Chavela, me he permitido reuniros para sacar la verdad a la luz y que todos hagamos examen de conciencia. En primer lugar me dirigiré a nuestro clérigo. Don Cipriano, cuando se produjo el terrible incendio de 1483 en la iglesia y hubo que reconstruirla, ¿quién se ofreció para restaurar la bóveda y las paredes sin cobrar un solo castellano de oro?

—Vuestro esposo, sin duda.

—Herrero, cuando os pusisteis tan enfermo que no podíais trabajar, vuestra esposa acababa de dar a luz a vuestro quinto hijo y no podíais alimentar a vuestra familia, quién se puso a trabajar en vuestro taller, hizo todos los encargos y os entregó el dinero?

—Si no hubiese sido por vuestro esposo mi familia habría muerto de hambre.

Me dirigí entonces a nuestra querida amiga, la meretriz:

—Señora, cuando vuestra anterior madame os echó a la calle porque consideró que erais demasiado vieja para deleitar a los caballeros que solicitaban vuestros servicios, quién os acogió en su casa, os alimentó y os

vistió hasta que pudisteis salir adelante?

—El hombre más bondadoso que he conocido en mi vida, vuestro esposo.

—Carpintero, durante la terrible crisis económica de 1480 en que no había trabajo y necesitabais con urgencia que os encargaran algún trabajo, quién dio a conocer vuestro negocio pintando preciosos carteles en la entrada de vuestro almacén?

—A fe mía que vuestro esposo es el mejor artista de todo el reino.

—Don Rodrigo, cuando se produjeron las inundaciones de 1478 y el pueblo quedó anegado y destruido, quién trabajó sin descanso en la reconstrucción de los edificios públicos del pueblo?

—¡¡¡Pardiez!!!, el pueblo volvió a la vida gracias al incansable esfuerzo y la notable habilidad de vuestro esposo.

Así seguí interpelando a los habitantes del pueblo, nombrándolos uno a uno hasta que me interrumpió Don Rodrigo con su ronca voz.

—Isabel, ya basta. Todos y cada uno de los habitantes de este pueblo sabemos que debemos mucho a vuestro esposo. De hecho creo firmemente que si no hubiera sido por él, Robledo de Chavela ya no existiría—y dirigiéndose a toda la multitud congregada añadió—Por ello, os pido que penséis que si este gran hombre nos propone ahora su sueño, debemos creer que lo hace nuevamente para beneficio del pueblo y de todos nosotros y que nuestro deber sagrado es apoyarle y ayudarle en todo lo que sea menester. Qué opináis?

El pueblo entero se levantó de sus bancos y en una grandiosa escena de júbilo vitorearon a mi esposo y lo levantaron en alto y lo voltearon por el

aire.

—Yo me ofrezco a proporcionar la pintura.

—Yo construiré los andamiajes.

—Yo traeré las viandas a los pintores.

Y así se fueron uniendo en una sola todas las voces del pueblo.

Al llegar a casa mi esposo se arrodilló frente a mí y me dijo:

—Isabel, sois la esposa que todo hombre soñaría con poseer.

—Esposo mío, bien sabéis que eso no es cierto. Hay muchas cosas de las que estoy tremadamente arrepentida. Debo confesaros que...

—No hace falta que digáis nada más Isabel. Yo os prometo que no volveré a abandonaros y que envejeceremos juntos contemplando nuestra magnífica obra. Nos retiramos a nuestra alcoba abrazados.

Sin embargo, nuestra dicha no duró mucho. Al día siguiente llegó una misiva dirigida a mi esposo. La abrí y comprobé que carecía de firma. En ella se maldecía a mi esposo y le alertaba de terribles desgracias que caerían sobre él si osaba pintar los dragones.

No sabía qué debía hacer. Finalmente decidí consultar con la meretriz, que tantos conocimientos poseía.

Ella me dijo que eran muy fuertes los poderes a los que se enfrentaba mi esposo. Que había muchas fuerzas ocultas cuyo único interés era impedir que se pintaran los dragones. Me insistió en que no debía desfallecer y me entregó un amuleto, que según ella, protegería a mi esposo de los poderes malignos que se alineaban contra él y su obra.

En cuanto llegué a casa, siguiendo sus instrucciones, introduje el amuleto entre su almohada y me confié a un poder superior.



—¡¡¡Isabel!!!, qué haces en medio del bosque a estas horas de la noche?

No contestabas al móvil y me tenías preocupado.

—Perdona Alonso. Comencé a meditar y perdí la noción del tiempo.

¿Cómo me has encontrado?

—Sé que este es el sitio al que vienes cuando buscas paz y tranquilidad.

Vi tu coche al inicio del camino y he caminado hasta encontrarte. Supongo que no habrás cenado. ¿Te apetece que vayamos al nuevo restaurante que hay a la entrada del pueblo?

—Alonso, sé que no me vas a creer si te digo que ya he vivido esto y que mi respuesta es no. Además, tengo una cita muy importante. Nos vemos mañana en el trabajo.

Me dirigí a mi automóvil impulsada por una fuerza desconocida que se apoderó de todo mi ser. Conduje sin saber muy bien a dónde me encaminaba. Sin saber cómo me encontré aparcando frente a la iglesia. Entré con mi llave y me senté en el primer banco. Levanté la mirada y allí estaban esperándome. Nos habíamos reencontrado después de cinco siglos. Ahora ya entendía la inexplicable atracción que ejercían esos seres sobre mí y el fuerte vínculo que nos unía. Por primera vez en toda mi vida sentí que había encontrado mi lugar en el mundo y me invadió una gran felicidad por estar viva y pertenecer a Robledo de Chavela y sus dragones.

Marta Oliver Santolaya



EL MAESTRO PINTOR

Aquella tarde de marzo de 1487 había oscurecido algo antes de lo habitual debido a que el cielo, totalmente encapotado, impedía colarse cualquier atisbo de la luz emitida por un sol ya tímido próximo a ocultarse tras el cerro Santa Catalina, escudo protector para los habitantes de Robledo de los gélidos vientos norteños. En el interior de la iglesia, encaramado a los andamios colocados el día anterior por un grupo de vecinos de la localidad, Mateo dibujaba los primeros esbozos de su obra alumbrado por unas teas estratégicamente situadas evitando las sombras que le pudieran incomodar en su tarea distorsionando sus trazos. De pronto escuchó cómo se abría la puerta del templo. A continuación, uno pasos retumbaron en el interior fundiéndose con un estrépito, fruto del cierre del portón. A causa del contraluz producido por la claridad que emanaba de las antorchas y la casi absoluta oscuridad del resto de la nave, Mateo fue incapaz de distinguir de quién se trataba, pero por el ruido de las pisadas dedujo que, al menos, eran dos las personas. Probablemente algún curioso querría ver cómo trabajaba, por lo que no le dio mayor importancia.

Una hora después varias vecinas visiblemente exaltadas llegaron gritando hasta la casa del pintor.

— ¡Isabel, Isabel!

— ¿Qué sucede? ¿A qué vienen esos gritos? — respondió la mujer al tiempo que abría la parte superior de su puerta descorriendo la tranca.

— ¡Tu marido! ¡Está muerto!

— ¿Cómo? ¿Qué decís? — alcanzó a preguntar incrédula con la voz

entrecortada.

— Debió caerse desde el andamiaje. Unos vecinos que entraron para comprobar el avance de la faena lo han encontrado tirado en el suelo en medio de un charco de sangre.

Isabel cogió un sayo y, desesperada, corrió hasta la iglesia sin creerse aún la fatídica nueva que acababa de recibir. Al entrar, vio un grupo de hombres a los pies del altar rodeando un cuerpo que yacía en el frío solado de piedra. Al acercarse comprobó que, efectivamente, se trataba de Mateo, su esposo. Uno de los hombres que allí estaba era el alcalde, don Ramiro Arribas. Al advertir la presencia de Isabel, la cogió por el hombro alejándola de la escena.

— ¡Aparta! No es agradable contemplar el estado en el que ha quedado tu marido y ya nada puede hacerse por él. Debió morir en el acto. Fíjate a qué altura se encontraba pintando — la intentaba consolar mientras señalaba con su dedo índice el lugar donde se hallaban las candelas encendidas.

— Pero, ¿cómo es posible? ¡Estaba más que acostumbrado a trabajar en las alturas! — lloraba desconsolada.

— Quién sabe. Un mareo, un traspie, un movimiento en falso. Hemos subido y no apreciamos ninguna tabla rota. El armazón está intacto. Abdul Ali, el carpintero, lo aseguró a conciencia. No hay duda. Se trata de un desafortunado accidente.

Tras cerciorarse de lo ocurrido dos jinetes con ropaje oscuro abandonaron las inmediaciones de la iglesia y se auparon a sus respectivas monturas. Con paso lento pero decidido se alejaron del lugar.

Las mismas mujeres que previamente fueron hasta su casa para avisarla fueron las que la sacaron de allí y acompañaron hasta su hogar, quedándose con ella toda la noche velando el cadáver de su marido. Las lágrimas de Isabel no paraban de manar por sus hermosos ojos verdes.

— Esto ha sido un castigo del Señor por empeñarse en pintar esas bestias del demonio en nuestra iglesia — dijo una de ellas.

— ¡Santo Dios! ¡En qué momento se le ocurriría tal desvarío! — exclamó otra al tiempo que se santiguaba una y otra vez.

Todas imitaron a esta última y acto seguido se pusieron a rezar el Santo Rosario en memoria del fallecido. Todas, menos la joven viuda, incapaz de articular palabra. Tan solo miraba fijamente el cuerpo inerte de Mateo que amortajado yacía sobre el lecho matrimonial.

Con las primeras luces del alba, llegó el párroco hasta la casa para encabezar el cortejo fúnebre que partiría camino del camposanto. La noche anterior ya se había acercado hasta allí con el fin de darle la extremaunción a su desafortunado convecino. Los tañidos de dos campanas doblando a cuerda con tres toques lentos indicaban que el fallecido era un varón. Al entierro acudió casi todo el pueblo.

Aún con el cuerpo caliente del artista, el Señor de Robledo, Don Diego Ramos de la Vega, reunió en su casa al alcalde de la localidad y al cura.

— Señores, a pesar del lamentable accidente sufrido por Mateo, el proyecto debe continuar.

— ¿Cómo? ¡De ninguna manera! — exclamó el sacerdote —. ¡Esto ha sido un castigo de Dios Nuestro Señor por la herejía que hemos estado a punto de cometer!

— El cura tiene razón, don Diego. No debemos tentar a la suerte. Máxime después de lo ocurrido — apostilló don Ramiro.

— Sabía que sus respuestas iban a ser estas. Por tal motivo me he permitido invitar a esta reunión a Fray Hernando de Talavera, obispo de Ávila. Él les aclarará las cosas.

Así fue. Gracias a la intervención del Excelentísimo Señor y tras varias horas de reñida discusión, párroco y alcalde avinieron a reanudar la obra recién comenzada por el malogrado Mateo. La consabida exoneración de los impuestos recientemente establecidos por la reina Isabel a condición de inmortalizar los citados seres alados en la iglesia no fue una cuestión menor a la hora de tomar la decisión de proseguir con el plan.

— Bien señores. Así pues, en los próximos días me pondré en contacto con un célebre artista con dilatada experiencia en el arte sacro. Su nombre es Blasco de Osona.

Semanas más tarde desde Sepúlveda llegué a Robledo en una carreta tirada por dos caballos acompañado por Elvira, mi esposa, y nuestros hijos: Pelayo, un mozalbete de 12 años y Mencía de 8. Nos estableceríamos en el pueblo hasta finalizar con lo encomendado, pues me llevaría bastante tiempo y no soy de los que gusta estar alejado de los míos. Un segundo carromato portaba todos los muebles y enseres que decidimos traer con nosotros.

Al conocer la triste historia de la muerte de Mateo, Elvira quiso conocer a su mujer,

Isabel, con quien pronto entabló amistad.

La noche antes de que comenzara el trabajo encomendado, ya que hasta entonces no habían llegado las pinturas y pigmentos que necesitaba, una

vez cenamos y acostamos a los niños salí con mi esposa fuera de la casa y conversamos sentados en el poyo que hay junto a la puerta. Era primavera y el tiempo invitaba a disfrutar de la noche al raso.

— ¿Te puedes creer que me han encargado pintar unos dragones en la iglesia? Yo solo pinto imágenes de Nuestra Señora con o sin el Niño, ángeles alados y evangelistas.

Y si acaso, algún apóstol. Incluso había traído unos bocetos para mostrárselos a don Diego, pero no, el señor quiere dragones. He hablado con gente del pueblo y muchos aseguran que a Mateo le castigó Dios haciéndole caer desde lo alto del andamio donde se encontraba esbozando los primeros trazos. Eso sí, solo he accedido a sus pretensiones a cambio de más monedas de oro. Y ya te digo que me las han prometido.

— Esposo, no porfíes. Además, yo también he escuchado distintas historias y otra versión de lo sucedido.

— ¿Te refieres a la muerte del...

— Sí. Se habla que su mujer, amante de un tal Alonso, caballero de la Orden de Calatrava, confesó a este que su marido sabía de su infidelidad y decidió poner fin al adulterio. Él, no dispuesto a perderla, ordenó a dos de sus hombres asesinar a Mateo.

— ¿Y te crees todo lo que te dicen? También se rumorea que, desquiciado por la ofensa al Altísimo que le obligaban a realizar, se arrojó desde lo alto del andamio.

— Ni lo creo ni lo dejo de creer, pero en cualquier caso y en homenaje a ese buen hombre, debes proseguir con la obra y pintar esos dragones.

— ¡Pero es una herejía!

— Una herejía que por un puñado de monedas más has convenido hacer. O eso me acabas de contar. Además, tienes la bendición del mismísimo obispo de Ávila y, por otra parte, esos dineros nos vendrán muy bien. Tranquilo, tu alma y la de toda tu familia estarán a salvo.

— ¡Está bien, mujer! Pintaré los malditos dragones, pero a mi manera. ¿Quieren poner a prueba al mismísimo Creador? Pues así lo haré. Aunque debo confesarte que miedo no me falta si tal habladuría fuese cierta.

De esa manera desafiante zanjé la conversación y nos retiramos a descansar. La mañana siguiente pondría principio con lo encomendado en la iglesia de la Asunción de Nuestra Señora y debía levantarme al despuntar la aurora.

Tras coger fuerzas con un almuerzo contundente enfilé mis pasos rumbo al templo. Al llegar, me detuve y observé su exterior con calma, fijándome en cada detalle. Se trataba de una grandiosa muestra de la arquitectura gótica. Una iglesia-fortaleza, deduje, dada la existencia de un torreón medio almenado con poderosos contrafuertes. Pero lo mejor estaba por descubrir: en su interior me fascinó su una única nave cubierta por bóvedas de terceletes que se apoyaban en medias columnas adosadas al muro.

Encaramándome hasta donde se encontraban las teas ahora ya consumidas, pude estudiar de cerca los trazos plasmados por mi colega antes de precipitarse al vacío.

Viéndolos tan de cerca cambió por completo mi percepción hacia la tarea de representar aquello por lo que me habían contratado. Sentí primero un estremecimiento y acto seguido imaginé cómo continuar con la idea. Ya no me parecía blasfemo ni descabellado pintar esas imágenes impías.

— ¡La llenaré de ellos! Machos y hembras. Con abundante policromía. En diferentes posturas. ¡Partidos! ¡Heréticos! Saliendo del escondrijo que les amparan los nervios que forman las bóvedas.

El sueño de la razón produce monstruos, hasta el punto de sentirme poseído por el frenesí de engalanar aquel templo con esos seres mitológicos que aparecen en varias culturas de todo el mundo con diferentes simbolismos asociados. Como si de un capricho se tratara. Yo, que además de artista culto era amante de la lectura, abordé el estudio sobre ellos cuando no trabajaba en la iglesia hasta el punto de sorprenderme hablando conmigo mismo.

— Los pintaré negros, bastante astutos y tendentes a salir a volar por la noche, cuando pasan desapercibidos. Ocres, poderosos, sabios y de buen corazón que odian las injusticias. Plateados, amistosos y colaboradores. Cobrizos, afables con los humanos y de inteligencia excepcional. Azules, muy feroces y defensores de su territorio. Verdes, crueles y siempre buscando la agonía de sus víctimas.

Blancos, excelentes cazadores. Rojos, peligrosos, avariciosos e inmunes al fuego. En diferentes posturas.

Tal era la obsesión que mi esposa comenzó a preocuparse por mi salud mental, al punto que cierto día fue a hablar con don Cipriano, el párroco, para hacerle sabedor de su angustia con el fin de que este consiguiera aliviar su desazón. Pero lejos de conseguirlo el cura atormentó más a mi mujer.

— Cuanto me estás contando se debe, sin duda, a trampas y ardides del Maligno. Es él quien se está apoderando de su alma arrastrándole irremediablemente a la locura. Ya avisé que esta idea de representar dragones en la Casa de Dios solo habría de acarrearnos desgracias y maldiciones. Pero

don Diego se ha empeñado en que Nuestro Señor nos abandone al punto de convencer, no sé con qué malas artes, al mismísimo obispo de Ávila. Toma. Llévate este frasco con agua bendita y echa varias gotas en la ropa de tu marido antes de que salga cada mañana a trabajar. Verás cómo logramos que recapacite y ceje en su empeño de manchar nuestro templo con pinturas paganas.

Elvira regresó a su casa peor de lo que había salido. Según me confesaría tiempo después, no acertaba con la manera de contarme su reciente conversación con don Cipriano. Incluso se preguntaba si debía siquiera decírmelo. Al pasar por delante de la puerta de Isabel, de camino a la nuestra, decidió entrar y charlar un rato con la viuda.

Por fin, esta logró calmarla recordándole la pasión con la que los artistas acometemos nuestras obras. Al punto de, como en el caso de Mateo, separarse de su propia familia para recorrer mundo con el fin de descubrir nuevas técnicas, lo que condujo a su esposa a sus devaneos y posterior infidelidad con el misterioso Caballero Alonso.

Como cada mañana durante casi un año, al poco de haber amanecido, acudí a mi cita con las fieras aladas. En aquella ocasión, al doblar la esquina de la calle que me conducía hasta la iglesia adiviné ver una figura a punto de entrar en ella. Me pareció tratarse de una mujer con semblante pálido y estampa arrogante, vestida con ropajes de color blanco. Al escuchar la proximidad de mis pasos se detuvo un instante y se quedó mirándome fijamente. Me dio tiempo a observar que aquella misteriosa dama, hasta entonces desconocida, lucía colgando de su pecho una gruesa cadena con un deslumbrante camafeo en el que se adivinaba una piedra preciosa engarzada

en una Estrella de David plateada. Acto seguido, la mujer enfiló el portón del recinto sagrado desapareciendo de mi vista. Cuando llegué hasta allí no reparé en nadie alrededor y al intentar acceder comprobé que la puerta estaba cerrada, tal y como la había dejado el día anterior. Metí la mano en el bolsillo de mi sayo y saqué una copia de la llave que me entregó el párroco cuando llegué al pueblo para no molestarle cada vez que necesitara acceder a su interior. Nada más irrumpir en su interior sentí un temblor que me recorrió todo el cuerpo. Incluso tuve el convencimiento de que varios de los más de setenta dragones se movían inquietos, entrando y saliendo de las nervaturas de las bóvedas. En el acto se apoderó de mí una sensación gélida hasta entonces inexistente, algo que me causó extrañeza pues la estación del año no era, ni mucho menos, proclive a tales temperaturas. Una vez logré calmar mente y espíritu y se me normalizó el pulso, ya con los corpulentos reptiles inmóviles, me encaramé a lo alto del andamiaje. Acaricié con suavidad las cabezas y lomos de algunas de las bestias como queriéndolas tranquilizar y comprobé que los tintes y pinturas estaban secos, pero el frío, ese desgarrador frío no remitía y sentía como si desde los bancos una fantasmagórica presencia vigilara cada uno de mis movimientos. Fue la primera y única vez que vi a aquella señora. Aunque ¿sería en verdad una dama o quizá el fantasma de Mateo? A la distancia a la que se encontraba en aquel esquinazo de la calle no podía asegurar si en verdad se trataba de un hombre o una mujer. En cambio, aquel camefeo con la Estrella de David lo distingui a la perfección.

Meses más tarde decenas de fabulosos animales de gran tamaño con forma de reptil, corpulentos, con garras y alas, y de extraña fiereza y voracidad y en diversos colores exhibían sus peligrosas colas, agudos espinazos, grandes

fauces y, algunos, curiosamente, ojos pintados intencionalmente para resaltar miradas intensas: las dragonas. Tal y como me prometí a mí mismo después de aceptar el encargo.

Hasta la fecha aquellas imágenes resultaban totalmente desconocidas en el arte sacro y en la decoración de las iglesias de la zona. Me convertí de ese modo en todo un precursor a la hora de plasmar en los templos estas imágenes heréticas.

Decidí pintar enormes racimos de uvas ocupando las dovelas centrales de los arcos para alimentar figuradamente a las bestias y así saciar su apetito, con el fin de que ningún vecino del pueblo se sintiese en peligro de ser devorado por aquellos seres.

Una vez hube acabado de engalanar los nervios de las bóvedas, obsesionado con mi obra, continué pintando dos dragones más. Ahora en el muro posterior al Altar Mayor.

La idea no era otra que la de ofrecer custodia y protección al Sagrario, a modo y manera de una guardia militar.

Como no podía ser de otra manera, el espanto se adueñó aún más de los habitantes del pueblo. Seguían aterrorizados y temerosos merced a aquel «sacrilegio» temiendo no solo por sus vidas, sino también por la eterna perdición de sus almas.

Coincidieron el fin de las obras con la proximidad de la Semana Santa del año 1488 y a don Cipriano, el cura párroco que debía llevar a cabo los Santos Oficios durante el Triduo Pascual, le costó hacer entrar en razón a los vecinos para que asistieran a misa y así cumplir sus deberes cristianos con Dios. Finalmente lo logró, no sin esfuerzo, a base de asegurarles que nada debían

temer, que el templo continuaba estando consagrado y que Dios Todopoderoso jamás permitiría que nada malo ocurriera en Su casa.

Aun así, pocos eran los que levantaban sus miradas a las bóvedas del templo. Los más curiosos miraban de reojo a las alturas para ver aquello que tanto les atemorizaba. Solo unos pocos valientes observaron sin pudor mi obra y de estos últimos, a casi todos ellos les pareció fascinante.

Mi familia y yo debimos permanecer durante un tiempo en Robledo pues hasta que la reina Isabel no fuera en persona a ver lo que encomendó no gozábamos del pertinente permiso para regresar a nuestro hogar en Sepúlveda. Veinte años antes ya se había alojado en Robledo la entonces princesa en el mismo Palacio de las Cadenas, cuando asistió a la explanada de los Toros de Guisando, donde el rey Enrique IV de Castilla reconoció a su hermana como Princesa heredera, Princesa de Asturias y legítima sucesora al trono del reino de Castilla, renunciando a los derechos de su hija Juana «La Beltraneja» sobre el trono.

Y por fin llegó el día. Todo Robledo se engalanó para recibir a la reina. Las balconadas lucían pendones con el Guion Real de la divisa personal de Isabel, conocido como «de la flecha». Asimismo, se organizó una gran comitiva que formó con sus mejores atuendos, joyas y alhajas — quienes de ellas dispusieran—. La encabezaba don Diego Ramos de la Vega, don Ramiro, ambos acompañados de sus respectivos cónyuges y don Cipriano. En segundo plano, estábamos Elvira, quien les habla y nuestros dos hijos.

Junto a nosotros y por expreso deseo de mi esposa se encontraba la viuda de Mateo.

Detrás, el resto de personalidades de la localidad. Ya dentro del

pueblo, frente al Palacio de las Cadenas se agolpaba el populacho. Todos deseaban ver de cerca a la soberana de la Corona de Castilla.

Antes de acceder a sus aposentos para descansar junto a sus damas de compañía, agotadas por la larga travesía y que los soldados tomaran posiciones, quiso presenciar de primera mano su encargo. Don Diego me presentó y los tres, acompañados por el párroco y don Rodrigo, el alcalde, subimos la empinada cuesta que desde la plaza conduce hasta la iglesia custodiados por su guardia personal.

Cuando entró se conmovió de tal manera al ver las bóvedas con aquellas bestias reptando por sus nervaduras que al instante quedó fascinada. Me miró y sonriendo dijo:

— Buen trabajo, pintor. Magnífico. Sublime.

— Ha sido un verdadero placer recrear estos dragones para vos, mi reina — respondí al tiempo que practicaba una reverencia.

— Don Diego, estoy plenamente satisfecha de que haya hecho realidad mi expreso deseo de adornar la iglesia de este bello pueblo tal y como ordené. Tendrá la recompensa prometida.

— Gracias Majestad. Siempre fue un honor cumplir vuestros anhelos.

La reina no añadió más y quiso reflexionar a solas durante unos minutos contemplando aquellos seres polícromos. Por nuestra parte, abandonamos dichosos el templo por haber agradado a la Monarca de Castilla. Todos a excepción de don Cipriano que, con el gesto fruncido, apenas podía disimular su malestar al retirarse hacia la sacristía.

Alberto Yagüe



DE LLAMO HABIBA

Después de la última noche en San Martín, el de las siete iglesias, donde Hábiba y su familia se alojaron en casa de un amigo de su padre que estaba muy cerca del castillo de Don Álvaro de Luna, prosiguieron su camino. La carreta por donde iban, ya en un estado calamitoso difícil de definir, atravesaba el último puerto del recorrido desde Toledo desde donde prácticamente tuvieron que huir. Después de todo el día de viaje divisaban ya, al fondo, dibujada en un valle, la silueta de su destino, Robledo de Chavela.

Hábiba, con sus padres y su hermano pequeño Hammed salieron de Toledo cuando la situación ya era difícil de mantener; a sus quince años Hábiba había hecho el que sería el viaje más largo de su vida. Toledo, Torrijos, Maqueda donde habían pernoctado en las cuadras del gran castillo, Escalona, también con su impresionante muralla desde donde partieron hasta San Martín en la etapa más larga del recorrido.

Caminaba al lado de su padre Hammed junto a la mula que, agotada, tiraba de la carreta donde se sestearan Fátima, su madre y Hammed, su hermano pequeño y donde almacenaban todas las pertenencias de la familia. Era una tarde clara, cayendo ya el sol a su izquierda, en un atardecer otoñal donde los colores de robles y encinas brillaban en un paisaje multicolor de verdes y ocres. A su derecha el monte de La Almenara les contemplaba pasar como una vigilante, dueña del camino.

- ¿Queda mucho para llegar, papá?

- No Hábiba, eso que ves ahí al fondo, esas casas con hilitos de humo que salen de ellas, ahí, alrededor de esa iglesia tan grande ahí es a donde

vamos, donde nuestro camino se acaba si Alá lo permite. Se llama Robledo y allí un amigo de mi primo que se llama Hakim nos ayudará a quedarnos a vivir.

- Ya, pero... ¿Queda mucho?

- Unas dos horas Habiba, después de todo lo que hemos recorrido es pan comido, ya no queda casi nada. Se hacía difícil bajar por esa pendiente de piedras y tierra seca, Hammed sujetaba fuerte de las riendas de la mula para evitar que resbalase. Parecía que, por fin, llegarían a su destino y aunque Hakim les esperase no le gustaba ni un pelo llegar de noche, tendría que buscar la casa y no tenía ninguna señal.

Ya en el llano, dentro del valle, Robledo se perdió de vista y los campos de vides les rodearon exuberantes y cargados de frutos que esperaban la pronta recogida. Habiba salió del camino y volvió con un racimo de uvas que, después de apartar una ramita cargada que dio a su padre, empezó a comer escupiendo las pieles, una a una, despacio y saboreándolas como a ella le gustaba, estallándolas entre la lengua y el paladar.

- Papá, ¿los dragones existen?

- No te quepa duda mi amor, yo nunca vi ninguno, eso es verdad, pero están en los libros y mucha gente dice haberlos visto, son enormes y viven en cuevas, y además creo que pueden volar e incluso escupir fuego. ¿No te acuerdas de esos dibujos que vimos representando un santo cristiano que abatía a uno con una lanza montado en su caballo? Como te he dicho no he visto a ninguno, aunque según todo lo que he oído, esto es tierra de dragones, y espero que no nos encontremos con ninguno.

Habiba se quedó pensativa y replicó:

- ¿Y siempre acosan a las princesas?

-Parece que es así hija mía por lo que no debemos temerlos. Acosan a las princesas para que los nobles caballeros las defiendan y acaben con ellos.

-Pues a mí me gustaría ver alguno, eso sí, de lejos y dormido si puede ser, estoy segura que hasta podría hacerme amiga de alguno ¿Te imaginas? Poder tocarlo e incluso montarme en él y que me pasee planeando por los cielos.

Así charlando y callando la mayor parte del recorrido Hammed, su hijo, Fátima su mujer y Habiba entraron en el pequeño y callado pueblo con la siempre majestuosa iglesia coronando el cerro.

Era más pequeño de lo que imaginaban, ya era noche cerrada y olía a leña y fuego, no era cuestión de entretenerte mucho. Hammed preguntó por Hakim el moro y le señalaron una pequeña casa blanca con cubierta de tejas y una única ventana por la que se percibía una mortecina luz de alguna vela o candil. Hassan les recibió efusivamente, abrazando a todos como si fueran su propia familia que hacía mucho tiempo que no veía.

-Pasar, dijo, dejar la carreta con todo y sentaros frente al fuego a comer algo, estaréis agotados, tengo cordero guisado y sopa de cebollas recién hechos y podéis relajaros y comer.

Habiba salivaba muerta de hambre, las uvas ya las había digerido tres veces y tenía un hambre de muerte, solo habían desayunado antes de salir por la mañana. El pequeño Hammed dormía y su madre quería ponerse ya a ayudar sin saber muy bien cómo, daba pasos inciertos por la única estancia de la casa. Comieron hasta hartarse e inmediatamente como si de una ocurrencia repentina se tratase, les invadió un sueño profundo e irremediable.

-Podéis dormir aquí esta noche en estas mantas que he extendido en el

suelo, mañana ya te contaré... el pueblo está muy revuelto con la futura visita de la reina de Castilla y hay mucho trabajo; ahora dormir.

Más que dormirse, los cuatro se desmayaron en las mantas preparadas. A la mañana siguiente Habiba fue la primera en levantarse. Hakim ya había preparado tazones de leche y pan que, aunque algo duro fue una delicia haciendo sopas con él. Ya sentados en la mesa Hassan habló.

- Mirar, esta casa, como podéis ver, es muy pequeña, pero os he conseguido una cerca de aquí, bueno aquí todo está cerca... allí podéis instalaros a cambio de que Fátima entre a servir en casa de la señora hija de la condesa. Tú Hammed podrás trabajar, el pueblo como os comenté anoche, está revolucionado por la visita de la reina y están arreglando y decorando la iglesia para ofrecer una suntuosa misa en su honor y que así quede constancia de su visita. Se necesitan albañiles, ayudantes y pintores. Una vez acomodados pásate por la iglesia y pregunta.

-Gracias Hakim, contesto Hammed. No sé cómo pagarte tus favores pero seguro que encontraré la forma de hacerlo, tarde o temprano. Y Habiba, en un gesto repentino, se levantó y abrazó a Hakim mientras le preguntaba ¿Hakim, aquí hay dragones? ¿Has visto alguno?

-No lo sé Habiba, pero es cierto porque he oído que lo cuentan, que esta es tierra de dragones y es posible que, como dicen las lenguas, allí arriba en el monte de la Almenara que habréis visto al llegar, que viva alguno. Habiba abrió los ojos como platos y decidió que no perdería nunca de vista ese monte pero que se privaría mucho de acercarse a él, ella no era princesa pero, quien sabe... el dragón podía tomarla con ella y ella no conocía ningún príncipe, por ahora, que la salvara.

Ya en su nueva casa, Fátima se esmeró en limpiarla y acomodarla para su familia, tenían una estancia y un pequeño cuarto para Habiba y el pequeño Hammed.

Habiba salía de casa por las mañanas después de ayudar a su madre antes de que fuera a casa de la hija de la condesa y de recoger leña. Paseaba por la plaza del pueblo, un espacio amplio con casas palaciegas con grandes puertas y dinteles de granito labrado, desde la cual una empinada cuesta subía a la iglesia. No es que no quisiera entablar amistades, es que no sabía cómo abordar a los chicos y chicas que veía por el pueblo. Paseaba solitariamente y le atraía el gran bullicio que se generaba alrededor de la iglesia, andamios, carretillas, poleas con cuerdas. No podía acercarse mucho y mucho menos entrar para ver que hacían.

Un día paseando por el ábside de la iglesia, que era el lugar donde menos gente trabajaba, encontró a una chica, aproximadamente de su edad sentada en un banco de piedra donde trabajosamente pelaba almendras golpeándolas con una pequeña piedra.

- Hola, me llamo Habiba y acabo de llegar hace poco a Robledo. ¿Qué haces?

- Pues evidentemente pelando y comiendo almendras ¿No lo ves?

- Si claro, que tonta, contestó Habiba, es evidente pero no sabía cómo empezar a hablar contigo, no conozco a nadie todavía.

- Siéntate. ¿Quieres almendras? Pues búscate una piedra no muy grande y come alguna conmigo, tengo muchas y se dónde hay más.

-Gracias, ¿Cómo te llamas? Preguntó Habiba.

-Me llamo Inés y vivo aquí en el pueblo donde nací.

Habiba encontró enseguida una piedra y se dispuso a comer almendras. Las comía con deleite junto al silencio que se había instaurado entre las dos, solo interrumpido por los chasquidos de las piedras contra la cáscara de las almendras. El silencio lo quebró Habiba como las cáscaras de las almendras.

-Inés, ¿sabes si aquí en Robledo hay dragones?

-Pues que yo sepa no, respondió Inés, aunque todo el mundo dice que sí. En caso de que apareciese alguno tenemos la iglesia como refugio. ¿Has visto que robusta es? Tiene unos muros enormes y resistentes y el fuego de los dragones nunca podrá con ella.

Habiba se estremeció, ella no iba a las ceremonias en la iglesia como los cristianos, rezaba en casa con su padre y su madre. ¿Sería posible que los dragones fueran tan malos? ¿Se comerían a los niños y a los mayores? ¿Serían tan fieros como los había visto pintados y esculpidos?

Entre todo el bullicio que se desplegaba en la entrada de la iglesia, dirigiéndose hacia allí, pasaron tres soldados mal vestidos que portaban un estandarte y dos escudos enormes, pasaron al lado de Habiba y de Inés. Llevaban el estandarte desplegado. Habiba se quedó con la boca abierta; el estandarte llevaba bordado un escudo, igual que los dos que llevaba el otro soldado con dos castillos y dos dragones feroz rampantes de color rojo, las garras desplegadas, la boca abierta y sacando la lengua, ¿o sería fuego?.

-¿Has visto eso Inés? Son dragones

-Sí, ya te lo dije. Aquí todos les temen, son fieros y destructores.

-Ya, Inés, pero será porque alguien les ha hecho daño, no puedo creer que ataquen a la gente porque sí, y especialmente a las princesas.

-¿Quién te ha contado eso? Repuso Inés, aquí no hay princesas y todos les tienen miedo.

-¿Y entonces...¿no hay dragones buenos? En todos los sitios hay gente buena, luego tiene que haber dragones buenos y simpáticos. Estoy segura de ello.

-Mira Habiba, dijo Inés siguiendo cascando cáscaras de almendras. Los dragones son malos, viven apartados y los caballeros van tras ellos, así que no tienen que ser tan buenos como dices. En cualquier caso nosotras no tenemos que tener miedo, no somos princesitas ridículas y además yo sé cómo abatirlos y darles muerte, solo hay que clavarles una espada o una lanza en el corazón.

Habiba escuchaba, había dejado las almendras para concentrarse en el relato de Inés.

- ¿Te imaginas, dijo Habiba, que pudiéramos amaestrar un dragón?, podría llevarnos sobre su lomo de un lugar a otro... ¡cabríamos las dos! Viajaríamos sin cesar por todas partes, podríamos llegar al fin del mundo y ver el abismo donde acaba la tierra.

-Cuando termina la tierra empieza el mar, respondió Inés. Me han dicho que es agua, mucha agua, como un gran río cuya otra orilla no se ve y con una cascada al final donde el agua cae al infierno pero que nunca llega a él porque antes se evapora por el calor del fuego y de ahí surgen las nubes que cubren el cielo.

Ante tamaña lógica Habiba no supo que responder. Fantaseaban las dos hasta la saciedad mientras las almendras sufrían el desahogo de sus ansiedades.

Esa noche Habiba soñó con un dragón, un dragón bueno que le sonreía, de ojos grandes y redondos y de grandes orejas puntiagudas. De vez en cuando escupía un fuego ridículo que era inofensivo. El dragón quería dar miedo pero Habiba se le acercó y le acarició; la piel era dura y caliente, de un color verde grisáceo y triste. El dragón le dejaba hacer y ella sintió la necesidad imperiosa de ponerle un nombre, así lo haría suyo. ¡Ya está, se llamará Draco! Será un diminutivo cariñoso de dragón, así aprenderá a ser un dragón bueno.

El mismo sueño se repetiría una noche si y otra también, Habiba estaba obsesionada con los dragones, en especial con Draco. Una vez había oído que los sueños eran un presagio del futuro, y su esperanza era conocer algún día a Draco de verdad.

Era ya invierno, aunque el cielo estaba despejado y un sol perezoso se suspendía en los montes al norte de Robledo, Habiba hizo sus labores por la mañana recogiendo leña y ayudando a su madre antes de que fuera a servir, dio de comer a su hermano y calzándose sus ya viejas botas partió andando hacia la Almenara. Si allí había un dragón debería ser Draco, lo había soñado, lo sabía. Anduvo durante una hora por el camino que les había traído a Robledo. Los colores eran diferentes, lo que antes eran verdes ahora eran colores perezosos, difuminados, como si el monte mudara su piel ya gastada por el uso.

Puntos de gran tamaño se divisaban allá en lo alto del pico, planeando en círculos. ¿Serán ellos? Al doblar el camino alrededor de una inmensa roca apareció una figura de negro recostada sobre una piedra al sol y un grupo de seis cabras también negras, que se recortaban sobre una pequeña pradera. El

pastor levantó la cabeza descubierta del apoyo de la roca y se dirigió a Habiba.

-Hola pequeña, ¿qué haces por aquí? Esto no lleva a ningún sitio, ¿te has perdido?

-No, ¡qué va! Ya soy bastante mayor, vivo en Robledo y quiero acercarme aquí cerca del monte para mirar.

- Y... ¿Qué buscas? Si se puede saber, preguntó el pastor

- Pues... dragones replicó Habiba no sin cierto pudor. Me gustaría ver alguno.

El pastor se levantó del suelo, se palmeó los pantalones por el culo y, como si hubiese estado de pie todo el día se sentó sobre la piedra. Apoyado en su cayado, miró fijamente a Habiba.

- Mira niña, los dragones no existen en esta realidad donde te mueves, lo máximo que verás son esas enormes rapaces que anidan en el monte y que muy de vez en cuando se cobran alguno de mis cabritos recién nacidos.

Habiba se quedó boquiabierta una vez más y le preguntó: –Pero entonces... ¿quieres decir que no existen?

- Existen en otra realidad, que son los cuentos y las fantasías de las historias, eso no quiere decir que los dragones no existan, pero aquí no los vas a ver nunca. Para verlos tienes que conocer cuentos e historias sobre ellos; entonces te darás cuenta que en ellos sí viven.

- Pero... ¿son buenos entonces?

- Son buenos algunos, malos la mayoría, depende del cuento y como te lo cuenten, han sido creados para infundir miedo, el miedo hace que la gente no reaccione y no piense por su cuenta. Y por eso quieren, e insisten en ello, que los dragones existan en nuestra realidad y sean malos, porque los que

escriben o cuentan esos cuentos quieren que eso suceda. Los dragones seguirán existiendo mientras existan cuentos y nuestra imaginación y que los pinceles de otros los puedan dibujar.

Habiba volvía hacia Robledo después de la impactante conversación con el pastor, la cabeza le daba vueltas como los remolinos del río. Recordó que no le había preguntado cómo se llamaba y era la persona que con más convencimiento le había hablado de los dragones. Decidió que volvería algún día a buscarle para seguir hablando.

Habían pasado meses y parecía que, por fin, la reina de Castilla llegaría al pueblo a asistir a la ceremonia católica de la misa, en la gran iglesia, en la que todo Robledo y artesanos de los pueblos y villas próximas habían trabajado.

El día de la ceremonia todo el pueblo estaba en la calle, pero Habiba y su familia permanecieron en casa, su padre les había prohibido terminantemente salir. Como musulmanes y dado el estado de las cosas no era conveniente salir. Demasiados fanáticos, demasiada inquisición, demasiado miedo.

Transcurridos dos días de la ceremonia y con todo más calmado, Habiba fue a buscar a Inés, su única amiga en el pueblo, subieron por la empinada cuesta que llevaba a la iglesia con cierta dificultad por el barro generado por las últimas lluvias. Cogerían almendras y charlarían tranquilamente en su banco de piedra en el ábside de la iglesia. Al llegar vieron que la puerta estaba abierta.

-¿Entramos a ver? Dijo Inés.

-Me da miedo, respondió Habiba, nunca he entrado en un templo

cristiano. Pueden decirme algo, o peor aún, me pueden castigar.

-¡Qué va! Exclamó Inés, - Yo soy católica y es como ser socia.

Se dieron la mano y entraron cautelosamente mirando primero si había alguien, pero estaban solas en el templo. Dos grandes filas de bancos de madera, todas las paredes de piedra de granito y al fondo un retablo de madera labrado como nunca antes Habiba había visto. Pinturas enmarcadas en dorados, columnas pequeñas y grandes. No podía dejar de mirar las paredes con los estandartes y blasones que todavía no habían recogido con los dragones rojos que ya había visto antes.

-Ven, -le dijo Inés cogiéndola de la mano, -subamos al coro.

Habiba se dejó arrastrar por una escalera lateral de madera y subieron a la entreplanta en el otro extremo del retablo. Habiba, entonces, levantó la vista y no se lo podía creer. El corazón le dio un vuelco, empezó a latirle deprisa, tuvo que agarrarse a la barandilla; sus ojos y su cabeza no eran capaces de digerir lo que estaba viendo. Asombrada, la boca abierta de par en par, sus ojos brillaban y una lágrima se deslizaba de uno de ellos. ¡Estaban allí! Iguales a los que había soñado tantas noches hacía tiempo. ¡Eran los dragones! ¡Era Draco y sus hermanos! Eran dragones buenos, con esos ojos redondos y grandes, casi infantiles que sugerían todo menos temor. Emergían por debajo de los nervios de la bóveda como si hubieran estado atrapados todo este tiempo, era su guarida y habían decidido salir como si saliesen de un cuento al que pertenecían. Eran sus dragones y parecía como si tuviesen vida, muchos de ellos tapizando de colores los planos curvos.

-¡Míralos Inés, están ahí! Han salido por fin.

-Habiba, son pinturas que han hecho para conmemorar la visita de la

reina de Castilla.

-¡Qué no! Han salido porque los cuentos existen y en su cuento les tocaba salir, son dragones buenos y estaban atrapados en esos nervios de piedra.

-Lo que tú digas Habiba, pero vámonos que puede venir alguien.

Habiba estaba contenta y exultante como nunca, las imágenes llenas de color que había visto quedarían para siempre en su mente como una aparición increíble. Ya sabía, y estaba segura, que los dragones solo estaban en los cuentos e historias escritas y contadas, pero al igual que en la mente de los hombres y mujeres había dragones buenos y malos, al igual que eran buenos o malos sus propósitos, los dragones de su pueblo no infundían miedo, solo color, belleza y ternura, todo aquello que ella necesitaba para ser feliz.

No volvió nunca a la iglesia, le bastaba saber que Draco y sus amigos y familiares estaban allí, protegiendo al pueblo desde la techumbre de la iglesia.

Me llamo Habiba y tengo 65 años. Vivo en Robledo desde que llegué hace 55 años desde Toledo con mi familia. Nunca salí de aquí, me casé, tuve un hijo y mi marido partió un día a la conquista de Granada y nunca volvió. Aprendí a leer y escribir y escribo cuentos sobre dragones, cuentos que quedan ahí, en el cajón de mi mueble. Son dragones buenos.

Crié a mi hijo Hammed, como mi padre, y ha venido a visitarme con mi nieta que se llama Habiba como yo.

He querido que mi nieta vea mis dragones de la iglesia, a Draco y su familia, y he pedido permiso para verlos con ella, de la mano, desde el coro, como hace ya tanto tiempo que lo hice con Inés. Hemos entrado en la iglesia, olía a yeso y humedad y no ha hecho falta subir al coro, cuando he levantado la

vista me he quedado como una piedra, he perdido el ánimo y me ha embargado una tristeza desoladora.

¡Los dragones han desaparecido!

Han vuelto a esconderse en las líneas curvas de piedra de la bóveda, lo que antes eran mis dragones ahora es un espacio blanco sin resto de su existencia, los colores han desaparecido y con ellos la alegría.

¿Habrá sido todo un sueño?

¿Habrá sido todo un sueño adornado por mí?

Me di cuenta que mi vida había sido un cuento, pero un cuento que merece la pena protagonizar. Algún día solo Alá sabe cuándo los dragones querrán salir de nuevo, porque los cuentos perseverarán. Y volveremos a verlos relucientes salir de su guarida.

Ernesto Durán

Mónica Diotto



ARANEA TELAM

¿Somos dueños de nuestro propio destino o hay cosas que están escritas incluso antes de nacer? A veces hay tantas casualidades que cuesta no creer que la vida es como una cuidadosa tela de araña tejida firmemente con hilos entrelazados, por los que vamos caminando sin darnos cuenta. Cuando esos hilos se juntan y forman una intersección, conocemos a personas y vivimos situaciones que a su vez dan otros hilos, que conforman otras hebras grandes y pequeñas, en unas bifurcaciones sin fin que marcan la vida. Cuesta creer que hasta el azar está escrito, que la casualidad en realidad es una certeza y que la suerte casi siempre depende de estar en el lugar y en el momento oportuno... o equivocado... depende de cómo se mire.

La vida de los pueblos se rige por muchas costumbres, pero si hay algo que marca el día a día de los vecinos de Robledo son las campanas de la iglesia. Ese sonido que retumba en los montes y hace eco por las calles del pueblo está dominado por las horas en las que los clérigos deben elevar con rectitud imperiosa sus plegarias al Santísimo. Son completas (21:00h), en algunas casas se apagan las palmatorias, en otras se encienden las lamparillas de aceite, se pueden apreciar las ascuas brillando al fondo de los hogares y en algún lugar a las afueras se enciende un candil rojo. Tres plegarias se escuchan en distintos puntos de la villa, una la del clérigo, pidiendo a Dios que le ilumine en su homilía ante la inminente llegada de la reina. Otra, la de una mujer mirando con ojos suplicantes una tablilla pintada con pigmentos de oro de la que cuelga un rosario finamente tallado en nácar. Murmura una oración, esperando que su súplica cargada de odio y de maldad se escuche en lo más

alto del cielo o en lo más bajo del infierno, pero que se haga realidad para que pueda dormir tranquila. Y la tercera, la más fuerte, la que desgarra el alma de cualquier ser humano y trae consigo la fuerza bruta de la naturaleza aferrándose a la vida, el llanto de un niño que acaba de nacer sin haber pedido venir al mundo.



-Sólo te vas a meter en problemas- dijo una voz de hombre preocupada.

-Lo sé- afirmó decidida una de mujer- y con esta vestimenta, en la penumbra es imposible que sepan quién soy- añadió colocándose un manto corto negro por encima de los hombros.

-Sole, que como te pillen lo mejor que te puede pasar es que te caigan 100 latigazos- insistió el hombre- ya sabes que no puedes salir de aquí hasta el amanecer. ¡No te arriesgues! -exclamó alzando la voz- ¡Qué cada palo aguante su vela! -En un movimiento rápido se acercó a ella y le sostuvo la cara con sus manos obligándola a que le mirara- ¿quieres que te maten? ¿quieres arriesgarte por personas que luego te van a volver la cara si se cruzan contigo por la calle y que no dudarán en insultarte si viene al caso?

-¡Ambrosio!- le espetó ella apartándose de él y dando un paso atrás- A estas alturas lo que menos me importa es lo que opine nadie y esto no lo hago por los padres sino por esos pobres niños que no tienen nada que llevarse a la boca. Si no les ayudamos ¿sabes lo que les espera, lo sabes? -exclamó con voz autoritaria acercándose a un palmo de él.

-Un puñado de tierra- respondió rendido bajando la mirada.

-Y eso con suerte, porque no creo que ni eso puedan pagarla.

Sole se dio la vuelta y se miró en un pequeño espejo que le había regalado un noble italiano que estuvo una vez de paso por su burdel. Recogió los rizos que le caían por la espalda con varias horquillas, se anudó un pañuelo y se puso un gorro.

-Así no creo que me reconozcan -comentó mientras se tiznaba un poco la cara con el hollín de la chimenea intentando ocultar esa piel perfecta y esos labios rojos de diosa griega.

Ambrosio la miraba con una expresión indescriptible entre burlona y escéptica.

-Como te pillen no te ampara ni la caridad.

-¡No seas cenizo! Además, desde que Isabel nos invitó a cenar con los ilustres del pueblo, tenemos otro nivel- comentó divertida guiñándole un ojo-

- ¿Te acuerdas de la cara de Don Cipriano compartiendo mesa con nosotros? ¡Qué momento Ambrosio, que momento!- sonrió con cara de satisfacción.

-Sole céntrate que sabes que ese cura te la tiene jurada y -bajo la voz casi en un susurro- bien sabes tú que en esa cena se dijeron muchas cosas que...

-¡Schssss! ¡Calla, calla! -le espetó poniéndole el dedo índice en la boca- las paredes oyen y hay secretos que así tienen que seguir o nos matarás a todos.

Las advertencias de Ambrosio fueron en vano. Ya lo sabía cuando iniciaron la discusión. Sole iba a hacer como siempre lo que le daba la gana. Se

iba a arriesgar por gente que probablemente nunca se lo iba a agradecer o nunca lo sabría porque su dinero era dinero sucio y la honra muchas veces estaba por encima del hambre, sobre todo para los que no lo pasaban. La vio partir con las sombras de la calle, era sigilosa como un gato, su figura se fue perdiendo en la penumbra y cuando dobló la esquina del callejón de las ánimas, Ambrosio elevó una plegaria al cielo en el que no creía para que Sole volviera sana y salva a la mancebía.



Pocas luces encontró en su camino, pero la luna la acompañaba como todas las noches. Su fiel compañera de tantas horas trabajando desde que se ponía el sol hasta que salía. Esa noche había cuarto creciente, por lo que los rayos iluminaban un poco las calles. También llevaba una pequeña candela de no más de un palmo, muy menuda y fácil de ocultar si era necesario. El recorrido se lo sabía de memoria, así que no tardó mucho en subir la empinada cuesta de la iglesia hasta la judería. Pasó por la pequeña plaza, acurrucándose contra las paredes buscando el abrigo de los balcones. No se veía un alma, y la negrura de la noche sólo era interrumpida por un pequeño resplandor proveniente de una de las ventanas de la iglesia *“otra noche que el pintor se queda hasta tarde”* pensó. Siguió sin detenerse hasta que llegó a una casa en la que colgaba una mezuzá(1) ligeramente inclinada, en el lado derecho de la puerta. Era la señal. Rodeó la casa y golpeó la entrada de atrás con tres golpes secos y uno más largo. Al segundo, una mujer entrada en años vestida con un sencillo camisón, cofia y una toquilla de lana a los hombros apareció.

-Shalom Soledad- saludó la mujer.

-Shalom Miriam- respondió. -Aquí te traigo lo que podemos aportar este mes- le dijo entregándola un saquito con monedas dentro.

-Y demasiado es hija, demasiado- le dijo mirándola con ojos infinitos de agradecimiento.

-Nunca es suficiente. Distribuye como creas conveniente, ya sabes. ¡Ah Miriam! Un consejo. Advierte a tu marido sobre el hombre que trabaja con él en el aserradero, Polansky o algo así. -Miriam la miró extrañada- no puedo decir más, pero que no se fie del todo de él, la envidia es muy mala... tengo que irme, ya sabes que no puedo estar aquí- y echo andar rápidamente mientras Miriam entraba en casa y la miraba irse.

-Que Dios te guarde niña, que Dios te guarde.



Soledad bordeó la iglesia y no pudo resistir el impulsó de entrar a echar un vistazo. Sabía que el pintor entraba siempre por la puerta de atrás y nunca la cerraba del todo porque decía que necesitaba ventilación para que la pintura secara rápido. Despacito se deslizó dentro y no puedo evitar soltar un gritito ahogado y maravillarse ante lo que contemplaban sus ojos. Arriba, entre los andamios, volando en un cielo de piedra, decenas de dragones la miraban, la escudriñaban el alma, la observaban dentro de su ser y ella se sentía en paz. La sensación que le provocó esa primera vez que vio a los dragones de la iglesia de Robledo no la pudo olvidar nunca en su vida...Instintivamente se echó la mano al pecho y agarró el colgante del que nunca se desprendía y que la había acompañado desde su nacimiento, un dragón que se mordía la cola y formaba un círculo perfecto.

-¿A quién pretendes engañar Venus? -dijo una voz.

Sole salió de su ensimismamiento y se percató de que el pintor la estaba mirando desde uno de los andamios –Vaya, y yo que creía que nadie me reconocería... No se te escapa una pero como puedes ver con esa lucecita, ¡te vas a quedar ciego! -le contestó.

-Veo lo justo que tengo que ver y me sobran luces para saber que no deberías estar aquí a estas horas y menos disfrazada de hombre. ¿Qué te traes entre manos Soledad? -preguntó.

-Eso no es asunto tuyo, tu a tus dragones que por cierto son magníficos, pero ¿tú sabes lo que estás pintando?

-Dragones.

-Dragones herejes.

-¡Vaya, vaya! Me ha salido otra opositora- comentó burlón.

-No te rías pintor, esto no es para tomárselo a broma y menos con la iglesia. Has pintado los dragones partidos, en una iglesia católica donde reina la santísima Trinidad y ya sabes cómo están las cosas en lo que a herejías se refiere.

- ¿Quieres que te echen a la Santa Inquisición encima? -le dijo con voz seria.

-La verdad Sole ya me da igual lo que me echen encima, estoy harto de pintar tanto dragón igual, estos van a ser especiales... Estos dragones parece que me hablan, parece que quieran estar ahí para protegernos, no sé cómo explicarlo, pero es como si todo lo que esté por llegar tenga que llegar, sea bueno o malo...

-Bueno, solo espero que no sea demasiado malo para ti. Te dejo con tu

arte- le dijo dándose la vuelta.

-Iré a visitarte Venus, tenemos un cuadro pendiente- La respondió.

-Si sobrevives a esto, te prometo que tendrás a Venus de modelo- le contestó, con una pícara sonrisa que el pintor no alcanzó a ver, yendo hacia la salida.



Las calles de la villa de Robledo estaban colocadas de tal manera que parecían seguir la silueta de un dragón. Crecían irregulares serpenteando por el monte, coronado por supuesto por la iglesia parroquial. La falda norte no estaba construida ya que el terreno era más difícil de allanar pero la cuesta oeste era un mar de callejuelas que desembocaba en un pequeño río conocido como arroyo Valsequillo. Ahí las mujeres iban a lavar cada día, cargadas con las cestas y los fardos de ropa, sumergían las prendas en las aguas frías del arroyo, comentando y cantando las típicas coplas de la villa, algunas veces por seguidillas otras iban rimando tonadillas en una composición que se comenzaba a llamar “redondón” por la forma que tenía de bailarse. Si se miraban las aguas de ese río y la forma que tenían esos montes sin duda se llegaba a la conclusión de que algo místico ocultaban esas tierras. Las montañas con sus grupas y sus picos con forma de cabeza, los ríos con la estructura de un cuerpo ondulado... Algo escondían las entrañas de la naturaleza... Una fuerza ancestral de la que todos bebían sin saberlo, algunos se percataban y dejaban pasar, pocos asimilaban y sólo escasos privilegiados entendían, como la curandera que vivía sola en las profundidades del bosque.

Cuando Soledad cruzó el pequeño puente principal de piedra se paró

un momento y volvió la vista atrás creyendo haber oído un ruido, como un murmullo... “*Será el agua o...la dama de blanco que dicen acecha por la noche para llevarse el alma...*”-pensó divertida y sin prestarle más atención continuó a paso ligero hacia el asentamiento de chabolas que se levantaba a los pies del convento de la Caridad.

“Toc toc—toc toc toc--toc toc” resonó la llamada en clave en la puerta de madera.

-Por la caridad...- se oyó una voz desde dentro.

-...entra la peste – respondió Soledad desde fuera.

La tranca se descorrió lentamente y un hombre abrió la puerta. Su pelo ya conocía muchos inviernos y su cara dejaba ver el paso de los años. Unos zapatos rotos, unas calzas demasiado remendadas y una camisa sucia eran su única vestimenta, aun así lo que más llamaba la atención era esa expresión afable, simpática y bonachona que sólo tiene la gente del sur. Enseguida cogió a Soledad por el codo y la metió dentro de la casa.

-Depriza, no zea que te vea algún guarda.

-No te preocupes Manuel, vengo bien disfrazada y no me he encontrado con nadie en todo el camino.

-No te fie Zolea, mala muerte lo revuelto que ezta to con la vizita de los reye, ¡que ya ze podían quedá en zu palacio! Han doblado loz guarda de la Almenara y la patrulla del Almojó y hay ziete cuadrillaz de la Zanta Hermandá, ezale Zolea, ezale.

-Pasará como Julio, Manuel, lo único que estos vendrán, comerán, recaudarán ¡y se largarán! –bromeó y ambos se echaron a reír.

-¡Con lo que lleva enzima ziquilla y no se te ha ido la grasia que reboza

por tus vena!

Soledad miró con cariño a Manuel. Le conocía desde hacía muchos años, casi habían llegado a la vez a Robledo. Ella era muy jovencita y él todavía andaba por los caminos de trovador o buhonero depende de cómo se mire, entreteniendo a las gentes con la compañía de saltimbanquis. Se quedó por amor, cambió la vida nómada por una ilusión que casi le cuesta el pellejo, pero de eso hacía ya varías décadas.

-Aquí te traigo lo que se puede Manuel, ya distribuye tú como quieras.- Le dijo dándole un saquito con monedas.- Me he enterado por las chicas que la Juana está otra vez preñada, dales un poquito más a ellos, me da mucha lástima cuando veo a los niños pidiendo en la puerta de la iglesia.

-¡Menudo desgraciao el Juan!- exclamó dando un golpe en la mesa.
¡Ze lo gasta en vino! Y luego vuelve a caza y ya zabe lo que paza... y eza pobre mujer venga a ezar niños al mundo, ¡a morirse de hambre! Zi no fuera por ti que zería de muchas de eztas familias...

-Bueno Manuel, tengo que seguir. Si necesitas algo ya sabes donde estoy. -Soledad se levantó y se dirigió a la puerta.

-¡Con Dio ziquilla cuídate y que la Virgen te cuide! -la despidió Manuel.

La noche avanzaba y Soledad miraba al firmamento escrutando los astros. Sabía interpretar el cielo nocturno y siempre se guiaba por Vega(2) para saber la hora exacta de la noche y Vega se estaba alejando, con lo cual había que darse prisa.

Cruzó un par de calles del poblado de chabolas y llegó a la frontera. La frontera era una hilera de enebros que crecían de forma natural y en dirección

norte-sur, y que servían para delimitar la parte del poblado cristiano de la parte musulmana. Se había vivido en paz desde hacía años pero últimamente las cosas no andaban bien, demasiados odios muchas veces mal infundados estaban haciendo mella en la convivencia de estos vecinos a los que separaba la religión pero por desgracia unía la miseria.

Soledad llegó a una pequeña casa con las paredes blancas y llamó tres veces.

Al otro lado de la puerta apareció Hakim, vestido con una especie de casaca de rayas que le llegaba hasta los tobillos, un turbante y los pies descalzos pisando la tierra prensada que tenía por suelo.

-As-salam aleikom- dijo Soledad.

-As-salam aleikom- bella dama. -Contestó Hakim con una pequeña reverencia y se hizo a un lado para que Soledad pasara.

-¿Qué tal se va adaptando tu hermano Hakim?, ¿Tratan bien a tu cuñada en casa de la Condesa?

-Si Soledad, te estamos muy agradecidos por habernos ayudado –le contestó aferrándola las dos manos.

-¿Y la pequeña Habiba, está contenta? El otro día la vi comiendo almendras con la hija de la frutera. Me dio mucha alegría ver que hablaba con otras niñas. Las oí que comentaban algo de los dragones...

-¡Si! Está obsesionada con ellos. Le pregunta a todo el mundo- sonrió Hakim.

-En los próximos días sería bueno que no correteara mucho por el pueblo y vosotros no salgáis mucho, se comenta que la visita Real es inminente y están las cosas muy caldeadas.- le advirtió.

-Así lo haremos Soledad, gracias por el consejo.

-Bueno Hakim, aquí te dejo mi aportación. En cuanto pueda os ayudaré con más. -Y dejó un saquito rojo encima de la banqueta.

Cuando ya se disponía a salir se dio la vuelta y le volvió a insistir.

-Tened mucho cuidado, no son buenos tiempos para vosotros.

- Y para quién lo son Soledad...

-Para nadie pero para vosotros menos. -Le replicó guiñándole un ojo.

Soledad se dio la vuelta y se perdió en el océano de casitas irregulares.

-Que Alá te proteja bella dama- murmuró para sí Hakim -y ojalá que las estrellas se equivoquen sobre tu destino.



Había hecho el camino tantas veces que ya se lo sabía de memoria, daba igual que llevara o no candela pero esa noche algún extraño presentimiento la hizo volver por un atajo que la llevaría más en línea recta al burdel. Siguió el curso del arroyo hacia abajo hasta llegar al otro puente, el que utilizaban los pastores para pasar a las ovejas cuando las llevaban a pastar al monte. *“Por aquí sí que no me voy a encontrar a nadie y aunque tenga que andar un poco campo a través puedo entrar por la puerta de atrás al Candil y ni las chicas se enterarán de que he salido”* iba pensando cuando de repente oyó un gemido, un sonido extraño como si de un animal se tratara, algo lejano pero cercano a la vez, un ruido sordo, un gruñidito que poco a poco se hizo más y más fuerte hasta convertirse en un llanto. Soledad se paró en seco y lo primero que hizo fue sacar el puñal que llevaba escondido en los pliegues del jubón y ponerse en guardia. Pronto se percató de que el llanto venía de debajo

del puente y poco a poco con mucha precaución se fue acercando. Bajó el desnivel que separaba el sendero del agua y allí se encontró con una escena que no podía creer. Acurrucados en un ladito, llenos de tierra y suciedad estaban una madre y su hijo recién nacido. La madre casi no podía abrir los ojos, el niño lloraba y todavía tenía el cordón umbilical, Soledad se quitó la capa rápidamente la tendió debajo del bebé y cortó el cordón con el puñal intentando acordarse de como lo hacía Magdalena cada vez que iba al burdel a ocuparse de alguna de las chicas. Envolvió al niño con la capa y le dejó a un ladito con cuidado para intentar ayudar a la madre. Había sangrado mucho pero por lo poco que sabía, había sido un parto muy fácil, ya que la mujer, una muchacha de no más de 16 años, había dado a luz sola, debajo de un puente y ella misma se había puesto unos trapos para contener la hemorragia. Se acercó a ella y la dio unos golpecitos en la cara, la muchacha abrió un poquito los ojos.

-¿Estás bien, puedes caminar?

-Sálvale a él. –dijo con un hilo de voz intentando señalar al bebé.

-¡Escúchame, os voy a salvar a los dos, pero tienes que caminar!



Faltaban pocas horas para el amanecer cuando Sole entró por la puerta de la cocina del Candil como si la persiguieran mil soldados. Casi sin aliento y empapada en sudor lo primero que vio fue la cara somnolienta de Ambrosio que la esperaba sentado en una banqueta, con un vaso de vino medio vacío apoyado en la mesa. Cuando vio lo que Sole traía en brazos el sueño se le fue de un plumazo.

-Pe-pe-pero Sole – tartamudeó- ¿qué coño ha pasado y que haces con

ese niño?

-¡No hay tiempo que perder! - contestó vaciando el canasto de las patatas y metiendo con cuidado al bebé. - Despierta a Lucio, coge la carreta pequeña y baja al puente de madera del Arroyo Valsequillo, por la veda derecha. Ahí está una chiquilla medio muerta, tráetela. Llévate mantas y cúbrela con ellas. ¡Aprisa, no hay tiempo que perder!

Ambrosio salió disparado por una puerta y Sole por otra. A los pocos minutos los dos volvieron a la cocina, Ambrosio con Lucio el criado-gigante que Sole había acogido y que la ayudaba a mantener a raya a los borrachos que se propasaban y no querían pagar y Sole con Pura, una de las chicas, completamente vestida de hombre.

-Iros ya Ambrosio.- Los dos salieron veloces por la puerta. -Y tu Pura tienes que correr como una liebre y ve a buscar a Magdalena porque la vamos a necesitar. Evita el camino, vete por los senderos y por Dios que no te vea nadie - la muchacha asintió y partió veloz.

Sole se asomó al canasto de las patatas y ahí estaba el chiquitín, dormido plácidamente. Lo sacó, le quitó la capa en la que le había envuelto, le limpió con agua tibia y le puso paños limpios. Corroboró que era un niño, bien formado y parecía fuerte. *“Que suerte has tenido pequeñín de que tu madre te haya podido traer al mundo, de que yo pasara por allí y hasta de que Pura tuviera hoy a su mejor cliente, el de los gustos raritos que la tiene que montar vestida de hombre... tienes que vivir pequeño, tienes que vivir”* pensaba mientras le miraba.

Y no le faltaba razón a Sole en cuanto a que el niño había tenido mucha suerte, porque si todo hubiera seguido el plan que habían establecido para él,

en ese momento estaría mucho más arriba que los dragones que estaban pintando en la iglesia y no descansando tranquilamente en un canasto de patatas.



Cuando Ambrosio y Lucio llegaron a la casa con la muchacha parecía que todavía estaba viva. La bajaron al cuartito más discreto que tenían, una estancia bajo tierra pegada a la bodega y a la que se accedía por una puerta secreta muy bien disimulada. Obviamente esa estancia ya había servido para hacer desaparecer al que no deseaba ser encontrado. Allí apretujaron la paja, pusieron unas telas por encima a modo de sábanas y tendieron a la chica.

-¿Hace mucho que se ha ido Pura? - preguntó Ambrosio angustiado.

-Partió a la vez que vosotros, todavía la queda un rato largo. Hay una hora desde la casa de la curandera hasta aquí – contestó Soledad.

-Sole, ¿tú sabes lo que estás haciendo?

-¡Que si se lo que estoy haciendo! -Le espetó enfadada y le miro con el ceño fruncido- Estoy intentando salvar dos vidas. Ya sé que tú no quieres complicaciones pero como los vamos a dejar morir, pobre mucha...

-¡Sole! -La interrumpió Ambrosio- ¡Me refiero a que si tú te has fijado en la vestimenta de la muchacha! - La gritó señalando con el dedo.

Soledad volvió la cabeza y por primera vez se fijó un poco más en la pobre chica. Llevaba puesto un vestido de color gris descolorido, que probablemente en otras circunstancias le llegaba hasta los pies. Las mangas eran largas y de la cintura colgaba un cordón ancho de color marrón entrelazado con varios nudos y con una pequeña cruz al final. Miró la cara de la

muchacha y por primera vez se dio cuenta de que no tenía casi pelo, estaba rapada.

-¡Dios mío! ¡es una novicia! –exclamó llevándose una mano a la boca.

-Y por el bordado que lleva debe pertenecer al convento de la Caridad –apuntó Ambrosio.



El gallo cantó a laudes (5:30h) y todo el convento ya estaba despierto para cumplir con el rezo de la mañana. A esta hora, las monjas rezaban solas en su celda en un acto de constricción y plena comunicación con Dios. Todas elevaban sus plegarias al cielo pidiendo que las iluminara en los quehaceres diarios de muy diversa índole, pero había una plegaria que destacaba entre todas las que el Señor escuchó esa mañana. La hermana Socorro pedía al Santísimo que la muchacha hubiera logrado escapar y que la ayuda que ella le había prestado, no se la volviera en su contra cuando en poco más de media hora, se descubriera que Jimena no estaba en su celda.



Un sol tímido asomaba por las Umbrías cuando Pura llegó con Magdalena al Candil. Soledad, ya vestida de manceba, salió a recibirla y la condujeron a la estancia en la que descansaban la muchacha y el bebé. Allí estaba también Ambrosio con cara de cansado, ya que se había quedado la noche en vela haciendo guardia por si las moscas.

-Por todos los dioses pero si es una...

-Una chiquilla Magdalena...- le cortó Soledad haciendo un gesto discreto hacia Pura.

-Pos tampoco es tan pequeña, a su edad ya me daba yo buenos meneos con los zagales que querían...

-Pura, - cortó de nuevo Soledad cogiéndola del brazo y llevándola a la salida - gracias por esto, no lo olvidaré y te recompensaré. De momento hoy tienes el día libre, vete a descansar.

Pura salió por la puerta con una sonrisa en los labios y Magdalena se dispuso a examinar a la chica y al bebé. El bebé estaba sano pero la madre era otra historia. No había recobrado el conocimiento y respiraba entrecortadamente. Magdalena la apretó la tripa para vaciarla de los flujos del parto y le tocó la frente – Tiene fiebre, hay que ponerle paños fríos y darle un preparado que os voy a hacer. -La chica hablaba en sueños, nombraba a un tal Fernando y gemía y lloraba como si algo la atormentara. Cuando Magdalena acabó se dirigió a Soledad.

-Sabéis que yo no me meto en vuestras cosas pero esta chica no es tuya, ha escapado del convento. ¿En qué clase de lío te has metido Soledad? Le preguntó.

Soledad le relató todo lo sucedido la noche anterior y las dos llegaron a la misma conclusión, la chica no podía quedarse mucho tiempo en Robledo.

-Por lo menos tendrán que pasar un par de semanas hasta que pueda caminar y se encuentre con fuerzas - comentó Magdalena- yo intentaré venir todo lo que pueda para ver cómo sigue. Vamos a esperar a que despierte y nos cuente su historia.

Soledad asintió y con una mirada las dos mujeres sellaron un pacto de

confianza más firme que cualquier pacto de sangre o de dinero que pudiera hacerse.



Tres apellidos ilustres son los que conformaban la nobleza de la villa de Robledo y los que manejaban el cotarro con continuas disputas por el poder: Los Vela, los Bernaldo de Quirós y los Pedraza. Si uno hacía un palacio los otros lo hacían más grande y si uno celebraba una boda fastuosa los otros la intentaban superar. También competían por el favor de los reyes y por el control del pueblo en todos sus ámbitos, por eso tenían tejida una cuidadosa tela de araña de matrimonios y alianzas entre ellos, que por supuesto no dudaban en romper si los vientos dejaban de soplar al favor conveniente que cada uno considerara. A las afueras del pueblo por la zona sureste se levantaba una construcción imponente, realizada con los últimos avances arquitectónicos de la época y en la que los reyes se alojaban siempre que iban a cazar por esas lindes, el Palacio de las Cadenas. Ahí era donde estaba previsto que se quedaría la reina Isabel en los próximos días cuando acudiera con su séquito. Todo estaba planificado al milímetro, primero llegaría la reina, daría dos días de audiencias privadas, llegaría el rey, comenzarían los festejos y se celebraría la misa donde todo el mundo contemplaría los dragones protectores de la bóveda. Justo en frente del Palacio de las Cadenas se levantaba una imponente mansión con el mismo aire de soberbia que la dama que la habitaba, doña Emerenciana de Vela, o como la conocían los vecinos de Robledo “la cierva seca”.

Robledo era el epicentro de la comarca, un pueblo muy próspero con

cientos de habitantes pero no dejaba de ser un pueblo y como tal las habladurías, los cotilleos y por supuesto los motes estaban a la orden del día. Todo el mundo creía y sobre todo quería saber todo acerca de la vida de los demás y nadie hacía ascos a un buen cotilleo. Por desgracia para Emerenciana, su difunto esposo había sido material indiscutible de los mentideros robledanos y carne de cañón de los oídos de esquinas, gracias a sus escarceos amorosos y a sus debilidades carnales por todo lo que llevara falda. Ni a la hora de pasar a mejor vida se libró el hombre de los comentarios hacia su persona. Asiduo de tabernas, mesones, fondas y por supuesto burdeles, Don Sixto era uno de los mejores clientes de Soledad, sino el mejor, por lo que no fue difícil que la parca le encontrara en cueros encima de una señorita, cuando le vino a visitar. Fue un escándalo y material de burla durante meses. De ahí viene lo de “la cierva” y un odio profundo hacia Soledad. La segunda parte del mote era la que más le dolía, “seca”, porque hacía referencia a algo que ella siempre había querido y para lo que la habían educado. ¿Si una mujer no podía tener hijos que era entonces?... una seca. Tantos años de aguantar y aguantar tanto dolor y de intentar hacer como que no pasaba nada, forjaron un carácter difícil de describir con palabras. El dolor dio paso al odio, la sumisión al rencor y la frustración a una maldad cocinada a fuego lento que ya sólo era capaz de las peores cosas.

Una carta llegó esa mañana a manos de Emerenciana. Cuando vio el sello su corazón dio un vuelco de alegría. *“Por fin ha nacido. Por fin podré abandonar este pueblucho, irme a la corte, empezar una nueva vida lejos de aquí y de toda esta mugre”* –pensaba mientras rompía el sello de cera del convento de la Caridad. Pero la alegría de los malvados a veces dura poco y su

cara se fue transformando a medida que iba leyendo. Cuando acabó, profirió un grito tan desgarrador que pudo escucharse en varias calles aledañas.

-¡Prudencia! - llamó a su criada. A los pocos minutos acudió una mujer vestida de negro y con un delantal blanco. -¡Vete ahora mismo a buscar al Rojo! ¡Ya! -le ordenó.

Emerenciana paseó nerviosa por toda la estancia. Sus planes se desmoronaban. La llegada de la reina era inminente y la primera audiencia privada era con ella. Hacía unos meses que se había cerrado el trato. Ella escondía a la muchacha hasta que diera a luz y cuando eso pasara si era niña podía hacer lo que quisiera pero si era niño debía matarlo inmediatamente. A cambio tendría un sitio asegurado en la corte y privilegios como si de una infanta se tratara. Pero la muchacha había escapado y ahora ¿qué iba a hacer?

En estos pensamientos andaba cuando apareció un personaje muy oscuro por la puerta, el Rojo. Un ser, que de humano sólo tenía la apariencia porque lo que era de humanidad andaba muy escaso. Su apodo le venía como anillo al dedo, era un matón a sueldo que se vendía al mejor postor y que no tenía compasión con las víctimas por eso le llamaban el Rojo, porque cuando acababa con sus “trabajos” dejaba tal mancha roja de sangre que a veces ni el tiempo la borraba. El Rojo era el lacayo de Emerenciana, decían las malas lenguas que le pagaba más que con dinero, pero sea como fuere lo que si le hacía era todos los trabajos sucios.

-¡La chica ha escapado! ¡Encuéntrala y tráela! Por lo que me han dicho ha tenido que ser de madrugada y no ha podido ir muy lejos en el estado en el que estaba. -Le dijo. No pares hasta encontrarla.

Sin mediar palabra el Rojo salió de la habitación y comenzó la

búsqueda.



La vida de las personas muchas veces es como la vida de un río. Al principio explotan los acontecimientos y todo sucede muy rápido, después se van calmando las cosas como en el curso medio, todo se sosiega, la rutina se establece tranquila y de repente llega la traca final, la desembocadura y todo vuelve a coger ritmo a precipitarse con ansia hacia un destino inevitable...como les pasó a los protagonistas de esta historia.

Soledad y Magdalena estaban cuidando a la muchacha cuando esta despertó. Confusa miró a su alrededor y se incorporó de repente como buscando algo. Cuando vio que su hijo descansaba a su lado lo cogió y lo abrazó con todas sus fuerzas.

-Despacito niña que le puedes hacer daño - le dijo Magdalena con suavidad.

-No sé cómo darles las gracias - respondió echándose a llorar.

Cuando se hubo tranquilizado les dijo quién era y de donde venía.

Su nombre era Jimena López de Aragón y Azagra y pertenecía a uno de los linajes más antiguos y nobles de la corona de Aragón. Cuando tuvo edad, la llevaron a la corte para que aprendiera a ser una dama y con la esperanza de que casara bien. El problema fue que quien se fijó en ella no podía desposarla porque ya estaba casado, pero tenía tanto poder que sí podía tomarla como amante y ella no se podía negar, así que cedió y se convirtió en una de las concubinas del rey Fernando de Aragón con tan mala suerte que quedó embarazada y con peor suerte que la reina Isabel se enteró. Una noche la

maniataron y la trajeron al convento de la Caridad en Robledo. Allí la raparon el pelo, la vistieron de novicia y la tuvieron casi todo el tiempo encerrada hasta que diera a luz. El futuro de su hijo no lo sabía pero el suyo si, encerrada de por vida en un convento de monjas de clausura. Pero personas buenas las hay en todos los sitios y la hermana Socorro se apiadó de ella, la ayudó a escapar con tan buena fortuna que se cruzó en el camino de Soledad.

Después de escucharla, ambas mujeres estuvieron de acuerdo en que Jimena tenía que huir cuanto antes. Magdalena propuso que huyera a Portugal y de ahí a las Islas. Su hija se había ido allí, podía buscarla y echarle una mano. Soledad estaba de acuerdo, además conocía a otras personas en Portugal, los hijos de Miriam una buena judía que seguro podía ayudarlas. Lo arreglarían todo y más o menos en un mes Jimena podría escapar con su hijo.



Pero, ¿cuándo sale la vida según lo planeado? pues en esta historia pasó lo mismo.

Los Reyes llegaron se hicieron los festejos, la gente se maravilló con los dragones pintados en la bóveda de la iglesia, algunos no se atrevían a mirar mucho por miedo, pero no quitaba para que las pinturas fueran magníficas.

Emerenciana tuvo su audiencia con la reina Isabel. No encontró a Jimena. Juró y perjuró a la reina que la muchacha y el bebé habían muerto pero como no había pruebas no hubo tampoco favores, así que tuvo que quedarse en el pueblo y siguió siendo “la cierva seca”.

Magdalena se convirtió en leyenda y Jimena pudo huir, primero a Portugal y luego a las Islas. Siempre relataba la misma historia para que se

supiera la verdad sobre Soledad y Magdalena, las dos mujeres que habían salvado su vida y la de su hijo.

Soledad siguió regentando su burdel junto a Ambrosio y acogiendo a todo tipo de clientes entre los que se encontraban hombres tan ilustres como Don Diego Ramos, Infanzón de Castilla. Nunca se la olvidó el día en el que Don Diego vio su colgante del dragón mordiéndose la cola y la miró con ojos extrañados... “Valgo más por lo que callo que por lo que hablo Don Diego sé con qué amigos gasta su tiempo” le dijo en un susurro. El hombre tardó un par de meses en volver a aparecer por el burdel...

Y todo hubiera seguido bien y esta historia acabaría aquí sino fuera porque hay un refrán que dice que “la venganza se sirve en plato frío”. Emerenciana no encontró a Jimena, pero el Rojo sí descubrió quién la ayudó. Una semana de tortura es suficiente, para que un pobre hombre con siete bocas que alimentar confesara todo lo que sabía. Y un buen saco de monedas, da de sobra para que una acusación se tome como verdad certera aunque no haya pruebas.

Llegaron a por ella una mañana en la que los pájaros no cantaban, el sol no quiso salir y las calles estaban desiertas como si todos presagiaran que la muerte se deslizaba de esquina en esquina. Una neblina cubría todo el pueblo cuando Soledad salió del Candil custodiada por los monjes del hábito negro y seis guardas. Ambrosio sujetaba a Lucio que quería golpear a todos, las chicas no sabían qué hacer, pero Sole ya lo había hablado todo con ellos. Nadie haría nada, se quedarían allí, ella se iría y ellos seguirían con sus vidas. La metieron en un carro y la Santa Inquisición se la llevó. En Robledo no se supo más de ella.

Varios meses después el pueblo ya había olvidado o eso parecía. Los dragones seguían vigilando desde las alturas y todavía muchos feligreses sentían cierta inquietud al mirar arriba. Se estaba haciendo una colecta para engalanar la nueva capilla de la iglesia y se estaba preguntando a todos los vecinos ricos y pobres a qué virgen querían consagrarse dicha capilla. Emerenciana sobornaba al cura día sí y día también para que se consagrara a santa Emerenciana por supuesto, pero Don Cipriano aceptaba los castellanos y la contestaba que ya se vería lo que opinaba el pueblo. La iglesia estaba a rebosar en la misa de 12 del domingo porque todos estaban expectantes por saber el resultado de la consulta popular. Emerenciana se había puesto sus mejores galas y una mantilla de hilo fino bordada a mano. Resplandecía entre todas las demás y daba por supuesto que la nueva capilla llevaría su nombre. Don Cipriano se acercó al altar y quitó la tela que cubría el rostro de la nueva santa a la que se rendiría culto en esa capilla. Todos se quedaron maravillados y se emocionaron al verlo. Tanto pobres como ricos, pero más pobres que ricos habían decidido que la nueva capilla estuviera consagrada a la Virgen de la Soledad.

Vanessa Silva Herranz

(1) Mezuzá: pergamino que tiene escrito dos versículos de la Torá; por lo general, se encuentra albergado en una caja o receptáculo que está adherido a la jamba derecha de los pórticos de las casas y ciudades judías. Es una de las características más singulares de las moradas de los judíos.

(2) Vega: En esta época Vega era la Estrella Polar. Los marineros y muchas personas se guian por ella para saber la hora de la noche que era la latitud en la que se estaba.



MAGDALENA Y EL DRAGÓN

—¡Abuela! Contáme un cuento, pero uno de verdad, no de esos que no son de los libros...

— A ver si se te fue la fiebre...déjame que te toque la frente, y sí...parece que sí...

—¡Sí, ya estoy bien! Por favor, contáme un cuento...

Muy bien; hace ya mucho tiempo, en unas tierras muy lejanas, los dragones se dejaban ver por los humanos. Eran los protectores de la tierra, de los bosques, y también de la gente. Y las gentes podían hablar con ellos, con los animales, con los árboles. Así, entre todos compartían el mundo. Pero después, llegaron personas que dijeron que eso no era posible, que eran cosas del diablo, y que los humanos estaban en el mundo para someter la tierra. Así, con el tiempo, la gente tuvo miedo y se olvidó cómo hablar con los seres de la naturaleza. Y dejaron de ver a los dragones.

Pero, algunas personas, no olvidaron. En un pueblecito llamado Robledo de Chavela, encerrado en un pequeño valle entre suaves montañas cubiertas de árboles muy viejos, muy sabios, vivía una mujer ya entrada en años. Se llamaba Magdalena. Pertenecía a una antigua estirpe de mujeres que descendían de grandes sacerdotisas de los bosques; eran sanadoras, sabias, fuertes y pacientes, y legaron el conocimiento a sus hijas, a sus nietas. Y cada una de ellas, tenía el espíritu de un dragón protector. ¡Ah! Los dragones, cuando fueron olvidados por la gente, se volvieron invisibles, y decidieron no volver a intervenir en los asuntos de los humanos. Pero había una conexión especial con estas mujeres, guardianas de los bosques. Era como si sus

corazones palpitaran a la vez. Por eso, para que ellas nunca olvidaran, cada una de estas mujeres,- que heredaban el don, el don de curación-, llevaba una pequeña marca en forma de dragón pequeñito, cerca del corazón. Aunque los dragones muy rara vez, casi nunca, se dejaban ver por ellas...

—¿Por qué abuela?

—Porque por entonces, ya estaba mal visto que una viera cosas que otras personas no veían...como cuando vos decís que ves al abuelo, y tu papá dice que no es posible porque ya se murió. Bueno, en esa época, te creían, pero creían que era cosa del demonio.

Y bueno; sigo. Era una noche fría. Magdalena estaba en su cabaña de piedra metida en el bosque que rodeaba el pueblo.

—¿Por qué vivía tan lejos?

—Y porque era la dama del bosque nenita; ella necesitaba vivir allí, como su mamá y su abuela, en comunicación con los árboles y el río. Además allí encontraba las hierbas que necesitaba para sus remedios. Porque Magdalena, al igual que su abuela y sus antepasadas, era la curandera del pueblo.

—¡Ah! ¿Era su doctora? ¿Como papá y mamá?

—Parecido. Por entonces las mujeres no iban a la universidad...bueno, antes de eso sí, hubo una universidad, en Salerno, en Italia, donde las mujeres podían aprender cómo curar...pero por entonces ya no, los doctores, era judíos o musulmanes. Pero en los pueblos pequeños no había doctores, y eran ellas, las curanderas, las que cuidaban a la gente.

—Bueno, seguí con el cuento. Hacía frío, era de noche...y, ¿qué más?

—Había caído la noche, era luna menguante...era cuando recogía las

hierbas que tenían que durar mucho tiempo, así que tenía la mesa llena de plantas que había recogido para dejar secar o preparar tinturas o pomadas. Se acercaba el invierno y necesitaba tener plantas suficientes hasta la primavera.

Magdalena se envolvió las manos con un trapo y retiró el caldero del fuego; el cocimiento estaba hecho, ahora debía reposar. Lo dejó a un lado, la panzuda vasija de hierro quedó erguida sobre las tres patas que hacían de trípode. Una nube de vapor oloroso la envolvió. Maruza, la gineta, estornudó, se estiró sobre su jergón y se volvió a enroscar escondiendo el hocico bajo el rabo. Se había vuelto perezosa; se hacía vieja.

—Abuela, ¿qué es una gineta?

-Es un animalito precioso mi hija; muy ágiles, tiene también esas uñitas que se retraen, como las de los gatitos, cazan de noche, son muy, muy ágiles, pueden bajar por un árbol así, en vertical sin caerse. Y hubo un tiempo en que las reinas en Europa las tenían en sus palacios...

—¿Y dónde están?

-Aquí no hay. Viven en Europa, en África... pero prosigo. Magdalena se enderezó, estiró la espalda apoyando las manos en los riñones; el caldero, lleno de agua, era pesado; además, el otoño le sentaba cada vez peor, le dolían las rodillas, las muñecas, pero sobre todo la espalda, donde malamente podía darse pomadas ella misma. Recordaba a su abuela, quejándose de los huesos en cuanto asomaban los fríos.

Aunque Magdalena no sabía de cierto los años que tenía, estaba ayudando a parir a mujeres a las cuales vio nacer, cuando de niña ayudaba a su abuela en los partos. Esta le decía que había nacido el año en que nació la Reina Isabel.

Mientras el cocimiento enfriaba, Magdalena arrimó al fuego otro caldero, un potaje donde los trozos de chirivía, col, nabos y cebollas se apretujaban entre harina de garbanzos. Esta vez no había ni el más pequeño trozo de cerdo, ni siquiera un resto de manteca quedaba. Su última clienta, una mora, no tenía con qué pagarle el preparado que le dio para las pústulas que tenía en los sobacos, así que lo único que pudo ofrecerle, fue pintarle las manos con henna. Le traería suerte, dijo. Magdalena aceptó, porque algún pago debía recibir, y la mujer le dibujó bonitas flores, hojas, entre líneas, puntos y otras formas que parecían cestos. Aunque le duró poco la nitidez, porque entre las tareas del huerto, recolectar hierbas y trocearlas para sus pocións, se le fueron destiñendo muy rápido, ahora sus manos eran una mancha rojiza con las puntas de los dedos más oscuras, pero ya no se distinguían ni las flores ni las cestas, nada.

Se acercó al ventanuco; ya era noche cerrada. Hacía frío, y cada vez anochecía más temprano, así que pronto rompería la luz su cascarón, volviendo, como recién nacida, a señorear la tierra. Era tiempo de adviento, esto es, las semanas antes de la Navidad... Como no esperaba a nadie, se sacó la cofia, dejando caer los cabellos, todavía oscuros, aunque con hebras de plata salpicando aquí y allá. Despues, se sentó en el banco de madera, junto a la vieja mesa bruñida por el uso; todavía tenía que separar las hojas de laurel para secarlos. Al sentarse, Maruza abrió un ojo, y rápida, saltó al regazo de Magdalena, donde se enroscó de nuevo, buscando calor. Era apenas una cría cuando se la encontró vagando por el bosque, hacía ya muchos años, flaca y desgreñada. La recogió, y se la llevó a casa. Y se convirtió en su compañía constante. La seguía a todas partes; Magdalena no tenía hermanos ni

hermanas, pues su madre murió en el parto y su padre se fue del pueblo por la tristeza. Maruza estaba con ella cuando murió su abuela,—que fue quien la crió y le enseñó cuanto sabía, hasta le dio la teta, fue milagroso, porque la leche se le subió de repente y por eso Magdalena se crió fuerte y sana— y cuando su hombre, que era un buhonero no volvió más; cuando su hija se marchó a esas islas recién descubiertas que llamaban Canarias, Maruza permaneció con ella, hasta dio a luz allí a sus crías... Ahora, acurrucada sobre sus muslos, el pequeño cuerpo le daba calor en esa noche fría.

De repente, la notó tensa. Maruza se incorporó antes que Magdalena oyese el galope y el piafar de un caballo. PAM-PAM-PAM, sonaron impacientes los golpes en la puerta. Maruza saltó de su regazo, se acercó a la puerta oliisqueando, nerviosa. Magdalena se incorporó, y cogiendo el bastón que fue de su abuela, preguntó:

—¿Quién es? ¿Qué queréis de mí a estas horas?

—La señora Soledad manda llamar a Magdalena, la curandera. Hay una mujer pariendo, y no va bien—respondió una voz de hombre—he venido a buscaros.

Maruza gruñía; no le gustaba el olor del hombre, o su voz, o...a Magdalena se le erizó el vello. Presintió un peligro. Sin embargo, no supo negarse; una parturienta y su hija la necesitaban.

—Hay una hora larga desde aquí hasta el pueblo y la noche es fría. Necesitaré coger abrigo y además hierbas o que pueda necesitar para el parto—dijo.

—Daos prisa. El tiempo apremia—insistió el hombre.

Algo había en esa historia que a Magdalena la inquietaba. ¿Quién era

ese hombre que venía a buscarla? No parecía un criado de la señora Soledad, quien regentaba el burdel al que acudían gentes del pueblo y de otros alrededor. Si era un gentilhombre -tenía criados, luego era rico-, ¿por qué se preocupaba por un parto en el burdel? Y, ¿por qué mandaba llamar a una humilde curandera, cuando sin duda podía mandar llamar a un médico, si no judío o esos de Salamanca, por ejemplo? No obstante, recogió el saquito de hierbas que usaba para los partos -tenía muy bien ordenadas las hierbas según para qué cosas, así no tenía que rebuscar de prisa-, tomó unas nueces por si el trance era largo, se puso la cofia y el tabardo, apagó la vela, cubrió las ascuas de la chimenea con la ceniza-no sea que ardiera la casa sola, le daba mucho miedo el fuego- y salió.

A la luz de la luna vio a un jinete envuelto en una capa oscura, no tenía aspecto de hombre del pueblo, sino de criado de señor. Entre el gorro con una pluma y la capa que lo cubría, no pudo verle la cara. El hombre le tendió la mano enguantada para que se agarrase a ella y la izó a la grupa como si no pesara nada. Ella se sentó a horcajas, no sabía montar como las damas y apenas tuvo tiempo de aferrarse a él, que partió al galope. Ella siempre iba al pueblo a pie, no había otra forma, solía tardar a veces una hora, a paso rápido. A veces, la gente que venía a buscarla venía en carro, pero eran los menos. Nunca había hecho el camino de esta manera, hubiera deseado que durase más tiempo, sentía los músculos del animal moverse a compás debajo de ella, era como si quisiera ponerla en guardia... ¿en guardia de qué? No lo sabía; pero el corazón le palpitaba con cada salto que el caballo daba.

Demasiado pronto llegaron al pueblo. El hombre retuvo las riendas, puso el animal al paso; era como si no quisiera hacer ruido. Se detuvo frente a

una casa en las afueras del pueblo; era la casa de Soledad; había estado allí otras veces. Esta noche, la luz roja del candil estaba apagada. Señal que no recibían. Estas mujeres, a pesar de que ella les solía enseñar cómo hacer para no quedar preñadas, a veces se descuidaban...

—Abuela, ¿qué quiere decir preñadas?

—Se decía así antes, nenita, cuando las mujeres quedaban embarazadas. Eso, que entre descuido a veces, otras quizás querían tener al niño, quién sabe por qué, ella no hacía juicios, sabía que la gente tiene muchos repliegues, como una tela mal doblada, y si bien ella notaba muchas cosas, en los gestos, las miradas, sobre todo en lo que las personas callaban, no hablaba de ello. Sabía que casi nunca la gente quiere que se le diga lo que no quiere saber. Bueno, el hombre la dejó ahí, frente a la puerta, y llamó con la misma urgencia con la que aporreó la vieja puerta de la cabaña. La puerta se abrió, dejando ver una rendija de luz, la cara asustada de la mora que le había pintado las manos y sonido de lloros al fondo... el hombre se retiró y Magdalena entró. Recorrió el pasillo que ya conocía, subió las escaleras detrás de la mujer que la guiaba con una palmatoria...

—¿Qué es una palmatoria?

—Es como un candelero, pero con un asa... así no cae la cera en la mano. Pero sigo; Magdalena entró a un cuarto donde se oían gemidos, olía a cerrado, a sudor, a muchas cosas que huelen en un parto, pero sobre todo, olía a miedo. La señora Soledad, se acercó, y le habló bajito al oído; la chica era muy joven, primeriza, se la habían traído hacía menos de un año, y un hidalgo de Segovia se aficionó a ella, tanto, que la reservó para sí; solía visitarla a menudo, el hijo era suyo y como no tenía otros, quería llevárselo el bastardo y

criarlo en cuanto pudiera. Pero el parto vino mal, la chica había perdido mucha sangre y el niño no nacía.

—Abuela, ¿y qué es un bastardo?

—Es un niño que su papá y su mamá no están casados.

Bueno; Magdalena se acercó a la cama; la chica era apenas poco más que una niña, menudita, con una enorme barriga y muy, muy pálida. El pelo negro, empapado en sudor, le rodeaba la carita y la empalidecía aún más. Se había desmayado,ería por el dolor, pensó.

—¿Cuánto hace que empezó?—preguntó.

—Esta tarde rompió aguas— respondió Soledad—aún era de día; creemos que aún no es su fecha— añadió.

Magdalena tomó la mano de la niña— estaba sudada y fría. En esa mano, no sintió aliento de vida; la chica iba a morir. Era parte de su don, aunque muy duro, percibir cuándo la muerte se había instalado en una persona con solo tocarla o mirarla a los ojos. Y aquí había otra vida en juego. Y, sintió, con una punzada en el corazón, quizás alguna más que la del niño en camino. Pero, desechó ese pensamiento; palpó el abultado vientre, demasiado grande le pareció para ser prematuro; y demasiado ancho, estaba como desparramado hacia los lados. Notó una cosa redonda y dura a cada lado. Deslizó las manos por el vientre, poco a poco sintió dos latidos diferentes. Pidió agua limpia, se lavó las manos, e introdujo unos dedos a través del canal del parto. Estaba casi cerrado. Lo suyo sería ponerla a andar, para abrirla, pero tan débil como estaba no sería posible.

—No se abre, está muy cerrada— informó a la señora Soledad.

—¿Y no puedes sacar al niño?

—Intentaré que se abra con algunas hierbas; pero si se pudiera poner de pie, caminar, eso sería lo mejor. ¿Por qué está tan débil? ¿Hace cuánto que no come bien?

—Desde el principio; ha vomitado todo el tiempo, nunca ha comido bien desde que se preñó. Traga algo y al rato lo echa.

—¿Y cómo no me habéis avisado antes? Bueno, no importa. A ver qué podemos hacer ahora. Por lo abultada que está, creo que son dos, se toca más de una cabeza, y laten por dos sitios. Esto suele hacer que la mujer vomite durante más tiempo... pero están atravesados, así no podrán nacer. Traed agua caliente, y si tenéis, aceite, hay que preparar compresas para calmar el dolor y relajar el vientre para intentar colocarlos pero es muy difícil, esto hay que hacerlo antes que empiecen las contracciones...

—¿No será mejor una infusión, o mezclarlos con vino como has hecho otras veces?

—Ha perdido el sentido, así que no podrá tragar. Suele pasar cuando el cuerpo no soporta el dolor, y no sé si podrá recobrarlo, como están atravesados, las contracciones no ayudan al parto, sino que la cierran más.

Pero, por más que le puso compresas de hierbas en el vientre, en la frente, y masajes con las manos y paños calientes, las contracciones no cesaban y no fue posible colocarlos para nacer.

La niña— que lo parecía cada vez más, según se le afilaba la carita— recobró el sentido un par de veces, en los que a duras penas pudieron ponerla en pie, sujetándola entre varias. Las mujeres se turnaban para sostenerla, pero no pudieron hacerla caminar. En cuanto lo intentaban, volvía a desmayarse.

Amanecía cuando dejó de respirar. Magdalena, sabía qué debía hacer,

una vez vió a su abuela, abrir el vientre de una parturienta que acababa de morir para sacar el bebé. Pidió el cuchillo más afilado que tuvieran, y abrió una herida por donde sacar a los niños. Como estaban atravesados, primero tocó un costado, deslizó la mano hasta encontrar la cabeza y, con mucho cuidado, tiró para sacarlo. Cuando salió, la carita estaba azul; Magdalena metió los dedos en la boca, sacó un pegote de moco, le limpió la nariz, le sopló su aliento en la boquita, y de pronto el niño lanzó un vagido débil, pero al menos, respiró. Ella cortó el cordón umbilical, se lo entregó a Soledad y metió de nuevo la mano; esta vez encontró un brazo. Despacio, buscó el otro, después la cabeza, y fue tirando de ella hasta sacarla. Pero, por más que le limpió la boca, le sopló aire como al hermano, no consiguió que respirase.

Se lo entregó a una de las mujeres y se volvió al primer niño; era un varón; muy pequeño, respiraba, pero con mucho esfuerzo. Se le veían las costillitas subir y bajar como un fuelle desbocado...

—¿Qué es un fuelle, abuela?

—Es un aparato que al abrir y apretar, arroja aire, por ejemplo para avivar el fuego... pues así respiraba. Magdalena pensó que mejor sería darle un bautizo rápido, no le gustaba nada el sonido de su respiración. Y además estaba tan fláccido... se quedó allí todo el día, hasta que el niño dejó de respirar. El sacerdote no quiso venir a esa casa, así que le dieron el agua del socorro al pequeño.

—Abuela, ¿por qué el cura no quiso venir a esa casa? ¿Qué clase de casa era, que había tantas mujeres, como en mi colegio de monjas, pero estaban embarazadas? Y, ¿qué es el agua del socorro?

—El agua del socorro es una especie de bautismo de emergencia que

se le daba a los niños que nacían y se morían enseguida. Eso le pasó a mi hermana mayor, ¿sabés? La llamaron Isabel, como su abuela...

—Sí, eso ya me lo contaste una vez. Pero, ¿qué clase de casa era esa, tan rara?

—Era una casa, donde los señores iban a ver a las mujeres, nenita, a estar con ellas... Eso es. Allí las visitaban...bueno, todavía hoy... por eso el cura no quiso ir, no era una casa “buena”. En fin, que cuando Magdalena se marchó de allí era ya noche cerrada, otra vez. Pero esta vez, el jinete, que había permanecido dentro de la casa todo el día, no la acompañó. Ella llegó a su cabaña, tan cansada, que ni siquiera tocó el potaje de la noche anterior. Se tendió sobre la cama y se durmió de inmediato. Pero se despertó sobresaltada sin saber por qué. Escuchó. Sólo el silbido del viento se colaba entre las rendijas de la puerta y del ventanuco. Pero algo le susurraba peligro. Volvió a escuchar; no, el aviso no venía de afuera. Venía desde adentro. Adentro de ella. Venía de su corazón, de allí donde hablan los dragones...temblando, se abrazó a Maruza, que había subido a la cama. Como otras veces en que las que no había logrado ayudar a salvar una vida, repasó una y otra vez cada momento del parto, buscando los errores que hubiera podido cometer...

—Abuela, ¿vos creés que mamá y papá también hacen eso cuando les muere algún enfermo?

—Sí mi amor...es inevitable, que si te importa la gente, te preocupes de asegurarte que has hecho todo lo posible, y que lo has hecho lo mejor posible, lo mejor que sabías. Aunque la gente se muere, como el abuelo, ¿te acordás del abuelo?

—Si...me acuerdo de su bigote blanco. Y de cómo le gustaba que le

cebe el mate. Y mientras me contaba historias también, como vos. Pero seguí, no quiero dormirme sin saber cómo termina.

Pues que unos días después, mientras recogía leña, vino Ambrosio, el hombre de confianza de Soledad. Le dijo que el hidalgo segoviano fue a denunciarla al cura por bruja. Porque según decía, fue ella quien malogró las vidas de sus hijos con algún conjuro, o con sus hierbas. Y además, había abierto aquella herida por dónde sacó a los niños. Y el cura, que ya la tenía entre ceja y ceja por los potingues y los rezos que hacía al curar y porque no solía asistir mucho a la iglesia, dio aviso al Santo Oficio. Estaba esperando que llegara el inquisidor, pero habían armado gente para ir prenderla. Soledad, que le tenía aprecio, le aconsejaba marchar de allí lo antes posible.

—¿Y la gente el pueblo?—preguntó ella, con un hilo de voz— las mujeres, los hombres a los que asistí tantas veces...

—Tienen miedo Magdalena— dijo Ambrosio— la gente comenta cosas, como esa historia de que tu abuela, ya anciana, te dio la teta, todavía hay quien se acuerda; además has curado gente que los médicos desahucieron, son cosas que no entienden. Tienen miedo y además, muy fácil es creer lo que se te dice, si quien lo dice es alguien poderoso. Resulta que ese hombre, es pariente del alguacil mayor de Segovia. Es mejor que te vayas, pronto, y bien lejos...

Magdalena se quedó helada. Era el aviso que recibió del dragón. Era muy difícil librarse de una acusación como esa. Se sabía de algunas personas que lo lograron, pero después de largos tormentos en las celdas, con el destierro, o quién sabe qué otros castigos. Hacían una cosa que se llamaba ordalía, según la cual, por ejemplo, te metían al agua de un río, o un lago. Y si flotabas eras una bruja, y si te hundías eras inocente.

—Pero te moriste igual.

—Pues sí. Era imposible salir sana y salva. Todo eso se le juntó a Magdalena en la cabeza. ¿Qué hacer? ¿Huir? Y, ¿a dónde? Pedro, su marido el buhonero, había desaparecido hacía tiempo; lo encontraron muerto de una paliza junto a un camino; le habían robado las pocas ganancias que traía de su viaje...aún lo echaba de menos; su paciencia, sus caricias, su buen hacer con las gentes, tan importante para el comercio, pero sobre todo para la convivencia. Y su única hija María, había emigrado a las islas hacía tiempo; la echó de menos, sobre todo ahora, la abrazaría tanto, tanto..., pero, mejor así, al menos estaría a salvo de verla morir, o incluso que la juzgaran a ella también. Y, quién sabe, si habían descubierto esas islas, quizá hubiera otras tierras más lejanas donde no la encontraran. Magdalena deseó con toda su alma, que su hija se fuese lo más lejos posible; habría algún lugar donde se pudiera vivir de otra manera.

—¿Como aquí, abuela?

—Sí mi hija, sí nenita. Como aquí.

—Ah, ¿entonces la hija de Magdalena vino a América?

—Y no sé; a lo mejor, si ella no pudo, fueron sus hijas, o sus nietas...

Pero sigo, ya falta poco. Magdalena lo pensó un día y otro día recorriendo el bosque. Caminó durante días, comiendo bayas, bebiendo en los arroyuelos, durmiendo como podía en el hueco de algún tronco o en un refugio de piedra o de pastores que se habían ido al sur con los rebaños. Con Maruza a cuestas, atravesó caminos sin rumbo fijo, huyendo de la proximidad humana. Dio vueltas en círculo, siguiendo una especie de camino interior. No se sentía con fuerzas para dejar su pequeña cabaña, a Maruza, que era la única compañía

que le quedaba. A sus bosques, los árboles que le daban paz, al río que discurría cerca y detrás de la cabaña y que le hablaba con su voz cristalina. A la tierra que la vio nacer, a ella, a su madre, a su abuela, a toda su estirpe, y que había inscrito en ellas la certeza de ser quienes eran. Además, se sentía vieja. Sus doloridos huesos no querían moverse más. Maruza estaba vieja y ella también.

Un amanecer, llegó sin saber cómo, a un sitio conocido como el prado de la Lastra. Y allí, se sentó en una piedra, y le preguntó qué hacer. Al rato, la invadió un sentimiento de pertenencia, de raíz, y de que en realidad, la muerte no importaba, porque era imposible morir. La piedra estaba ahí, cambiaba, se rajaba o se pulía con las lluvias, no más. Y un buen día, desaparecería como piedra, se convertiría en arena. Entonces le habló el río; le dijo que nunca era el mismo. Que sus aguas subían y bajaban desde la tierra a los cielos y de nuevo a la tierra. Que el ciclo no cesaba, que las aguas siempre eran distintas pero a la vez las mismas. Y el viento le susurró sus caminos; el viento, que se inicia en las hojas de los árboles, en las pequeñas hierbas que ella recogía. El viento, que es, pero va y viene entre tantos mundos que sus ojos nunca verían, pero ella sí, porque ella no era ni sus ojos, ni su cuerpo, ni siquiera sus recuerdos... Y la tierra también le habló. La Tierra sobre la que había caminado tantos años, la tierra que albergaba los cuerpos amados de su madre y su abuela, de su Pedro, con sus ojos claros que la miraban desde alguna parte, sus manos grandes, fuertes, que la llamaban... La tierra que alguna vez acogería a su hija y a sus nietas durante años sin cuento...y decidió que ese era su lugar y su momento. Y llamó a su dragón.

Y el dragón la escuchó. Y a la vez escuchó el mandato del jefe de todos los dragones: “¡Nunca intervenir en los asuntos de los humanos!”. Pero, desde

detrás de las nubes, la vio en aquel prado, sola. Con pequeñas piedras, había trazado una espiral sobre la tierra. Para los antiguos, la espiral simbolizaba la vida, la eternidad, el renacimiento. Magdalena estaba allí, en el centro, los brazos en alto, danzando, como si de pronto los años ya no le pesaran, como si sus huesos se hubieran vuelto ligeros...

Venían soldados a caballo, se acercaban al galope, detrás iban algunos aldeanos, daban gritos para animarse, algunos portaban picos, otros las orcas de labranza. Subían la cuesta a la carrera, con dificultad entre las piedras. Los perros llegaron antes, pero se detuvieron de golpe al llegar a las piedras. Ni uno sólo se atrevió a entrar. Los jinetes se habían desperdigado fuera del sendero, rodeando la espiral de piedras; sin duda temían que ella escapase. Ella danzaba, parecía flotar, convocando al aire, y a su dragón. Y su dragón llegó; a su pesar. Pues él amaba a esta mujer más de lo que nunca podría amar a ningún ser vivo. Y no quería. Se resistió cuanto pudo. Pero la gente estaba cada vez más cerca, ya la veían entre los arbustos, danzando, su figura tan frágil, tan sola.

Entonces, Magdalena empezó a cantar. Primero muy suave, nadie más que el dragón pudo oírla. Despues, cada vez más alto, mientras su cuerpo giraba cada vez más rápido, sin moverse del centro, sólo giraba y cantaba aquella canción. Cantaba en aquella lengua que ya nadie recordaba, el canto en que invocaba la ayuda del dragón sinapelación posible.

Fue lo último que su abuela le enseñó antes de morir. Por si algún día lo necesitase. La canción que todas las mujeres de su estirpe guardaron como un refugio.

Aquél canto que el dragón nunca pensó escuchar en sus labios, pero al

que no podía resistirse. Aquellas antiquísimas palabras estaban grabadas en su sangre. Estaban unidos desde el origen. No podía desobedecer. Pero, tampoco debía intervenir en los acontecimientos humanos, torcer sus destinos. Esta también era la ley de los Dragones. ¡Ah, pero esta vez se trataba de ella! Era ella quien le necesitaba. Ella, quien nunca le había pedido nada para sí. No podía negarse, abandonarla a la turba, a los golpes, la humillación, la tortura, a la hoguera...después vería cómo responder ante los suyos.

Los soldados estaban ya ante el círculo. Pero sus caballos se negaron a avanzar. Los aldeanos llegaron también, y se detuvieron. La miraban fascinados, aquella mujer casi anciana en su danza etérea y preciosa, el ondular de sus cabellos parecía seguir la melodía; aquella canción en una lengua desconocida que parecía un lamento y por momentos una canción de cuna.

Aunque no tardarían en romper el sortilegio que la protegía allí dentro. El dragón estaba detrás de la nube, reuniendo valor. Entonces, un hombre gordo saltó dentro del círculo dando un grito para ahuyentar su miedo. Y el dragón bajó. Bajó hacia ella tan rápido como pudo. Nunca un dragón voló tan rápido. Hasta que estuvo sobre ella. Invisible en el aire, nadie más que ella pudo verlo. La miró una vez más. Necesitaba verla, los ojos entrecerrados, su cuerpo girando sin parar, los cabellos serpenteando alrededor, los brazos abiertos manteniendo el giro, abrazando al mundo. Y su voz, un hilo de plata que le urgía sin cesar. Entonces abrió las fauces; brotó una llamarada que la envolvió. Y Magdalena desapareció.

—¡Abuela! ¡Estás llorando!

—Sí nenita. Es la primera vez que cuento esta historia. Pero vos

también estás llorando.

—¿Y Maruza? ¿Qué pasó con Maruza?

—¡Ah! Maruza nunca se separó de ella. Así que la acompañó en su recorrido del bosque, en su despedida, y se quedó junto a ella mientras convocabía al dragón. Y desapareció con ella.

—Entonces, Magdalena se libró de la hoguera de las brujas?

—Sí mi amor. Ella desapareció en otro tipo de fuego. En el fuego del Dragón. Hay quien dijo que así se convirtió en una de ellos. Y está allí, esperándonos.

—¿Y los dragones, abuela? ¿Qué fue de los dragones? Y, ¿qué le pasó a su dragón?

—Los dragones se unieron a las piedras de la iglesia del pueblo, que es la iglesia de La Asunción.

—¿La iglesia del pueblo de Magdalena se llama como nuestra ciudad? ¡Nosotras vivimos en Asunción!

—Sí mi nena; esa iglesia se llama de la Asunción. Y allí siguen los dragones, vigilando y cuidándonos a todos; pasaron siglos escondidos bajo el encalado para que no los echaran, porque la gente había llegado a pensar que eran seres malignos. Pero hace poco, y no por casualidad, sino porque son tiempos en los que los podemos necesitar, han vuelto a ver la luz. El dragón de Magdalena, como castigo por haber intervenido con ella, fue expulsado de su familia. Le fue prohibido entrar en la iglesia con los demás. Por eso se quedó en la puerta, y desde allí vigila.

—¡Ah! ¡Cómo me gusta ese cuento abuelita! Ojalá yo también pueda contarlo algún día.

—Claro que podrás mi niña, claro que podrás contarla...

—Entonces, ¿ahora ya puedo dormirme?

—Sí, mi amor. Ya podés dormirte.

La abuela le dio un beso en la frente y fue a apagar la luz del velador junto a la cama. Pero antes, recolocó las mantas sobre su nieta. Esta tenía entreabierta la camisa del pijama. Al arreglarla, la abuela vio una pequeña marca rosada junto a la tetilla izquierda. Tenía una forma extraña, como un ave de largo cuello flexible y larga cola. O un dragón pequeñito. Era igual a la suya. Y a la de su hija. ¡Ah! Su hija...sin duda le diría, “mamá, cómo se te ocurre contarle esta historia tan tremenda a una niña de su edad...” ¡qué manía la de los jóvenes de creer que los niños son seres a los que hay que meter entre algodones! Y bueno. Alguna vez tenía que ser. Según la tradición, cada abuela se la contaba sus nietas antes de morir. Y ella, quizá no podría esperar mucho más.

Elina Pereira Olmedo



EL PEREGRINO DE ROBLEDO

“La vida es breve, el Arte largo,
la ocasión fugaz, vacilante la experiencia,
y el juicio difícil”

Hipócrates

En el principio era el Verbo, así está escrito. También en el principio fueron las montañas y el espeso bosque: el pino silvestre y el abundante roble negro. El águila y el zorro; y también los ríos. Era la sierra del Guadarrama, que separaba las cuencas del Tajo y el Duero, y que la *Estoria de España* alfonssina llamó: “Sierra del Dragón”, acaso porque dibujaba con sus picos sobre el horizonte algo así como la espina dorsal del animal fabuloso. Porque también se escribió que Dios había hecho todo correcto y a su debido tiempo, y que había puesto en el corazón de los hombres el mundo aunque el hombre no llegue nunca a descubrir toda la Creación.

Hacia 1484, Martín de Linuella, clavero de la Orden de Calatrava, defendía las tierras de Jaén afectadas por las *razias* que, desde el reino nazarí, se lanzaban contra la Figuera de Martos y la villa anexa que los de la Orden de Santiago cedieron a los de Calatrava. Fue entonces que estuvo guerreando, *in partibus infidelium*, al mandato del capitán general Francisco Ramírez, a quién conocían como “el Artillero”, hombre notorio y de valía, y por ello muy respetado, quien se encomendaba con devoción al santo ermitaño San Onofre antes de cada batalla. Su segunda esposa era Beatriz Galindo, cultivada moza de cámara de Isabel de Castilla. Fue así que supo de la visita que la Reina

pensaba realizar a la villa de Robledo.

Para entonces, este calatravo, renegaba ya de los principios de servidumbre cortesana debidas hacia el maestre Pedro Girón, quien se había atribuido, para sí y su descendencia, tierras que pertenecían a la Orden. Lascivo y manipulador, lo mató un oportuno ataque de apendicitis en Villarrubia cuando iba camino de Ocaña para pedir la mano de la joven princesa Isabel de Trastámara. Nunca la gobernanza de Castilla hubiese estado tan en peligro sometida a la iniquidad y su ambición. Ahora, el maestrazgo de la Orden lo ostentaba Fernando de Aragón, lascivo y manipulador, que desposó a la joven reina Isabel de Trastámara; aunque tenía Fernando la prudencia de dejarle a su consorte los asuntos del Reino castellano que por la Gracia a ella correspondían.

Mucho antes de la clavería y la guerra, Martín de Linuella aprendió los dogmas de la religión cristiana. Su tío materno había sido catedrático de cánones en Salamanca, y enseñaba que la Ley del Templo no permitía otra práctica que la establecida. Los años, el estudio y las experiencias fomentaron la discordia de una teología forzada. Ya su creencia ahora estaba en que el laico Yeshua, a quien las Escrituras llaman Maestro y Jesús, era quien se había revelado contra esa Ley. Y así fue por ello blasfemo y herético, cautivo y crucificado.

“Mi antiguo compañero del Colegio de Anaya, Gonzalo Ximénez, era ahora Capellán Mayor de la Catedral de Segontia. Me recibió con gran cortesía. Nos habíamos tenido en mucha estima en aquellos años de estudiantes, aunque siempre me pareció algo terco y falto de erudición. Había asumido el nombre de Francisco en honor del fundador de la Orden en la que

hizo los votos. Pero es sabido que ningún siervo puede servir a dos señores, y el ahora Francisco Ximénez de Cisneros ya no vestía el humilde hábito como hacen los hermanos en “La Salceda”, sino que se cubría con capa pluvial y *capello romano*. Mostraba esa calma en sus maneras que da la seguridad de quien se sabe que será recompensado, más pronto que tarde, por la Providencia o, por otra parte, la conspiración de sus próceres.

Paseamos después de comer por la Catedral. En una de las capillas, la de la Concepción, había pintado un dragón sobre cada una de las nervaduras. Llegué a contar hasta dieciséis, uno por cada nervio. También había dos dragones forjados, enfrentados entre sí, en la puerta que daba acceso al claustro. Detuve mi paso varias veces para contemplar aquellas figuras pero, a pesar de ello, Cisneros no realizaba la más mínima observación, y continuaba con el recuerdo de sus años de crisis espiritual y su retiro en el convento; y de cómo el Amor de Dios y, pienso que acaso más (y no blasfemo), su amigo el cardenal Mendoza, le ayudaron a superarla.

Aquellos dragones me recordaban ciertas iconografías consideradas en otras iglesias y otros grabados; y en el cálido tapiz: Santa Marta, atando al dragón con una cinta; Santa Margarita, saliendo de la boca de la bestia con el devoto gesto de la persignación... También la leyenda escuchada en la frontera aurgitana sobre un enorme lagarto que salía de las fuentes que llamaban de “La Malena”, o de alguna gruta del cerro a cuyo pie se alza la ciudad de Jaén; ciudad cuyas calles exteriores, adarves y huertas dan el contorno de algo que se parece a la silueta de un dragón. Doy fe que he visto la piel de ese lagarto (el héroe una vez más mató a la bestia) colgada del techo de una iglesia extramuros como prueba del triunfo del bien sobre el mal”.

El caballero salió de Segontia y atravesó la comarca de Guadalajara, siguiendo la ribera del Henares, pasando a la de Segovia. Aún vestía sobrevesta con el escudo de Calatrava sobre el pecho, pero ya no lo cruzaba el tahalí sino el asa de una bolsa de cuero. Rodeó la villa de Magerit que marcaba el límite con el territorio del Islam. Del sexmo de Casarrubios, recorriendo las laderas de la sierra entre alisos y canchales de granito, pasó a Valdemaqueda sorteando las pequeñas gargantas y encajamientos del río Cofio que, en un punto de su cauce, discurría bajo los vanos de losas planas del Puente Mocha. Por él cruzó Martín de Linuella. Robledo quedaba a poco más de una legua. Divisó, al fin, las fachadas blancas de sus casas con zócalos de piedra y aleros de madera; y tejas árabes en muchas de ellas. Se acercaban los días en que la amada reina Isabel, a quien Dios guarde, iba a ser recibida por las autoridades. Su habitual residencia del Torreón de Fuentelámparas estaba ya dispuesta, y toda la villa se afanaba en un acontecimiento que prometía (y acaso fuera lo que más determinaba) dádivas y la exención de gabelas, que se solicitaban para la guerra de Granada, a los robledanos, cuyas tierras de realengo sufrían de ciertas usurpaciones por parte de nobles.

Subió por una colina suave sobre los restos de una antigua calzada romana, cuyo origen bien pudiera ser Zarzalejo, y entró en la Villa. La iglesia se asentaba en un altozano, y junto a ella, se alzaba un campanario con ocho atalayas que, vistas desde el Molino Viejo, parecieran ocho vigilantes, ocho en vela. Y alrededor de la iglesia: la plaza, el mercado y las casonas.

“La travesía había sido larga y difícil, pero la iglesia estaba abierta y preferí ver los dragones que allí se pintaban al descanso. Supe en Segontia acerca de un pintor de esa ciudad al que habían encargado en Robledo pinturas

de dragones, como los que adornaban las bóvedas de la Capilla de la Concepción. Entré al oratorio y adiviné al pintor que bosquejaba algo con una mina de plomo sobre un papel apoyado en un tablero. Junto a él otro hombre reparaba un andamiaje. Alcé la mirada, y vi una fabulosa bandada de dragones pintados al fresco sobre la plementería de ladrillo de las bóvedas. La llama de las velas resaltaba sus colores ocre, rojo y verde, y era como si flotaran en un cielo nocturno y mágico. Pero era admirable que no estaban pintados sobre la crucería de la bóveda, como en otros lugares así era; más bien, cada nervio los dividía. De modo que, cada dragón, a un lado y otro de la nervadura, pareciera que la sujetara y le diera fuerza, y que la abrazara, que es ese al fin, y no otro, el significado de Leviatán como nos cuenta el profeta Isaías. Pude deducir fácilmente el simbolismo en todas aquellas imágenes, porque eran treinta y dos los dragones pintados. Treinta y dos son también las piezas del ajedrez al inicio del juego infinito, donde dos luchan y se aman en sesenta y cuatro derroteros negros y blancos. Treinta y dos son también los caminos de la Sabiduría que narra el Pentateuco. Y el Mapa de la Creación es representado con diez esferas y veintidós senderos.

El nervio, en definitiva, era el Árbol de la Vida cuyas ramas eran los dragones que sostenían la bóveda celestial; el Árbol cuya fruta prohibida guarda el dragón. Y era también el “Lignum Crucis” donde fue condenado un justo y laico galileo que se opuso a los Maestros de la Ley. Cuenta el “Evangelio de la Infancia” que entre Tito y Dúmaco; el bien y el mal a uno y otro lado”.

- ¡Es una blasfemia! No había necesidad de esta profanación, ¿no os parece?

Admirando, como estaba, las pinturas de la crucería, no advertí que se había acercado un hombre de mediana edad que vestía manteo clerical negro, que le protegía del frío de aquella sierra, y bonete también negro con borla morada.

- ¿No os gustan los dragones que se están pintando?, le pregunté.

Me respondió que por algo San Miguel y sus ángeles expulsaron al dragón del Reino del Cielo.

- Pero estas cosas de don Diego y su maldita Orden del Dragón..., añadió sin temblor y con mucho desprecio.

- ¿La Orden del Dragón?

Me miró y se fijó en la enseña roja sobre mi pecho; advirtió mi sincera sorpresa, y me preguntó que de dónde venía. Le hice saber que había viajado desde Segontia, y que allí, en una capilla de la Catedral, también vi pintados dragones en las cúpulas. Me dijo que consideraba que aquello eran mensajes de otros tiempos para que se tenga siempre presente que los hay que desean el mal y se oponen a la santidad. - Porque los dragones, continuó, siempre fueron percibidos como malvados, ya que eran la representación del pecado y su fuego simbolizaba el infierno.

Pude apreciar, en la penumbra de la iglesia, la rigidez que habían tomado sus facciones. Y persistió con exaltación. - Pero hay un arma poderosa contra el infierno: ¡el rosario!, el rosario abate las herejías y limpia el alma de los vicios. Creí ver en su razonamiento, la intolerancia de quien vive aún en los tiempos de Nehemías, y para quien los rezos y las ofrendas son la única forma de sanación espiritual, y que no comprende que esa curación no debe venir de

fueru sino de dentro. Es quizá por ello que el cura se creía en la obligación de reparar el pecado, como si fuera encarnación de San Miguel o San Jorge, y vencer a los dragones de la iglesia maldiciéndolos. Y tuvo además a consideración advertirme del peligro de las reuniones que, en aquellos días de falsa virtud, ciertas mujeres del pueblo hacían en los montes vecinos invocando al demonio, -jesas brujas que renuncian a la fe que es suya por el bautismo!

Cerró los ojos por un momento, se santiguó, y rezó una oración en voz baja. Más relajado, cambió el tono de su conversación, y me preguntó si conocía a don Diego. Le respondí que no, pero que tenía intención de visitarlo esa mañana por asuntos que me habían llevado hasta Robledo. Inquirió si tenían que ver con la visita de la Reina y mentí que sí. Me explicó que era don Diego quien había encargado aquellos dragones como un presente para la Reina. - Me pregunto para qué querrá doña Isabel estos dragones, -dijo. Intenté argumentar que bien pudieran ser porque los dragones fueron insignia en el Imperio romano y que, así mismo, figuraban en los estandartes de los poderosos reyes germánicos. De modo que cada visita, le expuse, que la Reina hiciera a Fuentelámparas, se sabría halagada por el pueblo. Volvió a sentirse indignado, y me replicó que no les mandaba hacerles mercedes sino castigar la insolencia y los actos de villanía de los enemigos de la iglesia católica, que era la única y verdadera. Y le oí murmurar entre dientes: - *deleantur de libro viventium et cum instis non scribantur*¹.

Callé; por mi parte, ya desde mis tiempos en Salamanca, negaba de la validez de ciertos sacramentos, acaso por ese elemento material que el clero se

¹Que sean borrados del libro de la vida y no sean inscritos con los justos. (Salmo 69)

ha arrogado para administrarlos, dando más valor a la confesión que a la caridad; y porque, además, me oponía a las disposiciones que desde Roma impulsaban ya la Inquisición.

Me aprestaba a despedirme y salir de la iglesia cuando me demandó, con cierta solicitud y zalamería, si fuera casualidad que hubiese tratado en Segontia al Capellán Mayor, Cisneros. Le respondí que por supuesto, dado que, por demás, habíamos sido compañeros de estudios. Noté un brillo en sus ojos a la luz de las velas como el que hay en los ojos de esmeralda de los dragones; y me requirió que, dado que se oía que Cisneros sería nombrado pronto cardenal, me pedía, humildemente, que considerara la posibilidad, a través de él, de acceder al deanato de la Catedral de Ávila cuya silla quedaba vacante. Le hice ver que perdiera cuidado, y nos despedimos, dándome las gracias con muchas reverencias, cortesías y celebración de quien cree ya haber sido favorecido, y rogándome que, como buen cristiano que era, acudiera a la misa del día siguiente.

No desmerecía aquel cura de los zelotes de tiempos de Jesús. Y así, era ya mi credo, me reafirmé en que había dos iglesias: la carnal y jerárquica, la de Cisneros y este sacerdote de aldea; y otra espiritual, la primera.

“El caballero villano don Diego Ramos de la Vega habitaba en una de las casonas de la calle Traspalacio. Una, al parecer reciente, aldaba de bronce representaba un uróboro. Golpeé tres veces con el llamador la vieja puerta de madera. Un criado me abrió y me dijo que don Diego acostumbraba a esa hora a jugar al ajedrez en casa de un amigo pero que esperaba mi visita y le rogaba que fuera, si coincidía el momento, allí, do la partida, que sería bienvenido y agasajado. El mozo se ofreció a acompañarme. Caminamos un rato en

silencio. Al fin, me preguntó, con esa mezcla de curiosidad e indiscreción de cierta servidumbre:

- ¿Vuestra merced pertenece también a la Orden del Dragón, como mi señor?

Era la segunda vez que oía hablar de esa Orden, pero fingí sorpresa y negué.

El muchacho continuó: - antes que vos ya vinieron otros caballeros desde Segovia; recuerdo a uno de ellos hablando con acento extranjero...

Preferí no averiguar mucho más; llegábamos al destino, y tampoco es que me importaran mucho los asuntos personales de don Diego, aunque había de reconocer que sus consecuencias, respecto al encargo de las pinturas de la iglesia, eran para mí un sucedido valioso”.

“Las alfombras y el bakoor. La túnica y el turbante; la mano en el pecho y el salamalek, casi siempre innecesario por lo teatral. Era Omar un almorávide de notable estatura, y rubio, quizá por algún origen en doncellas cristianas navarras, o las que suponían el tributo del Reino de Asturias antes de que Mugait fuese vencido.

Tenían una partida comenzada cuando llegué. Don Diego jugaba con negras, y su estructura de peones en el tablero recordaba vagamente la cola de un dragón. Advertí en ello una defensa peligrosa pretendiendo asegurar la defensa de su rey en el audaz ataque de las blancas. No obstante, resolvieron terminar en tablas, y supuse que, para ambos, el rito del ajedrez era no sólo una metáfora de las artes militares sino también de la ética, y que el juego no era más que la excusa de compartir la amistad infinita en la vida, igual que se relacionan las piezas en un tablero, posponiendo así continuamente la victoria

del uno sobre el otro.

El infanzón don Diego me habló de las disposiciones para el recibimiento de nuestra reina Isabel. Y que entre los homenajes en su honor, estaría una partida de ajedrez a la que, era bien conocido, desde su instrucción en la infancia tanto se había aficionado.

-¿Acaso también los dragones de la iglesia son parte de la celebración?, pregunté.

- También los dragones. Sonrió y añadió: - Entiendo que ya los habéis visitado.

Opté por volver de nuevo sobre el tema del ajedrez y expuse que, por mi parte consideraba, desde hacía un tiempo como jugador, que el movimiento del *firzan* tenía una capacidad escasa para defender al rey, sobre todo cuando se movía el peón de caballo como había apreciado en la partida que acababan de jugar. Mi idea era sustituir aquella pieza por otra, y que tuviera el privilegio de poder abarcar todo el tablero; y así, al igual que nuestra señora Isabel, a quien Dios guarde, recorre el Reino, parecióme oportuno que ese trebejo fuera representado, y nombrado, con el aspecto de una reina, *la regina*, y fijado al lado del rey. Una nueva regla del juego, argumenté, que seguramente la complacería al verse en ella personificada.

Tuvieron a bien don Diego y el árabe aceptar la sugerencia y, puesto que era llegada la hora de comer, nuestro anfitrión dio dos palmadas y, al punto, acudieron en fila una docena de sirvientes portando bandejas con platos de mayólica con alimentos: guiso de carnero con nabos y huevos de codorniz especiado con azafrán y cilantro; castañas, nueces y palmito; trigo cocido con leche; gachas condimentadas con aceite; buñuelos de queso; fruta reciente; el

pan de adárgama; y el afrodisíaco hinojo fresco. Uno a uno, fueron colocando los platos, y el imprescindible aguamanil, sobre una gran mesa baja y redonda situada en el centro de la estancia y rodeada de cojines. Omar, burlón a veces, comparaba los alimentos con las formas del cuerpo femenino; y mientras yo preferí una infusión de cardamomo y canela servida de una tetera de alpaca aljamiada, ellos celebraron un, al parecer, excelente vino bético, porque era razón, nos dijo el musulmán, que el Profeta (cuyo caballo asciende al Cielo gracias al aliento de un dragón) condenaba la embriaguez, pero no el beber vino, que procede de la vid y recompensa al piadoso. Por una puerta lateral entraron luego unos músicos: el rabel y la zuma, el ney y el bendir. Fue así por un tiempo el arte del tarab sublime pero también el popular zéjel. Un juglar cantaba:

*“Al alba venid, buen amigo,
al alba venid...”*

Salimos de allí ya al atardecer. Don Diego tenía a bien acogerme en su casa luego de la carta que don Francisco Ramírez le escribiera. Era una casa amplia pero, a diferencia de la que acabábamos de dejar, resultaba escasa de mobiliario. Destacaba un armorial sobre un atril en la biblioteca y dos grandes candelabros de hierro a lo largo del corredor. Se había dispuesto que mi habitación fuese la que quedaba al fondo de una crujía con paramentos de sillar. Las paredes estaban cubiertas de telas para combatir el frío, que suele ser habitual por las noches, y la única ventana era pequeña y cerrada con pergamino. Me recosté en la cama, que tenía paramento de lienzo en derredor,

sobre las *cobiertas*, y me tapé con una manta de lana delgada. Ese privilegio me había sido vedado desde que abandoné Segontia, y así fue que reposé bien durante muchas horas cansado como estaba de tantas jornadas.

Al día siguiente volví a la iglesia, mucho antes de la hora fijada para la misa, y encontré al pintor preparando el mortero de cal. Luego, se subió al andamio ayudado por el carpintero. La sinopia reproducía un dibujo hecho con samguina sobre un papel grueso, que había realizado previamente, y que se encontraba sobre una de las bancadas. Comenzó a aplicar los pigmentos, que a veces caían sobre sus ojos y le dificultaba la tarea por no poder dejarla para limpiarse, a riesgo de que el color fuera pronto absorbido. Me pregunté cuáles habrían sido sus otros encargos antes de los dragones de la iglesia de Robledo. Tal vez Vírgenes y ángeles, pero acaso también demonios vencidos por San Miguel, y retratos de grotescos cardenales dominados por la lujuria y la gula. No evidenciaba, sin embargo, tener afán de lucro ni aspirar a la gloria, menos aún, merecer la benevolencia del poderoso. Había algo en su obra que parecía realizar en un secreto que formara parte de su sangre”.

Poco a poco fueron llegando los fieles y el pintor bajó del armazón. De una de las capillas laterales apareció el preste con casulla roja, bajo la que llevaba una túnica blanca y un amito que le cubría la cabeza, bendiciendo a los asistentes con un hisopo cuyos arbustos estaban atados con una cinta también roja. Dos acólitos le seguían vestidos con sayo pardo, uno balanceaba un incensario y el otro portaba un cirio. Se situaron frente al retablo de la Asunción (*;Mariam semper Virginem!*), se quitó la casulla y la extendió sobre el altar de celebraciones; y luego, se giró hacia los devotos robledanos y abrió una puerta de la celosía que separaba los bancos del presbiterio, y comenzó su

sermón con palabras ásperas, puede que violentas, amenazando con todo lo que prohíbe (y no compromete). A veces miraba hacia las bóvedas donde los dragones aparentaban agitarse entre la atmósfera turbia del incienso, el humo y la llama de las velas, y el halo de las lámparas de aceite. Lo elevado y lo sublime a uno y otro lado de cada nervadura; (*... per quem omnia facta sunt*). Y era como si soltaran sus lenguas de fuego sobre cada uno de los asistentes en un nuevo y diferente Pentecostés. Un escolano guiaaba la secuencia:

*¡Veni, Sancte Spiritu,
Et emitte caelitus
Lucis tuae radium”*

Pero sintieron miedo. Porque veían en aquellos seres a la serpiente del Paraíso con la que les atemorizaba la severidad extrema del sacerdote, y no a los protectores de sus humildes cosechas.

Se santiguaron todos, (*confiteor Deo omnipotenti quia peccavi nimis....*). Se volvió el clérigo de nuevo hacia el retablo y se colocó la casulla, y con el turífero, formando la señal de la cruz sobre ellos, bendijo el cáliz y el Sacramentario. A continuación, cruzó los brazos sobre su pecho y se reclinó ante las Escrituras. Besó el altar y cogió de él el platillo redondo de la consagración, y se giró exhibiéndolo al pueblo y significando una cruz varias veces sobre su frente, Luego, ya otra vez sobre el altar, colocó en el platillo una delgada oblata y la hizo muchas partes. Tomó una de ellas y, haciendo otra señal de la cruz sobre el cáliz, la introdujo en él, la mojó y se la llevó a la boca. Y con el cáliz en alto, marcó una nueva cruz en el aire y bebió su contenido. Se dirigió entonces a una pequeña hornacina que había junto a la sacristía y que guardaba otro cáliz con el pan ácimo para la comunión de los devotos.

Terminada la comunión regresó al altar, y lo besó; cerró entonces los Textos Sagrados y, otra vez, se dirigió a las gentes mostrando la patena de la consagración; y fue por un instante que sus ojos se cruzaron con los ojos llameantes y sin párpados de los dragones de las bóvedas y, espantado, como ante un basilisco, desvió la mirada. Se santiguó con gesto acaso de culpa (¡él, que perdonaba los pecados!, y encubría los suyos) y se marchó rápidamente hacia la sacristía.

“Salí de la iglesia pensando en la humanidad y sencillez de aquellas gentes de Robledo, y cuyas costumbres no pueden ser aplicadas a los importantes, que pierden las virtudes cardinales, sino que es al pueblo, que pierde las teologales.

Me encontraba solo en Robledo; Ramos de la Vega estuvo menos afable aquella mañana y se excusó varias veces. Entré en un tugurio y pedí un cuartillo. No fue nunca de mi agrado beber en compañía; no lo hice en la casa de Omar. Me sirvieron un moscatel de Fuencarral y bebí de seguido dos cortadillos del brebaje. Pero acostumbran a decir que el mejor vino es la tercera copa...

In taberna quando sumus; había cristianos, árabes y judíos; no se había desatado allí aún, como en otros lugares, la locura del comercio de actas que acreditaban la limpieza de sangre. Sonaba al fondo una melodía acompañada por el adufe. Y me sentía feliz lejos de la contienda, de la mojigatería del cura y del esmerado orden de don Diego. Y fue así tal que, “*bibit iste, bibit ille*”, pensé en proponer, para los recibimientos a la Reina, un festejo taurino que se sabía era del agrado, en muchos lugares, de las gentes, que buscaban en ello el desahogo, oprimidas como estaban por la miseria, las

enfermedades y la guerra”.

Había en la fiesta una regulación aristocrática que se había apropiado de lo simbólico y separado al pueblo de la tradición y el rito. Por su parte, la iglesia lo vinculaba a sacrificios paganos. Al vulgo, sin embargo, le gustaba el espectáculo porque su desorden provocaba a la Autoridad, cuyo dominio sobre la plaza significaba que lo era también sobre la plebe.

Pero eran tiempos en que la nobleza iba perdiendo poder ante la Corona. Tal vez por ello, don Diego Ramos de la Vega, medraba en esa inestabilidad, de modo que en aquella Orden del Dragón a la que pertenecía, había un sentido político más que religioso, y por eso era razón que Martín de Linuella desconfiara de él.

“Juzgó don Diego a bien aceptar mi propuesta cuando le referí sobre las corridas de toros que se organizaron en la Casa Real de El Pardo con motivo de la visita de nuestro rey Enrique a Magerit, y de cuánto fueron celebradas por su hermana, nuestra hoy reina Isabel. Y de este modo, el Concejo sufragó el coste, de tres mil maravedíes por cabeza, de dos ejemplares de toros que el carnícero del pueblo se encargó de comprar en Cebreros. Eran de buena estampa; uno era negro, astigordo y corniveleto; el otro era cárdeno claro, y algo abrochado en cuerna. La capa de aquellos toros, y acaso su comportamiento en la lidia, no evitaba la comparación con las túnicas y el proceder del cura y Cisneros.

Puso el noble la condición de que fuésemos nosotros dos quienes lidiásemos, y acepté. Me preguntaba si era intención de don Diego proclamarse como el héroe que desafía y vence a la bestia mitológica, como San Jorge al dragón”.

Ya había llegado aquella mañana doña Isabel. La plaza estaba adornada de grímpolas de colores y gallardetones con el yugo y las flechas. Un conjunto de trompetas y atabales tocaba un repertorio marcial. Sobre un entramado al fondo, por donde el ábside de la iglesia, estaba situada la Reina con la Corte. El rostro serio y templado le daba cierto aire masculino y remarcaba su carácter fuerte y constante; aunque se decía que era llena de humanidad y de pureza en sus costumbres (así, sea digna por siempre). La piel clara, casi blanca; los ojos azul verdoso, y el pelo entre rojizo y dorado. Vestía manto de terciopelo negro con bordes de armiño con aberturas que dejaban ver el brial, de un blanco apagado, bordado en oro. Un heraldo anunciaba el comienzo, y un grupo de soldados contenía a la multitud. Don Diego Ramos de la Vega hizo su entrada a caballo y saludó a la Reina que se mostraba complacida en el espectáculo. Para él suponía que su honor nobiliario entraba en juego junto al valor. Impaciente y lleno de empuje; la barba vellida; se había vestido don Diego para la ocasión con doblete, polainas de cuero y guantes, y el admirable sombrero con penacho. Tenía a su servicio, vestido de paje, al mozo que me abrió la puerta el día que llegué a su casa. Como era propio de su condición, don Diego era hábil en la monta, sin embargo, no lo era igual en burlar la embestida del toro, y así, realizaba las suertes a silla pasada, a ancas vueltas, y con el brazo a media luna.

“Toreó don Diego al toro y me cedió el caballo para que yo hiciera tal, pero lo rechacé. Tomé entonces un lienzo blanco y lo armé sobre una estaquilla. Ese engaño, con el que obligar al movimiento del animal, más pareciera la señal de rendición en un campo de batalla. El desaire no fue bien considerado por el infanzón, en lo que suponía de afrenta a su clase, pero sí por

el pueblo que lo aplaudió. Era cierto que el toreo a caballo era el propio de los hidalgos, y que el torear a pie no pasaba de un acto habilidoso de plebeyos, carentes por tanto de alguna potestad.

Fijé, y gané la cara del toro pasándolo de banda varias veces. Los *venablos* y las *viras* volaban y alcanzaban al toro en su carrera, lo que me imponía esquivar su furiosa acometida. Fue en un momento que libré, el toro vencía por el pitón izquierdo, y quedé al hilo empujado contra la empalizada. Quizá por causa de un grito, o por la nota, aislada e inconsciente, de una chirimía, perdí la cara del toro. Un murmullo entre el público. Luego, un golpe seco en el muslo, y una enorme quemazón interior en todo mi cuerpo”.

El Edén tiene cuatro ríos. Uno de ellos descendía de las nubes tornasoladas y penetraba en el interior de la iglesia, y un vapor de color de cinabrio oscurecía su aire. Vio dos dragones que alzaban su vuelo y se enroscaban entre las vigas por encima de una mujer que, con los brazos levantados, sujetaba al Sol. Uno de los dragones esparcía la bondad, y las lluvias, que eran necesarias para los campos; el otro dragón, al que la mujer llamó Satanás, abrió su boca que se convirtió en la puerta del infierno. Se asomó a ella y vio al cura entregando a hombres y mujeres a los Tribunales Reales; vio a estos tribunales pronunciando las sentencias, que eran públicas para que sirvieran de escarmiento, y vio al gentío congregado en la plaza asistiendo a las ejecuciones como algo ajeno a su fe; vio a los condenados que no reconocían su herejía morir en la hoguera, y estrangulados a los que eran penitentes; vio en otra plaza a Cisneros, con cenefa y medalla de cardenal en la casulla, ordenando quemar los libros contrarios a su dogma; vio a enfermos devorados por la peste; vio a los que perdían sus pobres cosechas y

sufrián de miseria y hambre; vio la guerra y se vio a él en ella combatiendo, y morir en sus brazos al hijo del Comendador de Segontia, don Hernando Vázquez de Arce, muerto por los moros enemigos de la santa fe católica peleando en la Vega de Granada, el cabello sobre los hombros y el flequillo recortado sobre la frente, la capa corta y la cota fina de malla debajo de otra tejida con tiras de cuero, la cruz de Santiago en el pecho y un largo puñal en el cinto; los ceñidores de la malla habían sujetado un pequeño libro, lo abrí, estaba escrito en latín a linea tirada y relataba la fabulosa hazaña de Owein, caballero de Arturo, que ayudaba a un león, que es el animal de la inmortalidad, que luchaba contra una serpiente que escupía fuego...

La cornada había desgarrado el músculo sartorio; sufrió también de hipertermia. Aanisa, médico de la reina Isabel, evitó que la infección llegara al sistema nervioso. Despertó días más tarde en su habitación de la casa de don Diego; tenía náuseas y abarrotadas imágenes tormentosas en su cabeza. Le iban diciendo que se recuperaba bien, y que aquella herida no era mucho más grave que otras que sufriera en las guerras y cuyas cicatrices habían podido observar durante las curaciones. Se presentaba siempre Aanisa en ropajes de hombre en la exigida impostura de quien teme, a pesar de la protección Real, el repudio a la práctica por ella de la medicina árabe que aprendió de su padre.

“Me acostumbré a su presencia en aquellas semanas, y anhelaba su visita aún consciente de ser rechazado. Un día faltó al esperado reconocimiento; me dijeron que había regresado a Segovia, a la Corte, reclamada por la Reina, y que me seguiría atendiendo el médico de don Diego, cristiano viejo y muy docto en el saber. Supe, más tarde, que había sido denunciada y declarada convicta a pesar de cargos insustanciales.

Sesenta días pasaron, como el obligado tiempo para el Corpus, desde aquél singular Pentecostés en la iglesia de la Asunción, y muchos fueron los acontecimientos habidos: Aanisa, condenada a la hoguera, había elaborado un compuesto cianúrico a base de almendras amargas y pigmento rojoazulado de los que utilizaba el pintor; calentó la mezcla e inhaló su vapor sin odio. Los castigos para el artista de los dragones de Robledo fueron el apurado látigo y el humillante destierro. Por su parte, don Diego Ramos de la Vega y el cura, continuaban ostentando sobre los villanos, el uno el poder civil y el otro el religioso. Isabel de Trastámara no regresó a Robledo”.

EPÍLOGO

“Los dioses no necesitan nada;
los que se parecen a los dioses,
pocas cosas”

Diógenes de Sínope

“Nada quedaba por hacer en Robledo. Yo mismo podía ser motivo de alguna acusación. El tiempo, a veces, produce simetrías; emprendí camino de vuelta aguas arriba del Cofio, hacia el Este, donde estaba el Puente Mocha por donde había llegado. El cielo tenía nubes con forma de dragón. Pensé que lo que nace en el Cielo se siente vinculado a lo que está arriba, y por eso los dragones se acurrucan en las bóvedas de las iglesias y son los guardianes de las oraciones y plegarias de los fieles; como lo son de los tesoros que esconden las cuevas, así, las vetas de oro y cobre del cerro de “La Oliva” por donde camino ahora, y el tesoro del moro que custodia un terrible lagarto en las laderas bajo

un castillo de Jaén. También lo que nace de la tierra está apegado a ella: la ignorancia y el fanatismo, el rencor y la crueldad. Recordé al cura cuya misión pareciera hacer ver la condición diabólica de los dragones de la iglesia rechazando cualquier adarme de su carácter protector; cuando el sentido benigno o maligno de los seres y las cosas no es más que el reflejo de nuestra propia realidad”.

Con ese nombre fue recordado en Robledo de Chavela, luego de su estancia en los tiempos de la última visita de la reina Isabel, conocida ya para la Historia como “La Católica”, el caballero de la Orden de Calatrava Martín de Linuella. Quedan, sin embargo ya, pocas referencias. Si acaso, un recibo por abono de seis mil maravedíes en un libro de actas del Archivo Consistorial con su firma, y la de un tal Diego Ramos de la Vega, solicitando el pago. Se dijo que pasó un tiempo como sarabaíta y que años después embarcó para la Indias. Es cierto que en los primeros años de la Real Universidad de la Ciudad de los Reyes aparece documentalmente, como enseñante de Teología y Dialéctica, un dominico que perteneció a la de Calatrava con el nombre de Martín de Linuella, aunque bien pudiera ser Linuesa puesto que la grafía no está ya clara.

También se dijo (puede que ello sea lo más cierto) que no se alejó de Robledo, y que vivió como ermitaño en alguna de las cavidades de los montes de La Almenara o Las Machotas, siguiendo la vida ejemplar de San Onofre, el anacoreta de Egipto de barba tan larga como sus cabellos, y a quien un Capitán de Artillería se encomendaba siempre antes de combatir. Aunque sus restos nunca se hallaron, tal vez devorados por el águila y el zorro que habitan la sierra del Guadarrama; o velados eternamente por un dragón.

Juan Francisco de la Rosa Morales



YO, EL DRAGÓN

Ustedes ya me conocen. Seguramente habrán visto muchas estampas, ilustraciones e iconos en los que el Arcángel San Miguel, a caballo, me clava una lanza que me atraviesa de parte a parte. Les habrán explicado en el colegio, en la Iglesia o el museo, que es el triunfo del bien sobre el mal. Lógicamente, para ustedes, yo represento al diablo. El Arcángel a los poderes querubícos y seráficos. El resultado estaba cantado. Y sin embargo se está deformando la historia. La victoria cayó de mi lado ¡Vaya sorpresa!

El Arcángel San Miguel, como consecuencia de su derrota, fue expulsado del paraíso y ahora su nombre es Belcebú. Somos buenos amigos. Por cierto, una matización, yo no soy el mal ni puedo serlo. Tampoco el bien. En mi mundo no se admite esa pueril dicotomía. Somos un simple espejo en que reflejamos el mundo, su mundo, sin ningún tipo de distorsión.

Probablemente, los británicos, aragoneses, irlandeses, valencianos, baleares, griegos, serbios, etíopes, georgianos, eslovenos y otros pueblos confundan al Arcángel San Miguel con su patrono San Jorge. Ya saben, ese joven y bello caballero que vencía al Dragón y liberaba a las jóvenes doncellas de ese monstruo lascivo (yo) que primero las desfloraba y luego las devoraba. *Ñam, ñam.*

Bonita historia aunque un poco tergiversada. Siento defraudarles. Nuestra especie es asexuada y nuestra reproducción mitótica⁹. Nos es ajena la pulsión erótica que es propia de los primates evolucionados. Claro está que ustedes habrán escuchado o leído cuentos sobre dragones y dragonas. Simple

9. La mitosis es una forma de reproducción asexual. El resultado de cada ciclo celular son dos células idénticas.

reduccionismo literario para que los humanos, con sus limitadas capacidades intelectuales basadas en sistemas sexuales binarios, puedan acceder a nuestro complejo universo. Lo siento, no nos concierne la clasificación macho o hembra. No somos tan primitivos. Nosotros no nos reproducimos, simplemente nos replicamos y evolucionamos.

Otro disgusto tengo que darles: Tampoco somos carnívoros. Entonces, se preguntarán *¿qué hay de verdad en la leyenda?* Pues verán, las doncellas no eran tales stricto sensu sino mujeres maltratadas, acosadas, abusadas, prostituidas y hasta violadas por sus amantes, amigos, clientes o compañeros. Huían de hombres violentos y buscaban mi protección. Yo me limitaba a llamar al soldado Jorge (San Jorge para ustedes), mi gran amigo, que las rescataba, simulando una pelea a muerte con servidor. De este modo, las mujeres raptadas retornaban al mundo al que pertenecían con un halo de santidad que posibilitaba un enlace matrimonial con un gentilhombre que no reparaba en el himen roto. No en vano, San Jorge las bendecía con lo que las convertía en una especie de santas matronas muy adecuadas para una reproducción sin lujuria.

Lo que más me sorprende de esta historia es que un Papa de Roma se atrevió a declarar que San Jorge era un personaje mitológico que nunca había existido y que por tanto debía ser eliminado del santoral. ¡Sorpresa! Olvidaba el Santo Padre que negar a San Jorge era apostar por la racionalidad, la lógica y el análisis científico, lo que introducía un elemento de incertidumbre en el fenómeno religioso cristiano. Y es que San Jorge y el Dragón, el génesis, la virginidad de María, la encarnación, la resurrección, la transubstanciación, la ascensión, la asunción o el cielo y el infierno pertenecen a un escenario global

multidimensional que se acepta o se niega en su totalidad. No sonrían los cínicos descreídos. Simplemente, estudien física cuántica o lean a los poetas simbolistas.

Quizás ustedes se interroguen si dragones y humanos podemos interrelacionarnos. Por supuesto, lo hemos hecho durante siglos. No obstante, por su propia seguridad, hemos decidido limitar al máximo las comunicaciones. Si nos hablan, escuchamos. Podríamos contestar, pero preferimos, en lo posible, mantenernos al margen. A este respecto, déjenme contarles una pequeña historia y desvelarles un secreto.

Trasladémonos a la Francia de 1425. El Arcángel San Miguel se aparece a la campesina Juana de Arco y le ordena expulsar a los ingleses del territorio galo y coronar al entonces delfín, Carlos VII, en Reims, poniendo fin a la guerra de los 100 años¹⁰. El resto ya lo conocen. Quizás lo único que les falta para completar la historia es que el susodicho Arcángel era en realidad, este Dragón, camuflado en criatura celestial. Permítanme un ejercicio de cultismo. En sánscrito, el término Arcángel es Ardragonel. *¿Lo han cogido?*

Es curioso que la doncella de Orleans fuera condenada, años después, por hereje como consecuencia de las visiones experimentadas. También por travestismo que, yo, particularmente, como han podido constatar, practico con frecuencia. Me encantaba Juana de Arco. Tiene un lugar privilegiado en el memorial histórico de los Dragones.

Querrán indagar Ustedes si me invade el sentimiento de culpa por la tortura y muerte de mi amiga de Orleans. Pues no. Fueron sus propios

10. La guerra de los Cien Años enfrentó a Francia e Inglaterra entre 1337 y 1453, convirtiéndose en el conflicto bélico más largo que ha conocido Europa. Durante esos 116 años, las largas y agotadoras campañas, desarrolladas siempre en suelo francés, se alternaron con treguas y largos períodos de paz. La contienda acabaría forjando la identidad de las naciones francesa e inglesa.

conciudadanos los que la juzgaron y ejecutaron. Yo simplemente me limité a poner en marcha una pequeña/gran venganza. En efecto, los dragones odiamos a los ingleses por esa manía que tienen de representarnos como el ser maligno y perverso alanceado y vencido por un San Jorge que, a pesar de ser negro, etíope y amigo mío, ha sido declarado santo patrono de la verde y rubia Albión.

No queríamos que esa patraña (para los jóvenes, fake new) se extendiera en la dulce Francia y aumentase, de este modo, nuestra mala reputación. En consecuencia, decidimos, ayudar, a nuestra manera, a desterrar, aunque fuera parcialmente, la asociación directa dragón/maldad. Y lo conseguimos, porque gracias a nuestra intervención, San Jorge no es el patrono de Francia sino Santa Juana de Arco, que, discúlpennme otro ejercicio de vanidad intelectual, en francés primitivo, se escribía, Sainte Jeanne Drac, lo que traducido al castellano sería, Santa Juana del Dragón. *¡Que fatiga tener que explicar a estos torpes seres, autodenominados racionales, las cosas más obvias!*

El martirio en la hoguera de Santa Juana nos hizo recapacitar y decidimos que solo, excepcionalmente, contactaríamos, visual o verbalmente, con los humanos. Lamentablemente hemos incumplido nuestras propias recomendaciones y, a lo largo de los siglos, de manera intermitente, nos hemos aparecido o dialogado con algunos amigos y protegidos. La brujas son un buen ejemplo de nuestra buena relación con personas afectivas y sensitivas *¡Que triste que fueran acusadas, por ello, de intercambio carnal con el diablo (nosotros), cuando el apareamiento y la cópula nos es totalmente ajeno!*

La curiosidad intelectual se ha pagado frecuentemente con la vida o

con el exilio. Ahora bien, no nos culpabilicen por los desmanes que ustedes cometen. No es nuestro problema. De hecho, nuestro carácter travieso y gamberro nos compele a continuar en nuestros días con contactos esporádicos, especialmente con los más jóvenes. Muchos de ellos son diagnosticados de esquizofrenia o trastorno bipolar porque “*escuchan voces*” o “*tienen alucinaciones*”. En realidad, su único pecado es estar libres de la ceguera o sordera espiritual que es consustancial con la mayor parte de la raza humana.

Me temo que ya están Ustedes demandando si tenemos algo que ver, por eso del conocimiento del bien y del mal, con la serpiente del Jardín del Edén, o si hemos participados en los fenómenos de Lourdes, Fátima, el Escorial o Garabandal. *¡Nos negamos a responder. No sabemos de qué nos hablan!*

Bueno, ya me he presentado al público general. Permítanme que ahora me dirija a mis amigos de Robledo de Chavela. *¡Hola vecinos!* Desde hace unos años vuelvo a estar con Ustedes gracias al buen hacer de Carlos Martín que ha retirado las vendas de cal que cubrían mis ojos y los de los habitantes de Robledo. Ahora me pueden ver. Y lo que es más importante, yo a Ustedes.

No tengo nombre. Sin embargo Ustedes me pueden llamar Leán o Draco, aunque prefiero esta última opción. Una niña morisca del siglo XV me denominó así. Me gustó su inocencia y decidí autobautizarme de esta guisa. Ella desconocía que Dracón fue un legislador ateniense que elaboró un código penal que castigaba todos los delitos con pena de muerte. *Ja ja.* Yo, me identifico totalmente con Dracón. Y es que, robledanos, a veces, os observo desde las alturas como adoptáis una postura piadosa y recogida cuando

escucháis la santa misa o comulgáis devotamente. *¡Sepulcros blanqueados!*, citando a vuestro Jesucristo, tan elegantes y brillantes por fuera como inmundos por dentro. Mendaces, corruptos, deshonestos, hipócritas, codiciosos, violentos. Así os veo, así sois. *¿Qué castigo merecéis?* Para mí, ninguno. Habéis tenido suerte porque yo, el dragón, soy vuestro protector y no vuestro verdugo. Dejo para vuestro pastor sacerdotal el infierno y los castigos eternos por vuestras actitudes lascivas y concupiscentes. Carezco de Dios y de religión. Nada tengo que perdonaros porque no me ofendéis. Yo no juzgo, por ahora de todos modos, os recuerdo mi admiración por Dracón.

Pensaréis que tengo una opinión muy negativa de vosotros. Os equivocáis. Si fuera así, no os hubiéramos prohijado como pueblo. Sois anómalos e incoherentes. Estáis, robledanos de mi corazón, atiborrados de defectos y de lacras. Nosotros también. Y sin embargo, me commovéis con vuestra generosidad, vuestra ternura, vuestra compasión a pesar de los dogmas, vuestro cariño, vuestro desprendimiento, vuestra dedicación a propios y sobre todo, a extraños. Sois capaces de morir por alguien al que apenas conocéis y acto seguido, ser violentos con los que queréis por encima de todo. Sois, a pesar de vosotros mismos, lo mejor que he conocido. Buenos y malos a la vez. Egoístas y altruistas. Así es la vida, así sois vosotros, así somos también nosotros.

Os preguntaréis. *¿Cuál de los dragones pintados soy yo?* Todos. Así es, todos somos Draco. Desconocemos el concepto de individualidad. Somos una unidad con múltiples variaciones y manifestaciones. Compartimos identidad. Somos la colectividad en comunión. De hecho, las diferentes tipologías y características que nos puedan atribuir no nos pertenecen. Es

possible que con la simpleza mental que es propia de los humanos, nos denominéis Draco I, Draco II, Draco III. *¡Allá Ustedes, seres primitivos ¡Nuestro nombre es Draco. Bastaya!*

Nacimos antes que Ustedes robledanos de pro, mucho antes. Ya existíamos cuando la vida comenzó en la Tierra hace más de cuatro mil millones de años. Ptolomeo ya listó la constelación del Dragón, la nuestra, en el siglo II.

Nuestro primer encuentro se produjo hace muchos años. Exactamente, en el momento en el que el primer protohumano tuvo atisbos de autoconciencia. Casi al tiempo que Lucy, la primera *Australopithecus afarensis*¹¹ de la que se tiene conocimiento, vagase en el Pleistoceno por las inmediaciones del valle del Rift. Desde entonces les hemos acompañado en su andadura vital. De todos modos no sean tan soberbios y piensen que nosotros somos su alter ego y sus compañeros. De ningún modo. Simplemente, somos caprichosos y maniáticos. Adoptamos y tutelamos discrecionalmente a algunos seres y nos dedicamos a atormentar a otros. Nos encantan las filias y fobias. Ustedes han tenido suerte. *¡No nos provoquen, robledanos, somos volubles y antojadizos!*

Muchos de Ustedes pensarán que nuestra presencia en Robledo data, siguiendo, su calendario cronológico, de finales del siglo XV, cuando aquel pintor de Sepúlveda plasmó en la Iglesia de la Asunción nuestra imagen. *¡Que desmemoriados, siempre hemos estado con ustedes!* Detrás de cada collado, de cada pico, de cada sotillo, de cada monte nos hemos escondido a lo largo del

11. *Australopithecus afarensis* es un homínido extinto de la subtribu Hominina que vivió entre 3,9 y 3 millones de años atrás. Era de contextura delgada y grácil, y se cree que habitó solo en África del este (Etiopía, Tanzania y Kenia).

tiempo. Su pueblo debería llamarse, en verdad, Robledo del Dragón. Pero, no. Viene una reina alta, Isabel de Castilla y, poderoso caballero es Don Dinero, se aprestan Ustedes a proponer el topónimo “*de Chavela*” para evitar un incremento de gabelas para financiar la campaña de Granada. Bueno, eso decían sus autoridades. No obstante, también habrá contribuido esa devoción ¿espontánea? a la Reina Isabel el apoyo de algunos nobles robledanos a la causa de Juana de Castilla, apodada la Beltraneja, hija del rey Enrique IV y de su esposa Isabel de Portugal o bien, como los partidarios de Isabel propagaban, de la reina lusa con un noble castellano, *¿Quién lo sabe? ¿Era Juana legítima o bastarda? Sí, sí, yo conozco la respuesta. Si me preguntan les informaré con detalle, pero no ahora. Lo siento, no es el momento.*

De todas formas Enrique IV de Castilla, tildado de impotente, no padecía disfunción alguna. Simplemente fue el precursor de los actuales alosexuales o aces en los que, como en nuestra especie, la atracción sexual está ausente. Ahora bien, no se puede descartar que el monarca castellano no cumpliera con sus deberes de Estado en materia de reproducción. *¡No me intenten sonsacar si no quieren que les achicharre con mi lengua de fuego!*

Retornemos a 1488 cuando se comienzan a decorar las bóvedas de la iglesia con 77 imágenes del Dragón. *¡Alto!* gritarán los expertos históricos y artísticos con Carlos Martín a la cabeza. Son solamente 70, *¡dragón embustero!* No, no, nosotros no nos equivocamos nunca. Son exactamente 77. Sigan buscando. Quedan todavía sin descubrir 7 figuras de dragones que fueron financiadas, todas ellas, por la comunidad de judíos conversos. Por eso, esas 7 figuras se ocultaron intencionadamente desde el principio y nunca fueron visibles para los fieles y devotos feligreses del lugar.

En realidad, los cristianos nuevos, judeocristianos o marranos en el habla popular, querían glorificar, con el número 7 al Sabbat¹², día de descanso obligatorio, simbolizado por el número 7 que encarna la espiritualidad. Pues bien, en la numerología judía el 77 se utiliza para representar el concepto de perfección y simboliza la protección divina. De hecho, el Ángel 77 es un guardián constante que ofrece soluciones a problemas imposibles, exactamente como nosotros los dragones. A través de estas 7 imágenes adicionales, se introducían elementos cabalísticos judíos en un templo cristiano, contaminándole, con lo que los “cristianos nuevos”, aliviaban su profundo sentimiento de culpa por haber renegado, aunque solo fuera exteriormente, de sus creencias religiosas.

Simultáneamente celebraban el Salmo 77 del Antiguo Testamento cuyos primeas estrofas son una reivindicación del judaísmo: Con mi voz clamé a Dios/A Dios clamé, y él me escuchará/Al Señor busqué en el día de mi angustia/Alzaba a él mis manos de noche, sin descanso/Mi alma rehusaba consuelo/Me acordaba de Dios, y me conmovía/Me quejaba, y desmayaba mi espíritu. Selah …/ Condujiste a tu pueblo como ovejas/Por mano de Moisés y de Aarón.

Seguramente les gustaría conocer donde se encuentran esas restantes figuras. Busquen en la Iglesia, por supuesto y, si no los encuentran, déjense ayudar por un rabino o contraten a un zahorí¹³. Les adelanto, simplemente para estimular su curiosidad, que los 7 dragones velados, a diferencia de los 70

12. El sabbat — también escrito shabat (en hebreo: שַׁבָּת: shabbath, 'cesar') o su variante en yidis, shabbos (שַׁבָּתָה) — es el séptimo día de la semana, siendo a su vez el día sagrado de la semana en el judaísmo. El sabbat se observa desde el atardecer del viernes hasta la aparición de tres estrellas la noche del sábado.

13. Persona que tiene el don de descubrir lo que está oculto, especialmente corrientes de agua bajo tierra y depósitos de minerales.

descubiertos, tienen pintados sus lomos en unas nervaduras ocultas. En estos dibujos se ha procedido a trascibir las claves para interpretar el manuscrito Voinich¹⁴ en el que se anuncia, con la máxima precisión, el día del fin del mundo. *¡Ánimo robledanos, investiguen y prepárense para la sorpresa que les espera: el juicio final está cerca. Ja,Ja!* .No se preocupen, nosotros actuaremos de fiscales y, aunque no se lo merezcan del todo, las peticiones de penas y castigos, en base al amor que les profesamos, serán leves o inexistentes.

Como no se trata de revelar aquí secretos oscuros del pasado, voy a intentar controlar mi carácter lenguaraz, limitándome a departir con Ustedes únicamente sobre los 70 Dracos inmortalizados por ese anónimo artista proveniente de Sepúlveda. Las otras 7 figuras de Dracos merecen, por su historia y por su autor, un capítulo aparte.

Durante más de un año, mientras el pintor de Sepúlveda se afanaba en darnos formas, la Iglesia de la Asunción fue el centro de peregrinación de nobles, plebeyos, niños, mayores, judíos, moros, cristianos, clérigos, laicos, putas, brujas, caballeros, domésticos, siervos..., en fin, un mosaico multicolor de la sociedad robledana. Algunos de los visitantes, sin diferencia de condición social, caían de rodillas al ver los primeros esbozos y nos imploraban, pobre de nosotros, que no les devorásemos. Otros, los más valientes, haciendo de tripas corazón, nos sonreían bravuconamente con complicidad impostada. Los más, nos miraban de reojo y se marchaban apresuradamente. Finalmente, los más pequeños abrían sus ojitos y boquitas, se escondían tras las columnas y, pasado un tiempo, se atrevían a susurrar muy

14. El manuscrito Voynich es un libro ilustrado, de contenidos desconocidos, escrito por un autor anónimo en un alfabeto no identificado y un idioma incomprensible. La datación por carbono 14 ha determinado que el pergamo en el cual está escrito fue fabricado entre 1404 y 1438.

bajito, *¡hola Draco!* Al día siguiente volvían y nos contaban sus alegrías y tristezas, sus ruegos, sus cuitas, y sus sueños. Hasta alguno de ellos nos pidió que rugiéramos un poco o que escupiéramos fuego. *¿Lo hicimos?* Bueno, ya saben lo difícil que es negarse a las demandas infantiles...

Al cabo del tiempo, y acabada la magna obra, pasamos de ser la atracción del pueblo a ser una parte integrante del mismo. Nos sentíamos tan bien que comenzábamos a encariñarnos con nuestros conciudadanos. Les protegíamos aunque algunos nos odiaran. No hacíamos diferencias de sexo, clase, raza o religión. Sabíamos de amores, generosidad, amistades, lealtades, favores, limosnas, misericordia, humanidad. También de infidelidades, robos, muertes, apetencias sexuales permitidas o prohibidas, infanticidios, venganzas, mentiras, odios, sufrimientos. Nada de esto nos era ajeno. A todos les escuchábamos atentamente. Sí, sí, a todos, incluso a los ladrones a los asesinos, a los violadores, a los pederastas. Nosotros no podemos juzgar ni lo haremos nunca. Sin embargo tampoco justificamos ni perdonamos las acciones de los humanos. No asumimos su culpa, ni la compartimos. Dejamos que cada uno sea capaz de vivir con su lado más oscuro. Ese es su infierno o debería serlo. No imponemos castigos. Para ello están los Tribunales de la Tierra y del Cielo. Únicamente buscábamos un poco de paz y lo estábamos consiguiendo.

Pasaron unos años tranquilos y dichosos. Sin embargo, un día, repentinamente, dejaron algunos niños de venir a jugar con nosotros. Luego fueron más los ausentes. En una misa de domingo, el presbítero anunció que los Reyes Católicos habían adoptado el Edicto de Granada¹⁵ que ordenaba la

15. El Edicto de Granada de 1492 establecía la expulsión de los judíos de la Corona de Castilla y de la Corona de Aragón.

expulsión de los judíos. Todas las Iglesias estaban obligadas a leer este texto “*Por ende Nos, con consejo y parecer de algunos prelados y grandes y cavalleros de nuestros reynos y de otras personas de sciencia y consciencia de nuestro Consejo, haviendo havidlo sobre ello mucha deliberacion, acordamos de mandar salir todos los dichos judios y judias de nuestros reynos, y que jamas tornen ni vuelvan a ellos nin a alguno dellos; e sobre ello mandamos dar esta nuestra carta, por la qual mandamos a todos los judios y judias de qualquier edat que sean (...) que fasta en fin del mes de julio primero que viene (...) salgan todos de los dichos nuestros reynos y señorios*”¹⁶.

No soy sentimental, soy Draco, no se olviden, el feroz dragón, pero tengo que confesar que mi vena cínica e insolente no pudo reprimir que mis ojos se llenaran de lágrimas. Lágrimas de azufre. Lágrimas de odio. Lágrimas del diablo.

Nada fue igual. La Iglesia dejó de ser un espacio de encuentro inclusivo para convertirse en fortaleza excluyente. El dogma separador sustituyó a la concordia. Se escuchaban voces intolerantes que reclamaban la eliminación de toda imagen que no representara a Cristo, María o a los Santos. Los dragones comenzábamos a ser sospechosos.

Años más tarde, anunciaron en el púlpito el descubrimientos de nuevas tierras allende de los mares. Se estaba terminando una época y comenzaba otra. Todo se estaba diluyendo. San Agustín y Santo Tomás daban paso a Erasmo de Rotterdam, Martín Lutero y la contrarreforma. La razón autoritaria, partidista y unidireccional, se imponía a la magia. Las veleidades religiosas llevaban a la hoguera. Nos estábamos quedando solos.

16. Texto original.

De pronto, estalló la peste que fue considerada, como siempre, un castigo divino. Se inició la persecución de los pecadores. Brujas, putas, barraganas, conversos y moriscos tuvieron que expiar las culpas de otros. Todos se acusaban recíprocamente. Aquellos que se consideraban limpios y puros de corazón, aunque adulteraran vino y aceite o engañasen en el peso del trigo, encalaron las paredes de sus casas como símbolo de la blancura de sus almas. Alguien proclamó que nosotros, los dragones, éramos criaturas del averno que trasmitíamos la peste. Alegaba que nuestra glorificación pictórica en la Iglesia de la Asunción constituía un sacrilegio.

La facción fanática del pueblo se aprestó a montar andamios para alcanzar las bóvedas y destruir nuestras imágenes. Tres jactanciosos matones, trastabillaron, con ayuda indirecta por nuestra parte, y dieron con sus huesos desde las alturas en el suelo. Los restantes se mostraron remisos a sustituir a estos aguerridos valientes y cejaron en su empeño. Finalmente, las alas duras y blandas de la comunidad decidieron, como compromiso consensuado, que todo el interior de la Iglesia, sin excepción, fuera cubierta de una capa de cal. Desaparecimos de la vista de los robledanos que progresivamente se fueron olvidando de nosotros y de la protección que les habíamos otorgado en los últimos años.

Robledo de Chavela, mucho tiempo después.

Carlos Martín, se encuentra postrado en el interior del templo de la

Asunción. Está solo. Se siente desamparado e incomprendido por sus vecinos.

La Iglesia, su Iglesia, amenaza ruina. Ha formulado, al respecto, miles de advertencias y, recibido, como respuesta, burlas y desaires. Mira al cielo en busca de una señal, de un milagro. Nada de nada. Para colmo de desgracias se desprende del techo un fragmento de yeso o de escayola, lo que le recuerda, con pesadumbre, que sus conciudadanos le apodian el escayolista. Menudo éxito. Todos estos años de trabajo, reflexiona, para esto.

De repente, entra un rayo de luz que impacta directamente en la cavidad que ha dejado el trozo caído y que ilumina algo inidentificable de color carmesí. La curiosidad le puede y, arriesgando su integridad física, trepa por un andamio y se apresta, con infinito cuidado a rascar y limpiar los contornos del hueco generado. La masa amorfa, poco a poco se transforma en una imagen reconocible. Carlos Martín descubre, casi con espanto, un ojo, mi ojo, el ojo de Draco.

Pasamos muchos días juntos. El trabajando y yo ayudándole anímicamente. Primero apareció un dragón completo o, mejor dicho, las dos partes del mismo, luego otro y otro, hasta 70, fruto del trabajo del pintor de Sepúlveda.

Carlos me hablaba sin esperar respuesta. Yo no le contestaba para no asustarle ni perjudicarle porque era consciente de como tratan los humanos a los que oyen voces o experimentan visiones. Sin embargo, un día que se mostraba más triste y taciturno que de habitual, no pude resistir la tentación de enviarle un mensaje de ternura, impropio del fiero y cruel dragón que represento. *“El rojo intenso, rasgo dominante de las figuras de los dragones de la Iglesia de la Asunción se consiguió con una mezcla de sangre con*

pigmentos naturales. Tu eres descendiente directo del Pintor de Sepúlveda. Por eso, tuya y yo estamos hermanados con su sangre”.

Carlos sintió que un rayo le atravesaba el cuerpo. Luego, sonrió y pensó que todo había sido un sueño. No importaba, se sintió mejor, mucho mejor...

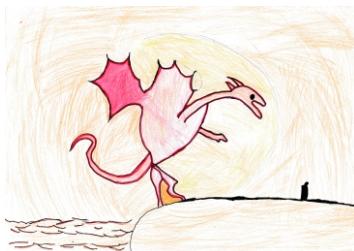
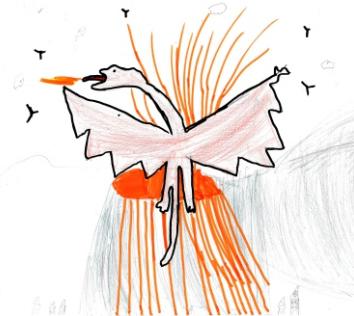
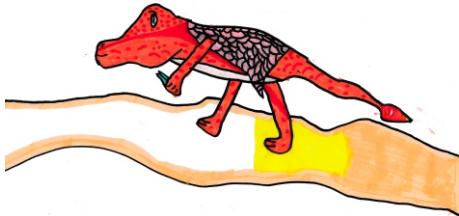
Firmado: Yo, el Dragón, yo Robledo, Yo Robledo del Dragón.

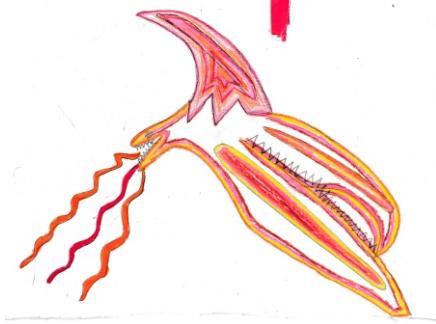
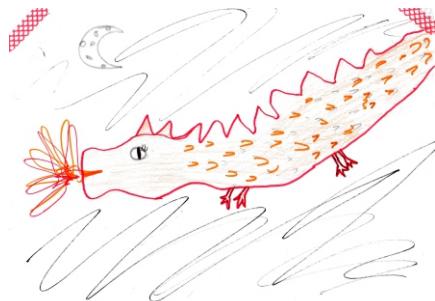
Carlos García de Cortázar Nebreda

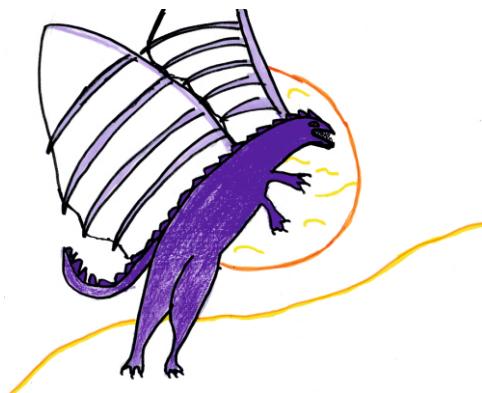
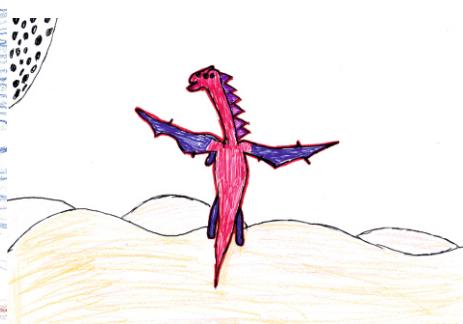
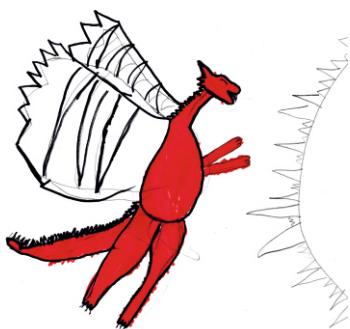


Dibujos de los alumnos de Ntra. Sra. de Navahonda

Estos dibujos, y los de las páginas 20, 29, 58, 96, 119 y 138, han sido realizados por los alumnos del curso 5º del Colegio Nuestra Señora de Navahonda de Robledo de Chavela

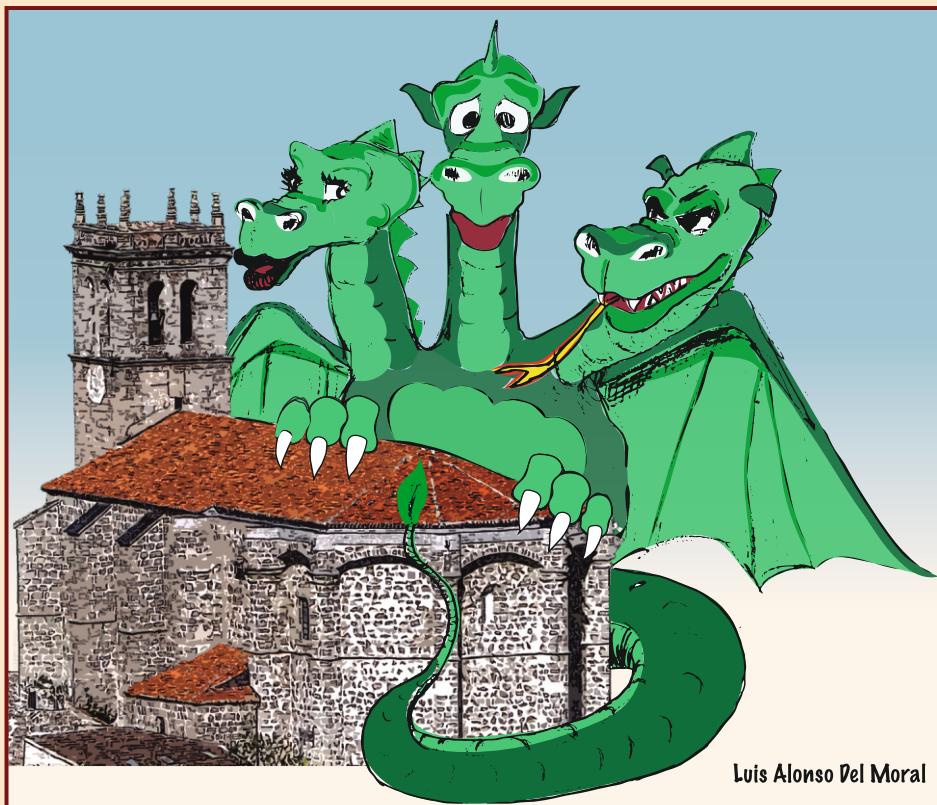








Patrocina:



Organiza:

ATENEO DE ROBLEDO

